

LA ESPAÑA MODERNA

ALFONSO X EL SÁBIO

AÑO 24

NUM. 283.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

JULIO 1912

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»

Calle López Hoyos, 6

MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

MIS MAESTROS Y MI EDUCACIÓN

MEMORIAS DE JUVENTUD



XXXI

*** Lucha dentro y lucha fuera.**

El comercio amistoso con Sánchez del Arco ejercía en mí diversos efectos: gratos los unos, desagradables otros; todos útiles, sin embargo, bajo el aspecto educativo.

Por su causa tuve ocasión, casi niño, de entrar como hombre en el trato de los hombres y alternar en círculos distintos. El trato uniforme con una sola clase y condición social, produce educaciones deficientes. Es difícil conocer al hombre si no se le ve en los múltiples escenarios de la vida, desde el presidio y los hospitales a los palacios.

Con Sánchez traté a varias clases de personas: menestrales, literatos, cómicos, propietarios, políticos, marinos, aventureros; gentes de distinta educación, instrucción, maneras y costumbres.

La lucha por la existencia es dura, por lo general; pero, en aquellos tiempos, la que me correspondía sostener resultaba muy superior a mis fuerzas.

Contaba con seis u ocho duros al mes, sacados de los muertos: para seguir los estudios, no era mucho; para atender a las necesidades de numerosa familia, no era nada. Seguía desterrado mi señor padre; los amigos demasiado habían hecho, de propia voluntad y por largo tiempo; no era decoroso molestarlos indiscretamente con demandas que implican ingratitud a los favores ya recibidos.

El indiferentismo de Sánchez ante las necesidades, su desprecio al vestir, a esas exterioridades sin las que parece incompatible el decoro, consolábame de tal suerte como ningún otro bálsamo podía aliviar a mi espíritu en aquellas circunstancias. Además, si bajo este aspecto Sánchez del Arco venía a ser como individuo un tipo raro, extravagante, exagerado, en cambio, como *maestro de ejemplo*, era el mejor maestro: en mí produjo una casi virtud, cierto amor a la vida modesta, a las necesidades fáciles de satisfacer, a la sobriedad. Y a la vez, en mi carácter triste abrió una fuente de placer para toda la vida, porque, llegando a mejor estado de fortuna, me di por contento con poco: no llegué a sentir las comezones de la ambición, ni dolor por las pérdidas pecuniarias, considerando que bien podía vivir con menos necesitando menos. Como el espíritu es interno y no se ve, he de insistir en este punto de confesión.

En aquella edad, los rigores de la pobreza no los sentía por el hecho de carecer, sino por el deshonor que ésta para mí implicaba. Eso de llegar el tendero con la cuenta y no tener para pagarle, hacer que volviese inútilmente, escuchar sus justas reconvenciones, etc., eran escenas que consideraba incompatibles, no ya con la honra, sino hasta con el más simple decoro.

Así, en mi concepto, era preciso no aparecer de esta manera ante la sociedad, disimular y ocultar la situación. Tal procuraba y aun conseguía, gracias a los cuidados de mi madre; a los milagros, mejor dicho, de su buena y fuerte voluntad.

Partiendo de esto, considérese la fascinación que ejercería en mi espíritu un hombre cual Sánchez del Arco, superior a todo aquello que tanto me mortificaba; quien realmente no

hacía gala de sus desastres por cinismo, sino porque despreciaba lo exterior que la sociedad honora, llenándose todo con la interior estimación de sí mismo, que, si le llevaba a osado, no le hacía caer en vanidoso.

Débole, pues (y por ello le consagro aquí mi gratitud), un magisterio sobre el punto más culminante de la educación. Con su ejemplo, me hizo sobrio en apetitos y pasiones, sugiriéndome una especie de placer en el amor a las pocas necesidades.

Viejo hoy, siento contrariedad y como violencia en tener casa y mesa regular y más sirvientes de los precisos: miro con fruición una casita blanca, pobre y limpia. Una cama de tije-ra, una mesa de pino y cuatro sillas: a esto reduciría mi ajuar si no juzgara que había de tenerse por extravagancia o mezquina avaricia.

Los efectos desagradables que me producía la amistad de Sánchez eran varios. El primero de todos, su intolerancia: no había modo de contradecirle, no admitía razones, no se paraba ni a discutir siquiera. A toda observación que se le hacía, a todo argumento, contestaba ¡*Ca!*, haciendo un gesto despreciativo y torciendo del lado contrario la cabeza. No había más remedio que dejarlo y volver la hoja.

Si para mis luchas por la existencia resultaba Sánchez un maestro y un eficaz consuelo, para mis luchas interiores venía a ser un fiero tórculo.

Yo necesitaba creer, necesitaba fe: recuérdense los principales jalones de mi vida, las mayores impresiones que troquelaron mi espíritu.

Un alfiler de a ochavo, que tragué en la cuna, pero cuyo recuerdo rememora el comienzo de mi vida de conciencia; la idea de mi madre, del persignado, del rezo del Bendito, la idea del peligro y de la muerte, la resignación para morir, la sorpresa grata e inesperada al despertar y verme vivo.

La escena de la separación de mi familia, el amargo sentir de la orfandad y el abandono.

El terror de la escuela y del fraile de Santo Domingo, mi apelación al cielo y a la Virgen, la sorpresa del despertar libre del cómitre y en brazos de mi madre.

La obsesión y ofuscación de mi cerebro en la aventura del tambor, mi demanda del auxilio celestial; el arresto y la herida del infeliz aquél, que parecía providencia bajada de lo alto en mi especial socorro.

La casi asfixia en el río Guadalete, con mis oraciones, mis esfuerzos de voluntad y mi salvación.

Téngase en cuenta lo recordado, y se conocerá que todos estos grandes martillazos, dados en mi espíritu, lo habían modelado para el sentido de la fe y de las creencias en una religión que ligaba mi sér a otro Sér Supremo.

Liberal por idiosincrasia, quizá por atavismo, por herencia, por imitación, por protesta contra el dolor de las persecuciones y sus consecuencias, convertidas en lágrimas, pobreza y menosprecio, hallábame en una situación difícilísima, crítica y que, gracias a Dios, no podrá experimentar nadie.

La conciencia me decía: *Ama a Dios y respeta su Santa Religión*. Y los doctores de la Iglesia me arrojaban del templo y me decían: *Réprobo, liberal, enemigo de los religiosos frailes, huye de aquí, no profanes el templo del Señor con tu presencia*.

Así, dentro de mí hervía una lucha oculta, implacable, profunda, incesante.

Mi razón buscaba la salida; no la hallaba. Hacía algún punto de reposo, ya en el simple Deísmo, ya en algún tronchamiento del árbol secular de las creencias; reposo inestable, cuyo fugaz equilibrio rompía el propio pensamiento.

Podía cerrar los ojos para no ver un Dios creador; pero no podía cerrarlos para no ver a la Madre de Jesucristo. Dios, por abstracto y por incomprensible en su infinitud, no estaba tan arraigado en mi conciencia y en mi sér como la Virgen; para desprenderme de los lazos que a ella me ligaban moral y espiritualmente, era necesario que me hubiera desposeído de

toda gratitud, de todo recuerdo, de toda idea de mi existencia y de mi vida. Y es que a Dios no puede comprendérsele, pero a la Virgen sí: como madre, abogada, protectora y luz que nos alumbra el camino de lo que, estando demasiado lejos de nuestra naturaleza, nos debe guiar al bien supremo de la visión divina.

Esto creía, y esto sigo creyendo.

Aquel Sánchez del Arco, que a toda insinuación de moral (no digo religiosa, sino de moral puramente filantrópica) sólo contestaba con su gesto y su ¡Ca! despreciativo, me desesperaba. A veces, solía estrecharle, diciéndole:

—Puesto que considera usted una patraña todo principio moral, ¿por qué no es usted lujurioso, por qué es usted probo, por qué...?

—¡Ca! No soy lujurioso, porque no lo soy por naturaleza; soy probo, porque téngome por superior al común de los necios, despreciando su dinero, que no necesito, ¡ca!

XXXII

* Cuando menos se piensa...

Llegaba el agua a la boca. Ya no podíamos tirar más... ¿Pedir, mendigar...? Morir, menos mal... Pero, ¿cómo morir? Morir cuando se quiere, es más difícil de lo que parece; el suicidio no podía ocurrírseme; para huir de aquella situación no era necesario. Con sentar plaza estaba concluído; sentarla para el otro mundo era agravar más la situación de mi familia, dejarla más abandonada y aumentar sus ya durísimas penas... ¿Qué hacer...? Resignarse, dejarse ir, ¡y esperar en la Divina Providencia!

Esto hice, y rendido me eché en la cama. Amaneció el siguiente día, y no me levanté. Apenas si pensaba: «de morir no ha de pasar». Recordé haber leído: «Mira los lirios de los cam-

pos...» Así, como entre cierto estupor de tranquilidad, abandono, resignación y esperanza. A las once de la mañana continuaba de igual manera: ni me levantaba, ni dormía, ni estaba despierto. Mi madre vino a preguntarme:

—¿Estás enfermo?

—No.

—¿No vas a clase?

—¿Para qué?

En esto sonó la campanilla, y mi madre salió a ver quién llamaba. Volvió a mi habitación, y me entregó una carta que acababan de traer, y que decía:

«Necesito hablar con usted para cierto asunto, y le agradecería que viniera a verme esta tarde, a las dos.—*Manuel María de Porto.*»

Salté del lecho, me vestí y salí a la calle.

—¿Qué querrá conmigo Porto?

No era profesor de asignatura de mi año, lo había sido; pero me saludaba afable; yo, respetuosamente, y nada más.

Con haber salido de la modorra, volvió a revelármeme en toda su fuerza el cuadro de mi desesperada situación... Anduve por las calles, por la muralla, por las playas, unas veces pensativo, otras agitado, haciendo tiempo a que dieran las dos.

No había hecho más que sonar la primera campanada, pisaba yo el peldaño de la casa de Porto. Hallábase este señor en su despacho, y me dijo:

—Dispense usted que le haya molestado, y también me dispensará si le propongo una cosa que pudiera lastimar su decoro; pero soy presidente de la Junta directiva del Colegio de San Felipe, y me han dado para usted la comisión siguiente: El Sr. Camas se marcha a la Isla, de maestro de esgrima de los Guardias marinas. El Rector trató de averiguar si había en Cádiz algún otro maestro, y parece que no. Llegó a su noticia que usted era la única persona capaz de enseñar el manejo de las armas; pero, como la clase de usted podría rebajarse...

—¡Qué rebajarse, ni qué ocho cuartos!—le interrumpí, cual si se abriera el cielo para darme entrada.—Mi padre está desterrado desde el 43, mi familia necesita de mí, yo de trabajo. ¿Maestro de esgrima? ¡Lo seré! Si algo más llegase a ser, recordaré siempre como mi título más honroso el de maestro de esgrima; y como el mayor favor recibido este cargo que usted me proporciona y que yo acepto con la mayor gratitud.

Quedamos corrientes; y desde entonces fui maestro de florete y sable, hasta acabar la carrera.

XXXIII

* Adelante con los faroles.

¡Oh, qué placer el placer de ganarse la vida! No creo que nadie lo haya experimentado como yo. Porque, efectivamente, para ello se necesitan varias circunstancias.

¿Qué puede gozar el bienhallado cuando insensiblemente, y sin transición, de la comodidad sigue en la comodidad? Mis compañeros, cercanos al fin de la carrera, suspiraban, diciendo:

—«¡Ya pronto se me acaba la vida alegre! Ya mi padre me anuncia que me dejará su titular. ¡Su titular! Dentro de poco estaré hecho un facha, desempedrando las calles de mi pueblo y bregando con la tía Fulana y el bárbaro del alcalde.»

He conocido estudiantes que no estudiaban y se hacían dar calabazas exprofeso, para prolongar su vida alegre de estudiantes. Pero todo está compensado: esos tales, y otros cien mil de diversas clases y condiciones, no han experimentado el supremo placer que yo experimenté.

¡Cómo entré en casa de mi bendecido D. Manuel de Porto! ¡Cómo salí: loco de alegría! En tres zancadas volé a mi casa, eché abajo la campanilla del zaguán y entré llamando a mi madre con desaforadas voces:

—¡Madre, madre, ya somos felices: soy maestro de esgrima!

Mi madre me miraba estupefacta y casi con temor de que me hubiera vuelto loco. Tan triste antes, tan alegre ahora; no podía comprenderlo.

—Maestro de esgrima en San Felipe. ¡Doce a catorce duros todos los meses, y ocho del anfiteatro como disector; ya ves! Y luego, lo que aumente.

Me arrojé a sus brazos, di otro abrazo a mi tía Dolores, haciéndola perder el equilibrio; achuché y besé a mi hermana la demente, a Amalia y Paz, y levanté en alto a mi hermano pequeño, José.

Caí rendido, y recé y lloré con el alma y con los ojos, dando gracias a la Virgen. ¡Qué felices suelen ser a veces los desgraciados! Por lo demás, las perspectivas son siempre más risueñas que la realidad.

No es necesario decir que al siguiente día me presentaba en San Felipe Neri a tomar posesión de mi cargo, y al otro funcionaba en su magisterio.

Generalmente se inscribían en mi clase de cinco a ocho discípulos. Mi plaza no tenía sueldo fijo; cada uno me pagaba dos duros al mes por su lección; y así, cuando tenía cinco discípulos, diez duros; cuando ocho, diez y seis.

Diez, doce, catorce, diez y seis: no es mala escala; angosta, y más angosta con los diez que con los diez y seis. Pero, en fin, con esto y los ocho de la disección, ¡como el pez en el agua!... si no fuese porque había que contar con la huéspeda. Aquí, la huéspeda no era una, sino muchas: las benditas deudas que, quieras o no quieras, pesaban sobre nosotros.

Mi buena madre inspiraba respeto y cierta consideración. El almacenero de comestibles, el aguador, el carbonero, el panadero, el carnicero, más o menos le fiaban. No de muy buena gana; pero, en fin, veían cierta pobreza decente; esperaban al gran cambio de fortuna; cobraban uno y se alargaban a dos.

Así, en el discurso de años, se hicieron unas cargadillas

abrumadoras. Así, para pagar gastos muy reducidos, con mucho orden, ¡vamos, se podía pasar! Pero, obligados como estábamos a ir solventando antiguas y recientes deudas, la cosa no daba para tanto.

Un duro a cuenta al honrado aguador (a quien debíamos diez y más), junto con treinta reales por el mes corriente; dos duros al paciente carbonero; tres al del almacén; dos al panadero, etc., etc. Esos desembolsos se llevaban todas las ventajas y nos impedían el orden en los gastos, sin el cual no caben presupuestos ni mayores economías. Y gracias, gracias a que algún aditamento acreciera mis ganancias.

D. Manuel Elers, maestro de piano, y uno de los primeros profesores de gimnasia que hubo en España, tenía establecida en el antiguo juego del Balón su escuela. Conocíame como estndiante de Medicina, y me tenía por un señorito que tiraba a las armas por mero lujo. Luego que vió que yo daba lecciones de esgrima en San Felipe, me propuso si quería dar clase en su gimnasio. La proposición fue con estas condiciones: él cobraría sus lecciones de gimnasia, yo las mías de florete; los gastos de local, criados y luces, a medias. Acepté y allí llegué a reunir de cuatro a ocho lecciones. Los gastos montaban de veinte a veintidós duros cada mes; de modo que unos meses perdía y otros ganaba poca cosa.

Por más que

*cómo a nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fue mejor,*

es la verdad que Cádiz por aquella época estaba mucho más pobre que en la actualidad; y eso que hoy no está muy prosperado, que digamos; pero, en fin, no está como entonces. No están, como estaban, muchas casas destechadas y en ruinas. No está, como estaba, el hermoso barrio de San Carlos desierto, sus casas deshabitadas, sin cristales, ni puertas.

Sólo podían pagar las enseñanzas de adorno y lujo, como la esgrima, algunos jóvenes americanos que enviaban a educar

a San Felipe, y alguno que otro señorito de familia mejor acomodada, que había logrado salvar algo de su antigua fortuna. Mas, fuera de eso, ya por las antedichas circunstancias, ya porque la moneda tuviese entonces más valor liberatorio, lo cierto es que dos duros o dos napoleones eran la cifra en que se estimaba una lección diaria por término de un mes.

Metido en el oficio, también me solía caer alguna que otra ganga: una, dos lecciones particulares, pagadas hasta a tres y aun cuatro duros.

¡Eche usted dinero! Si no hubiera sus quiebras, ¡como el pez en el agua! Pero habíalas, y graves: el verano era fatal; los cuatro meses de vacaciones, ¡adiós mi dinero! Me dejaba en blanco San Felipe: en el verano, nadie quería sudar y a lo sumo un rezagado.

Con todo, ¡cuánto vale cualquier medio de medio ganarse la vida! Véase un punto de pedagogía casi inatendido y del mayor interés. Esto de mostrar a la criatura prácticamente que el trabajo es la única y verdadera fuente de la producción y que sólo por el trabajo se llega al bienestar, al ahorro y la riqueza, es un punto de grandísima importancia, principalmente en nuestro país. A no estar bajo este aspecto nuestra educación tan abandonada, no veríamos a la generalidad de los señoritos que consideran de buen tono y como esencial en la clase distinguida el no ocuparse ni trabajar en nada, pasándose la vida del casino al teatro, y del teatro a las visitas, a los bailes, y vuelta otra vez al casino.

Pienso que en las escuelas y en el seno de la familia se debían producir por los niños y comprar por los padres o las asociaciones algunos objetos de labor; y sus productos entregárselos a los niños para que dispusieran de una parte de ellos con orden, y otra parte la impusieran en las cajas de ahorros escolares. Planos, dibujos, copias de cuentos y pequeñas composiciones en prosa o verso, labores de mujer, labores en madera y paja: todo debería venderse y distribuirse entre los respectivos pequeños productores.

XXXIV

*** De cómo enseñando aprende el que enseña.**

O lo que es lo mismo: que el Maestro Ciruelo puede llegar a ser un gran maestro.

Sin duda, cuando empecé mi magisterio era un buen aficionado, joven, ágil, enérgico; todas mis innatas aficiones militares y guerreras habían quedado defraudadas e insatisfechas. La lucha colectiva, o sea la guerra, estaba fuera del alcance de mis apetitos; y como a falta de pan buenas son tortas, tomé con ardor el arte del ataque y de la defensa personales.

Lo que se emprende con vocación sale adelante, y por eso conseguí cierta fama local de tirador.

Esta circunstancia y la necesidad me llevaron a maestro, sin serlo realmente; pero después, dale que le das, aprendí el oficio.

Oficio que no deja de proporcionar sus apuros; como lo verá, si tiene paciencia, el discreto lector.

XXXV

*** Los duelistas y el Coronel Correa Botinos.**

«*Castillo de Santa Catalina*, tantos de tantos... (no me acuerdo de la fecha).—Muy señor mío: en otros tiempos he sido maestro de armas. Me encuentro preso y aburrido. Pido al compañero venga a visitarme, puesto que yo no puedo hacerlo. Con este motivo, se ofrece a usted, con la mayor consideración, *El Coronel Correa Botinos*.»

Esta carta recibí, un sábado precisamente. No me hice esperar. El domingo no tenía lecciones, ni aula, ni anfiteatro, ni

más que preparar las lecciones en los cadáveres, a la noche, para las cátedras del lunes.

El nombre de Correa Botinos me era conocido; los abogados conocen de nombre a los abogados notables, *et sic de cæteris*. Personalmente desconocía al coronel, pero de fama me lo tenía al dedillo. En el gremio de espadachines militares y civiles gozaba de más renombre que Pizarro en las Indias.

«¿Qué me querrá este señor? Allá veremos.» Esto iba pensando por el camino del Castillo de Santa Catalina.

Las historias que había oído de él me eran simpáticas por un lado y sospechosas por otro. Simpáticas, porque había sido uno de los militares más bravos y decididos por la causa de la libertad, desde Riego hasta la fecha. Sospechosas, porque su vida era un tejido de violencias y atrocidades.

Sin embargo, iba contento, aguijoneado por la curiosidad y por mi inclinación a conocer y estudiar los personajes que resultan tipos y que ofrecen singularidades de carácter.

Llegué al rastrillo, dirigíme al sargento, y le dije:

—Vengo a visitar al Coronel Correa Botinos, preso en este Castillo; pásele usted recado.

El sargento quedó pensativo un instante; sin contestarme entró en el patio de armas y desapareció, volviendo a poco. Abrió el rastrillo, y dirigiéndose a un soldado, le dijo:

—Acompañe usted a este caballero al pabellón número cuatro.

No debió de pasar recado al coronel, seguramente, sino al comandante de la fortaleza; porque, subida la escalerilla de mampostería correspondiente al pabellón número cuatro, toqué a su puerta y nadie me respondió. El soldado se fué, dejándome solo, una vez cumplida su orden. Llamé con más fuerza, y la puerta se entreabrió naturalmente, dejando ver parte de la habitación.

Hallábase desamueblada, y entendí que serviría de ingreso a otra más interior, donde estaría el coronel. Así, quitándome el sombrero, penetré echando por delante la frase de

—¿Se puede pasar?

Tampoco contestaron; y alcanzando a ver que en aquella sala y la siguiente (si amueblada con cama, silla y mesa) no había nadie, adelanté más, y pude reconocer que el pabellón sólo constaba de la sala de ingreso y el susodicho dormitorio.

«Vamos (dije para mí), habrá salido a algo; esperemos.» Aguardé de pie, pero nadie venía. Entonces, por distraer el aburrimiento, me asomé a una ventana que daba al mar y a la muralla del Castillo. Un centinela la guardaba, paseando a compás y lentamente, derramando siempre la vista hacia un viejo que, con los brazos cruzados a la espalda, se paseaba también con rápida dureza. Como todo pasaba en un plano inferior al mío tres metros o cuatro a lo más, y a otra tanta distancia horizontal, pude observar al hombre a mi sabor.

Mediano de cuerpo, más bien bajo; carnes proporcionadas, algo enjuto; cabeza rapada, barba gris larga, gran bigote transversal y puntiagudo; mirada inquieta. Destocado; blusa corta y pantalón, ambos de lana, de color aplomado; por calzado, zapatillas.

Iba y venía de este modo, corriendo el lienzo de muralla siete veces en el tiempo que una el centinela. Parábase de pronto delante de un cañón entre mediano y pequeño, yacente en el suelo debajo de una tronera, y desmontado por falta de cureña. Iba hacia él, cual si quisiera embestirle; se echaba atrás, como quien sólo amaga; saliendo acto seguido, con paso más veloz del que traía.

De esta manera, unas veces pasaba de largo mirando de reojo al cañón desmontado e inofensivo, parábase otras para acometerle; hasta que una vez le acometió de veras; se echó sobre él y lo agarró con furia por el cascabel cual si lo quisiera mal, para tirarlo por la tronera. Pero el cañón, que había criado calma con los años, no se dió por entendido y quedóse indiferente, tan pegado al suelo. Irritado el hombre gris, hizo otro esfuerzo, pero en vano; se irguió, dió dos patadas en el suelo y salió escapado, volviendo a sus paseos.

E. M.—*Julio 1912.*

«Sin duda (dije para mí), ese viejo singular es el coronel Correa; pero si no está loco, vive Dios que lo parece. ¡Mala espina! Con su historia, su carta y esto que voy viendo... En fin, observemos y procuremos suplir con el propio seso lo que a éste le falta.»

Pues, señor, dió tres o cuatro paseos veloces, agitado, sin volver los ojos al cañón; pero a otro paseo, vuelta a clavarlos; a otro, nuevamente el arrechucho; y a otro, ¡zas! se arroja, lo agarra por el moño, lo suspende como medio palmo, déjalo caer como diciendo «¡maldita sea tu alma!»; y el cañón, al caer en su lecho de piedra, apenas sonó *bom*, recordando su mocedades belicosas.

Después de esto, Botinos quedó tranquilo y volvió a pasear ufano acompasadamente.

Con estas y las otras, llevaba ya de esperar una hora boba, y me pareció oportuno concluir con aquel negocio. Bajé la escalera, me asomé a la muralla y cortésmente, con el sombrero en la mano, me dirigí a mi hombre interrogándole:

—¿Es al señor Coronel Correa Botinos a quien tengo el honor de saludar?

—El honor es mío, caballero.

—Soy Fulano de Tal, a quien usted se ha dignado citar por carta.

—Mil gracias, señor, le agradezco su visita; pase usted a mi habitación.

Abocamos a la escalera; me indicó que pasara delante, y yo lo mismo a él; después de muchos ruegos por ambas partes, le hice precederme, alegando los respetos de mayor edad y circunstancias.

—Pues bien—me dijo apenas llegamos a su habitación,—he molestado a usted por dos motivos. El primero, que siendo usted maestro de armas y habiéndolo yo sido, la profesión nos impone el deber de auxiliarnos. El segundo, que no sé de usted, pero su señor padre (*en esto se llevó la mano debajo del cuello, descansando su palma sobre el pecho*), es un antiguo pa-

triotas, compañero mío, que también ha sufrido por la Libertad. Por estos títulos, me he creído autorizado para escribirle. Siéntese usted.

—Muchas gracias; después de usted.

Hízome una cortesía de esas particularmente respetuosas y dignas, propias de nuestros antiguos militares, que no sé por qué han caído en desuso y hoy sólo conserva la oficialidad del ejército austriaco.

—En esta prisión endiablada, estoy solo. El Comandante es un *animal* de la clase de tropa. Mis antiguos amigos de Cádiz, unos han sido fusilados, otros andan por ahí a uña de caballo. Mi señora está en Madrid. De modo que me paso todo el día escribiendo, y cuando ya me canso, no sé qué hacer. Conservo mis aficiones a las armas y necesito un amigo con quien tirar. Dada esta explicación, conoce usted mi deseo.

—Pues para eso y para todo me ofrezco a sus órdenes, señor Correa Botinos. Los domingos son míos, estoy desocupado. Los demás días, con mis clases en el Colegio, las obligaciones de la disección y los discípulos de esgrima, día y noche ando hecho un azacán. Pero, de todos modos, si entre semana necesita usted de mí para alguna cosa, aquí estaré al primer aviso; también podré venir a distraerle los días festivos, además de los domingos.

—Muy bien; se lo agradezco. ¿Le hizo a usted esperar el *bestia* del Comandante?

—No, señor, ciertamente. Apenas le anunció el sargento que había al rastrillo una persona para visitar a usted, debió de conceder el permiso, puesto que acto continuo me dejaron pasar y un soldado me acompañó a esta habitación.

—Bien, bien; se conoce que la lección le ha servido.

No quise preguntarle qué lección fue esa por no parecer indiscreto. Seguidamente añadió:

—Pero usted no me encontró aquí. ¿Cómo dió usted conmigo en la muralla?

—Diré a usted; esperé un rato en el supuesto de que usted

volvería; pero, tardándose algo, me asomé a la ventana, le vi pasear y bajé a su encuentro.

—En efecto, salgo a pasear por el único punto donde puedo estirar las piernas en este dichoso castillo. Ya lo conozco bien, pues he sido su inquilino tres veces; la última, hace veinte años. Entonces me distraía durante los paseos en levantar los cañones y ponerlos de pie. Ahora he pretendido hacerlo, y la pícara falta de costumbre no me lo ha permitido hasta hoy que al fin ya logré levantarlo.

Me guardé bien de hacerle observar si eso era efecto de la falta de costumbre o de la sobra de años; el Coronel tendría a la sazón sus cincuenta y cinco muy cumplidos.

—Traeré a usted careta, guante y florete.

—No, señor, no es necesario; camino siempre con los míos, los verá usted.

Y abriendo un gran cofre, de los que se usan en Filipinas, sacó de entre las ropas, no dos floretes, sino dos espadas de combate, rígidas y pesadas.

—¿Son estos los floretes de usted?

—Sí, señor, nunca uso otros; ni para asaltar ni para duelo. La punta es muy aguda, un poco por encima tiene esta rosca, en ella atornillo el casquete que deja hueco para que la punta no padezca, y en los asaltos el casquete sirve de botón.

—¡Es ingenioso!—contesté.

Guardándome de añadir que me parecía una barbaridad: primero, porque el arma, ya de por sí pesada y sólo propia para combate, aumentaba su pesadez con el virolón acerado que encerraba la punta; y segundo, porque el demonio que aguantara un botonazo.

La pequeña mesa de pino, que constituía uno de los principales muebles del dormitorio, estaba cubierta de papeles desordenados. El viento de mar, casi siempre recio en el castillo, entrando por las ventanas, voló las hojas. Arrojóse Botinos a recogerlas presuroso, cual si se tratara de documentos de interés. Conforme a cortesía, me eché también a prender prófugas,

que, vueltas a la mesa con las demás, sujeté con el tintero de piedra, cúbico, que, según la facha, debía de ser reglamentario y propio del Castillo.

El Coronel no se aquietó con esto; agitado, procuraba ordenar los pliegos por sus páginas, dando taconazos de impaciencia.

—¿Puedo ayudar a usted?

—No, señor, imposible: a mí es y me ha de costar mucho trabajo.

—¿No están paginadas?

—Pues precisamente por lo mismo. Hace una semana que desembarqué; venia como usted se puede figurar. Desde que fui preso en Manila, no me permitieron escribir; encerrado como una fiera, sin comunicacion. De allí, a la fragata; cuatro meses en el mar, reventando por tomar la pluma y hacer la exposición de agravios; aunque no me mareo, en el barco con los pasajeros, no podía escribir. Deseaba llegar a Cádiz, para redactar mi memorial. El primero que hice no salió a mi gusto; el segundo resultó flojo y estaba escribiendo el tercero. Como todos tienen su paginación y la letra es igual, resulta que, barajadas por el viento, no sé si la hoja 2 es del borrador primero, segundo o tercero; y vea usted la dificultad. Este es el pliego primero del primer borrador; este otro debe de ser del segundo...

En fin, después de muchos tanteos, pudo traer cada oveja a su redil.

—Señor don Segundo—me atreví a decirle:—aunque escribo poco, no es posible que me ocurra ese mareo; porque escrita una cosa, buena o mala, así va. En todo caso, lo más que suelo hacer, es enmendar al paso alguna palabra; pero eso de hacer de nuevo otro escrito distinto y luego otro, me extraña en usted, que no me parece muy pacienzudo.

—Es verdad, es verdad; pero hay escritos de escritos. El artículo *tantos* —(dijo el número de corrido, así como su texto, sólo que yo no me acuerdo del número ni de la letra),—el ar-

título *tantos* de la Ordenanza, dice: «Cuando un inferior recibiera agravio de un superior, tendrá paciencia y recurrirá en forma moderada y respetuosa, etc.» Como reclamo de agravio ante Su Majestad, el documento necesita llenar las condiciones de la Ordenanza, y no me sale a gusto.

—Ya veo la dificultad—le dije;—le parecerá demasiado fuerte.

—No, señor; al contrario, me han salido muy flojos, descoloridos y sin expresar mis quejas. No he acertado, por cumplir lo de que sean moderados y respetuosos. Este es el primer borrador, y después de todo, es el que me parece menos mal.

«SEÑORA: Segundo Correa Botinos, Coronel de los Reales Ejércitos, puesto ante los pies de Su Real Majestad, etc., etcétera.»

A medida que iba entrando en materia, quedaba yo estupefacto. Siento carecer de memoria; bien merecía conservarse el singular documento, por su fondo y por su forma.

El primero se reducía a decir que desempeñando el cargo de Comandante general del Cuerpo de Carabineros de Filipinas, había tenido a raya a los contrabandistas y a los empleados ladrones, cumpliendo su deber como militar y caballero, etcétera. Es la verdad: en este punto, el Coronel era inflexible como sus floretes.

Que habiendo caído el honrado Gobierno del Duque de la Victoria, el General Narváez había sustituido a los mejores funcionarios de Filipinas por una horda de presidiarios.—Eso no sé si era tan verdad; pero puede que algo hubiera.

Que influido el nuevo Capitán General por tales bribones, se atrevió a molestarle injusta e indignamente, poniéndole en el caso de rechazar cual corresponde a un militar pundonoroso tan villanas provocaciones.—En esto, lo que parece haber pasado fue que a mi buen Coronel se le subió San Telmo a la gavia, tiró de espada, y si no se interponen los ayudantes y acude la guardia, allí no queda un General para contarlo.

Respecto a la forma, no hay qué decir: parecía escrita con infantería, caballería y artillería.

Guardéme bien de indicarle que no me parecía aquello muy ajustado a las recomendaciones del consabido artículo de la Ordenanza.

Preso D. Segundo, fue enviado a la Península, con su proceso al canto, bajo partida de registro. Él se creía víctima de la más inaudita arbitrariedad. En el origen del asunto, supongo que le sobraría la razón. En cuanto a su arremetida al General, me quedé haciendo cruces: no comprendía cómo estaba vivo, cómo no lo habían fusilado.

Dicen que un Santo vela por los niños y por los borrachos. Puedo añadir que otro Santo desconocido vela por los hombres de la catadura de Correa Botinos; si tengo o no razón, ya se verá al final de su historia.

Entre la pugna del cañón, los cumplimientos, discursos sobre las armas, ordenación de los manuscritos y lectura del memorial, habíase pasado toda la tarde. Di por terminada mi visita, y me despedí hasta el inmediato día festivo.

XXXVI

* ¿Qué era?

Cumpliendo mi palabra, fui a Santa Catalina varias veces; no muchas, porque no tardaron en llevarse a mi hombre a las prisiones militares de Madrid.

Como tirador de armas, no me pareció cosa del otro jueves; en cambio, podía considerársele como un modelo de duelistas orgánicos.

Los tiempos, las costumbres, crean ciertas cosas e impiden el desarrollo de otras que antes florecían.

Afortunadamente, ya no hay atmósfera ni medio externo que permita en las clases bajas, a los barateros; en las altas, a

los duelistas. De los unos, apenas queda algún recuerdo, a manera de mueca, en los presidios mal regidos; de los otros, ciertos vestigios en la prensa y en los Parlamentos. Pero ambos son a los barateros y duelistas antiguos, como los modestos lagartos de nuestros campos actuales a los grandes saurios de la Paleontología.

Duelistas, hábalos de varias especies; a la mejor sin duda, a la más noble, pertenecía D. Segundo, sin poderlo remediar. Quiere decir, que no por intención maligna, ni aun siquiera por la vanidad de hacerse superior y temible, resultaba duelista; éralo porque su organización y temperamento le conducían a los raptos de violencia, y sus ideas acerca del honor le sugerían el principio de que sus manchas sólo con sangre podían lavarse. Añádase a esto cierta susceptibilidad para ver las tales manchas a cada paso; y podrá comprenderse cómo en él una palabra equívoca, un gesto, una desatención, una contradicción cualquiera bastaban para levantar polvareda y encontrar los manchoñes que pedían su correspondiente enjabonado sangriento.

El primer día que hicimos un asalto, le dije:

—Me permitirá usted que le observe que con estas espadas no podré darle todo el juego que desearía.

—¿Por qué?

—Son muy pesadas para ejecutar con ellas movimientos complicados y rápidos.

—Pues precisamente por eso las prefiero a las tiritainas de floretes, que sólo sirven para fingir un juego de chiquillos. ¿Para qué se esgrime? Para adiestrarse en el manejo del arma que hemos de emplear en los lances. Estas espadas son de duelo; tirando con ellas se acostumbra la mano a los lances reales y nos habituamos a reducir el ataque y la defensa a la realidad, desechando esos floreos inútiles de que tanto se paga la generalidad de los tiradores.

Desde este punto de vista no dejaba de tener razón. Pero D. Segundo estaba ya en guardia, vestido con su especial blu-

sa de lana; yo, en mangas de camisa, sin peto ni reparo, no pude menos de echar una mirada compasiva a mis costillas.

Comenzamos el asalto fuera de medio; quiere decirse, a una distancia mayor de la necesaria para recibir herida. Como era justo, dejé que Botinos comenzara el ataque, permaneciendo por mi parte a la defensiva. Él, según formas correctas, simuló más bien que extremó el suyo. Pero, a poco, sus ojos se encendieron, todo su sér se transformó en ardimiento; cualquier espectador hubiera creído que se trataba de un verdadero duelo a muerte. Ni su espada podía salir de los ataques simples, ni la mía tampoco: un amago y un cambio eran lo más.

Permanecía yo fuera de medio, reduciéndome principalmente a la defensiva, prevalido de los menos años y la mayor longitud de mis extremidades, cuando, en el acceso de su furia bélica, Botinos, sin echarse a fondo, en la misma guardia, disparóse a modo de quien patina, ganando su distancia ofensiva; al mismo tiempo que cambiando la espada con gran fuerza, para obligarme a una parada enérgica, abatió la punta por bajo de mi puño y me hizo ver las estrellas en la boca del estómago.

—¡Brava estocada de duelista!—exclamé, poniéndome en columna.

Botinos se colocó también en igual posición, haciéndome con la espada un saludo cortés, al mismo tiempo que su fisonomía se tornó tranquila.

En aquel primer asalto conocí su juego, sus dos o tres recursos propios más temibles, y hasta dónde llegaba aquella naturaleza suya incandescente.

Hacia atrás no sabía resbalar patinando sobre los dos talones; daba un impulso y se despedía cual una flecha, sin perder la guardia, que convertía en ataque.

Cuidé muy bien de no incomodar a aquel amigo. Estupidez hubiera sido en mí el excitar demasiado sus ardores; y cuando ya le veía fuera de sí, dejábame tocar, procurando ocasión en que no me hundiese una costilla.

Con esto, me tomó en pocos días cierto afecto; a durar más nuestro trato, hubiera llegado a ejercer sobre él alguna influencia.

Ya podía, con su cuenta y medida, señalarle alguna estocada suave, sin que se enardeciera desmedidamente.

En realidad, estos caracteres fieros son así: Correa Botinos era una pistola cargada, que se podía manejar impunemente teniendo cuidado de no tirar del gatillo y sortearle la boca. Casado, su mujer le manejaba como a un niño; para ella, resultaba un mansísimo cordero.

Algunos años después (ya debería tener más de sesenta), Correa Botinos pasó por Gibraltar y alojóse en una de sus fondas. No sé por qué, respondió con sus habituales imperio y modos propios a un camarero. Éste, como buen inglés, creyó el caso clásico para un acto de *boxeo*; y poniéndoselo delante el Coronel, le estampó un puñetazo en las narices. ¡Ira de Dios, que tal hiciste!

Arrebatado, ciego, Correa Botinos sacó la espada del baúl; huye el camarero, corre tras él.,. y lo pasó de parte a parte.

¡En Gibraltar, un homicidio! Fue condenado a muerte. ¿Lo fusilaron?

No. *Un Santo desconocido vela por estos hombres.* Fue indultado por la Reina de Inglaterra. No se ha conocido otro ejemplar. Algo después, Correa Botinos falleció de muerte natural. ¡Verdadero milagro!

¿Qué era?

Ya lo hemos dicho: un duelista, por organización, por influjo de ideas exageradas del honor, por educación imperfecta; una pistola cargada y montada.

¿Era un cuerdo o un loco?

De todo había: normalmente, cuerdo; pero, como Don Quijote, no había que tocarle a sus libros de Caballería.

De estos cuerdos, locos a retazos, paréceme que, carta más o carta menos, se forma la humanidad.

XXXVII

* **Bala perdida.**

En rigor, la educación pudiera definirse así: *El arte de vivir socialmente.*

Muchos reducen su alcance a la superficie, a la adquisición de ciertas maneras, a la adopción de formas cultas y distinguidas; quiero decir, llevan el pensamiento a la altura de don Diego Choquet de Isla y su texto de *Urbanidad y Cortesía.*

Otros confunden, según dijimos en pasados lugares, la educación con la instrucción; pues, si bien relacionadas entre sí, auxiliándose mutuamente, son del todo distintas. De otra suerte, no se verían a cada paso verdaderos sabios mal educados, e ignorantes supinos de correcta educación.

El arte de la vida social, lo de menos importancia que contiene (con ser mucha), es lo que se llama *formas, modales o maneras.* Más la tiene, sin duda, aquella parte que enseña el modo de doctrinar nuestras facultades y actividades para que, resultándonos provechosas, al mismo tiempo resulten útiles para la sociedad.

Implica, pues, la parte educativa una finalidad moral, y por tanto completamente estéril si no destila del trabajo práctico y del ejercicio fisiológico dirigidos a una producción. Con lo dicho se evidencia que la educación moral *à priori*, que hasta nuestros tiempos se pretendía enseñar dogmáticamente, resultaba estéril, como todo absurdo.

Por el contrario, enseñad a una criatura a hacer, a trabajar, a producir, y la haréis laboriosa, honrada; disciplinadla en el régimen armónico de sus facultades, y necesariamente os resultará moral.

Como conclusión inducida del análisis de una multitud de criaturas, en los dos anteriores puntos subrayados vienen a estribar los fuertes pilares del edificio educativo. Añádase luego,

como cúpula y remate, *un principio ideal*: el que, según las facultades de cada uno, debe o despertársele o inducirle a que se le despierte. Con eso está hecho todo lo posible para que, a medida de sus facultades, resulten hombres útiles y buenos; y, entre tantos, algunos hombres de pro.

Escuelas talleres, escuelas oficinas, escuelas de artes y oficios, escuelas de administración donde se administre, escuelas de comercio donde se comercie, escuelas de agricultura donde se siembre y se coseche y no se pedanteo, etc. Muchas escuelas de trabajo; menos, de *a, b, c* y de ciencias confiadas a la memoria, lo cual viene a ser como si confiásemos la *construcción* de un reloj a un compañero que no ha de saber ni poder *hacerlo*. Y corto el hilo, que ya me reconozco pesado, insoportable.

Nada de lo dicho tiene que ver con las *balas perdidas* (al parecer); y, sin embargo, una *bala perdida* ha traído a mi caletre la anterior algarabía.

Dicha *bala perdida* era un hombre; no se sabe de dónde venía. Llegó a mí rodando, entre fría y caliente: fría por el hambre, caliente por el alcohol. No se tambaleaba, pero echábase encima.

Francés o cosa parecida debiera de ser; chapurraba como ellos, vestía como cuando llegan a la divisoria entre sastre y desastre, una prenda pasable y otra pasada. Buen mozo, blanco y rubio; bigote militar y el resto afeitado con tres días de retraso; altura regular, musculatura recia.

Hallábame dando lección de florete a un discípulo en el Salón, cuando, sin pedir permiso ni saludar, se me entró el hombre por las puertas diciendo:

—*Muá ser maestro; muá tirar sable, batón e florete.*

—Sea enhorabuena—le respondí, apartando a un lado la cara para hurtar el tufillo de su aliento.—¿Y en qué puedo servirle?

—*Muá ser maestro; muá querer dar lección.*

—Muy bien; siéntese usted, descanse y luego podrá dar lección a un discípulo mío que no tardará en llegar.

Sentóse, con la cabeza baja y las piernas entreabiertas. Comprendí bien lo que pensaba: lo que quería no era dar lecciones, sino tener quien se las pagase. Proseguí mi tarea, y de allí a poco llegó el joven a quien esperaba.

—*Monsieur*—le dije a mi vez, chapurreando.—¿Qué nombre tiene usted?

—Monsieur Alfredo.

—Está bien, señor Alfredo; aquí tiene usted un discípulo mío a quien dar lección.

Hizo como el que no entiende, y le vi en cierta dificultad, cual si quisiera decir algo que no acertase a expresar. Por fin, habló:

—*Lección, no; querer ser maestro.*

—Perfectamente; venga usted mañana y trataremos del asunto.

Tardó en volver tres o cuatro días; vino sin *vino* entonces, ni otra alguna influencia alcohólica. Pude observar mejor la expresión natural de su fisonomía. Parecíame como de unos treinta y cinco años; el rostro hermoso, si no ofreciera el sello de marchitez que imprime la vida crapulosa. Además inspiraba desagrado, porque tal marchitez, revelada por líneas lánguidas, se complicaba con la interrupción de ellas por otras sobrepujadas de provocativo descaro.

Le invité a que tomase asiento, y después a hacer un asalto si gustaba. Desentendióse por el pronto; pasado un intervalo se levantó, y tomando sable, guante y careta, dijo:

—Sable.

Debía de ser éste su arma favorita. No la mía: daba lecciones de ella, pero había asaltado poco.

Caímos en guardia y sin intención determinó el ataque; no seco, simple y más o menos decisivo, cual corresponde a un arma que opera por curvas y ofende por corte, sino ejecutando una multitud de amagos más brillantes que eficaces, más

propios para demostrar agilidad que para hacerlos temer.

Cuando esto vi, respiré amplio y desahogué cierto peso que desde la primera visita de aquel hombre había sentido encima.

Redújeme a mirar las cien evoluciones de su arma y no hacer caso sino de la final.

Contrastaba la mala intención suya con la inocente brillantez de sus ataques; sin embargo, he de decir que, si no por inteligencia, al menos por virtud de hábito diestro, paraba bien y contestaba como un rayo, siendo en esto verdaderamente fuerte.

No quedé insatisfecho; él no debió de hallar lo que buscaba. Al concluir el asalto, su rostro había perdido el viso de provocación, y todas sus líneas eran las naturales en un hombre fuerte, pero agotado por los excesos. Después de descansar un rato, me preguntó:

—¿Juega usted el *batón*?

—No, señor.

Entonces, echando mano a un bastón que allí había, comenzó a hacer con él infinitos molinetes, a saltar y dar vueltas por el aire y otros ejercicios en que parecía un torbellino y que demostraban extraordinaria agilidad.

Le celebré la gracia, y animado con esto volvió a preguntarme:

—¿Juega usted al *sabot*?

—No, señor. ¿Qué cosa es esa?

—Pelear con el cuerpo.

Fuése al criado, y lo puso en medio de la sala; él se retiró al extremo, y de una carrera se echó sobre él cual si fuera a acometerle con los puños; al punto que el criado levantó los brazos para defenderse, Monsieur Alfredo, con el pie derecho, dió al criado un golpe en la corva y lo tiró rodando.

Quiso hacer otra gracia, pero el sirviente no se prestó al ensayo. Entonces se redujo a figurar la lucha con un contrario supuesto, lucha en que no empleaba los brazos principalmente,

sino las cuatro extremidades; ora figurando dar una coz a la altura del rostro del enemigo, ora una cabezada en la boca del estómago; ora corriendo hacia él como para acometerle de frente, dando un salto mortal, ponérsele a la espalda, y al caer, antes de la reposición de la sorpresa, clavar las dos manos en el suelo y disparar dos coces que pudiera envidiar un mulo de artillería.

—Muy bien—le dije;—para hacer eso, se necesita ser un titiritero.

—*En Francia mucho esto; yo maestro.*

Efectivamente, pasados los años llegué a ver el baile del canacán, y comprendí que pudiera haberse aplicado a un simulacro de lucha fundada en movimientos traviosos y gatadas grotescas.

Aquel día nada me indicó respecto a lo que quedamos en el primero. A mí no me convenía reanudar la conversación.

A solas, me lo había hablado todo y hecho mi composición de lugar.

Gajes del oficio; había que contar con ellos y eran de esperar. Suponía saliese al paso, como a mi maestro Camas, alguno que otro matasiete y espantaocho fanfarrón, pero no se me daba cuidado de aquel género conocido. Monsieur Alfredo me pareció harina de otro costal. Tenía todas las trazas de una *bala perdida*, de uno de esos hombres desalmados, y que, no teniendo pizca de vergüenza ni nada que perder, lo mismo se les da por lo que va que por lo que viene.

No conocía su historia, ni pude averiguarla. Apostaría, sin embargo, que había pasado por las aulas del presidio. Su origen debió de ser la clase media; cuando menos, era desertor de Argelia.

Lo de *muá ser maestro, muá querer dar lección*, quería decir: «usted me deja el puesto».

Ya por no conocer esos matices del lenguaje que permiten expresar y no declarar las cosas, ya porque no se atreviera a pasar el puente sin tentar el vado, el caso es que optó por lo

segundo. Juzgándose muy fuerte en el manejo del sable, pensó sacar ventaja; la cosa no le salió a gusto y se contuvo. Volvió varias veces; una se le iba y otra se le venía. Yo lo observaba con atención, y al verlo en punto de romper el silencio, le decía:

—Maestro Alfredo, vamos a tirar al florete.

Bien sabía yo que no había de aceptar; su modo de jugar al sable me declaró que no conocía la espada ni por el forro.

Pero la necesidad por un lado y sus hábitos de perdido por otro, no le permitían desistir de sus propósitos, y continuaba encapotado como gato que acecha la ocasión de saltar.

No me hacía maldita de Dios la gracia tenerme que romper la cabeza con aquel perdido. Nada iba ganando, y por otra parte, siempre he sentido la pasión del miedo con gran anticipación y mucha fuerza; defecto que, después de todo, me ha servido de mucho, haciéndome previsor y templando algún tanto ciertos ímpetus violentos.

En el mismo Balón tenía establecido mi compañero Elers un tiro de pistola. Yo nunca había disparado un arma; pero, como la situación del Alfredo continuaba sospechosa, quise saber qué arte sería el mío en el tiro al blanco. Puse manos a la obra, y vi que no era cosa del otro jueves: de doce tiros saqué tres veces el muñeco, ocho puse la bala en el círculo, y una fuera, pero tocando a su circunferencia; repetí el ensayo a la distancia mayor que permitía el espacio, y el resultado fue igual sobre poco más o menos.

Si no anduve desacertado en el blanco, más acertado estuve en la providencia. Aquel mismo día llegó M. Alfredo algo bebido, y *exprofeso* si no me engaña la malicia; venía hosco, y le salí al encuentro, preguntándole:

—¿Qué le pasa a usted, Sr. Alfredo?

—Que hoy pegarme un tiro con uno o pegármelo a *muá*. Estar desesperado. Necesitar dinero. No poder vivir.

—Tranquilícese, Alfredo. Para pegarse un tiro no es menester hallarse con mal humor; y para comer en la cárcel no

es necesario dárselo a otro, con menos trabajo se come el rancho. Usted tiene muchas habilidades: tira al sable, juega el bastón y el *sabot*, como usted llama. ¿Tira usted a la pistola?

—Tiro.

—Ea, pues, penas a la espalda, que detrás de un tiempo malo viene otro... peor. Venga usted al tiro de pistola.

—No tengo dinero.

—No importa. Esta casa ya le dije que era suya. Los tiros yo los pagaré, y luego le convidó a comer.

Dejóse conducir. Púsose a tirar; pero como los que abusan de los alcoholes tienen muy mal pulso, y en aquel momento estaba algo bebido, no hizo un solo disparo con acierto.

—Mal anda ese pulso, Alfredo. Yo no sé tirar, pero voy a ver qué tal lo hago.

Disparé doce tiros y saqué cuatro veces el pelele.

—Hoy no doy lección; lo dedico a quitarle el mal humor.

M. Alfredo iba confuso; de buen o mal grado, se sintió dominado por un muchacho, mitad señorito, mitad maestro de armas. Y en el campo del Balón se echó a llorar.

No pude menos que impresionarme cuando de repente M. Alfredo comenzó a darse de puñetazos como un loco.

—*¿Llorar muá? ¡Cochón! ¿Llorar muá?*—y seguía dándose puñadas en la cara y la cabeza.

—Alfredo—le dije;—vale más el que llora que quien se enfurece. Cuando usted llora, adquiere mi respeto y mi afecto; cuando usted se maltrata, me parece un furioso, pero no un valiente.

—*¿Muá no un valiente? ¡Sacré nom! ¿Muá no un valiente?*

Y echando fuego por los ojos, recogía los puños pasándome los por delante de la cara.

—*Muá matar hombres con mano.*

Me quedé mirándolo fijo, afectando una tranquilidad que ciertamente no tenía, y pasado un rato, le repliqué:

—¡Bah! Alfredo, cuando esté en razón, venga a buscarme.

Le volví la espalda y marché otra vez al Balón.

E. M.—Julio 1912.

Pasó una semana sin haberle vuelto a ver. Al cabo de ella, se me presentó de un modo inesperado. Era otro hombre; se dirigió a mí humilde, suplicante:

—*Usted mi amigo, usted bueno, muá no tener más que a usted.*

—Bien, Alfredo, ¿qué le pasa? ¿Qué puedo hacer por él?

—*Querer llevarme a la cárcel, andar a mí para prender.*

—¿Por qué causa? ¿Quién ha mandado prenderle?

En el tiempo que había permanecido en Cádiz había logrado chapurrar menos mal; sin embargo, no dejó de costarme trabajo entender su relación.

Reducíase a lo siguiente: a que hacía un mes que estaba viviendo en la Posada de la Academia, sin pagar, porque no tenía dinero; pero, en cambio, para cumplir de algún modo con su deuda, le había estado haciendo el amor a la posadera. El posadero le exigió la deuda, y él contestó que era una vergüenza pedirle dinero cuando todas las noches dormía con madama. Las contestaciones de la disputa fueron a gritos, voces y amenazas; llegó la policía y lo arrestaron, soltándolo después; pero el posadero, puesta una querrela, había conseguido la orden de prisión.

La cosa no dejaba de ser grave: o injuria y calumnia probada con testigos, o demanda de adulterio.

Lo que me hacía más gracia era la persuasión en que estaba el buen Alfredo de que con hacer el amor a la posadera había hecho méritos de sobra para no pagar lanzas ni annatas.

—Pues, Alfredo, no hay que apurarse; por esta vez no le echan el guante. Véngase conmigo.

Lo llevé al muelle, y a un lanchero conocido le pregunté:

—¿Para qué puerto sale hoy el primer barco?

—Señorito, para Gibraltar y la carrera.

—A este amigo, ahora mismo me lo pones a bordo. Es extranjero y va de prisa. Tú te las compones para que no ande con repulgos. Toma un duro para ti, que no da para más la sacristía. Adiós, M. Alfredo, ¡a ver si me sienta la cabeza!

Le di la mano, y en ella cinco duros. Dióme un abrazo y me besó en la frente. Algo se le humedecieron los ojos; me alegré que no pasara de ahí, no fuese cosa de que volviera a indignarse consigo mismo.

¡Qué perversión de educación y de costumbres ésta, que mira y considera como falta y deshonor aquello poco que queda de buenos sentimientos aun en los corazones corrompidos!

Cosa de dos meses después, leí en los periódicos de Cádiz el siguiente suelto:

«*Málaga. Escándalo inaudito.*—Anoche, en la función del Teatro, ocurrió la escena más deplorable y escandalosa que imaginarse pueda.

»Salió M. Alfredo a ejecutar sus ejercicios, consistiendo uno de ellos en colocar sobre dos banquillos un gran tablón cargado de cantos y numerosas pesas; y, colocándose debajo, levantar aquella balumba con las espaldas, paseándose por el proscenio cargado con tan grande número de arrobas.

»En esto, a un espectador, dirigiéndose al acróbata, se le ocurrió decir: «¡Arre!» Y éste, tirando enfurecido la carga, se arrojó del escenario y emprendióla a puñetazos con el público.

»Hubo, como es consiguiente, carreras, gritos, desmayos, caídas y atropellos; a duras penas pudieron los municipales sujetar al atleta furioso, no sin que resultaran varios contusos y heridos.

»Esperamos que las autoridades corregirán severamente al insensato autor de tal escándalo.»

XXXVIII

* **La Amazona Belga**

Serían las tres de la tarde de un jueves, cuando hallábame preparando una lección anatómica en el Anfiteatro grande.

El portero Andrés se acercó a decirme que una extranjera muy fea estaba en la portería preguntando por mí.

—¿Qué se le ofrece?

—No lo sé, no la entiendo, habla en lengua extraña; sólo he comprendido que le busca a usted.

—En mala ocasión me encuentro para recibir visitas, pero ¡qué se le ha de hacer! Que éntre en mi cuarto y espere mientras me lavo las manos.

Por aquel tiempo, moraba interno en el Colegio; concluía muy a deshoras de preparar las lecciones, y a las siete de la mañana debía estar en planta para asistir a la primera visita de la clínica en el Hospital Militar. Ganaba tiempo durmiendo en el Colegio, me ahorraaba el salir a deshora y podía disponer de algún descanso más por la mañana: Colegio de Medicina y Hospital Militar hallábanse contiguos.

Lavadas las manos, pero manchada la blusa y de mal parecer, llegué a mi cuarto. En él hallábase de pie una mujer, fantasma por lo alta, por lo correosa y estrafalaria. Su traje no convenía con la usanza gaditana, pero podía pasar, dado lo exótico de quien lo vestía. Pero, ni con esa ni con toda clase de indulgencias, lo que no podía considerarse admisible era su sombrero, chocante hasta lo sumo por lo raro y desportillado.

Nos saludamos a compás, y el primer embarazo que surgió fue al invitarla a que tomara asiento. En efecto, en mi habitación estudiantil no había dónde: una silla, que había perdido el espaldar, hacía de lavamanos; y otra, coja de un pie, bien apoyada al muro, junto a la cabecera de la cama (de bancos y tablas), oficiaba de mesa de noche. Fuera de lo mencionado, un cántaro de agua, sito en un rincón, y un estante de pino coetáneo de la fundación del Colegio, constituían todo el mobiliario. ¡Ah!, se me olvidaba: una maleta puesta en el suelo y que contenía alguna ropa.

Dirigí una mirada alrededor, y salí del apuro. Despojé de la jofaina a la silla lavamanos, poniendo en el suelo aquélla y el jabón, y ofrecí ésta galante a la madama. Hice otro tanto con la palmatoria y los demás trebejos colocados en la silla coja, y me senté en ella, cuidando de guardar el equilibrio.

—¿En qué puedo servir a usted, madama?

—Soy *la Amazona Belga*—me contestó en francés.

—Muy señora mía.

—¿No ha oído usted hablar de mí?

Dudé si decirla que sí, por cortesía; pero, al fin, me decidí por decir la verdad.

—No, ciertamente. Ocupado en mis estudios y trabajos, no estoy enterado de muchas cosas que pasan en el mundo.

—Pues soy *la Amazona Belga*, tiradora de armas. He recorrido toda Europa, haciendo asaltos con los maestros más conocidos.

Al decir esto, sacó unos cuantos periódicos en diversos idiomas, donde probablemente se hablaría de ella o se anunciarían sus ejercicios.

—Está muy bien.

—Vengo de Madrid. Invité a asaltar conmigo al maestro Carbonell y no asistió. ¡Mal caballero! Los maestros tienen obligación de favorecer a los maestros. ¡Mal caballero! Le desafié por los periódicos.

Sacó uno del seno: por el alojamiento y por el roce de las carnes, estaba bastante sucio. En efecto, era un remitido demasiado insolente para firmado por una dama. Y continuó:

—Al no contestarme, fui a darle de bofetones; cinco días me detuve en Madrid y no pude verle ni en su sala de armas ni en su casa. ¡Mal caballero!

No me di por enterado de la indirecta, y hubo entre ambos un lapso silencioso. Pero ella lo rompió viniéndose al bulto:

—Me han dicho que en Cádiz usted es el profesor de armas. Usted asaltará conmigo. Necesito que usted me facilite sitio y armas; y que concurren sus discípulos.

—Como usted habrá advertido por la disposición en que me encuentra—le dije, señalándole mi blusa asaz manchada de sangraza,—paso las tardes y las noches con los muertos, los días entre mis cátedras y lecciones. Iré a su asalto, siquiera para que no diga usted de mí lo que del maestro Carbonell; ar-

mas, floretes, etc., se los facilitaré; pero, tiempo para buscarle local no tengo.

—¡Es preciso, indispensable! Soy extranjera, no conozco la ciudad ni a nadie.

En este apuro, me acordé de dos amigos a quienes echar el muerto; o por mejor decir, un conocido y un amigo. El conocido, el marqués de Ureña; el amigo, D. José de Haro.

Saqué la cartera, y de ella dos tarjetas. En una escribí: «Amigo Haro, haga usted cuanto pueda por complacer a esta señora.» Y escribí en la otra: «B. L. M. al Sr. Marqués de Ureña, suplicándole haga por esta comprofesora cuanto le sea posible.» Entregué las tarjetas a la madama, le di las señas del domicilio de ambos señores, y aseguré que me reemplazarían con ventaja para la consecución de sus deseos.

Con esto se fué bendita de Dios; me consideré libre de tan antipático marimacho, y volví a mis tareas con los muertos.

XXXIX

El Marqués de Ureña.

D. José de Haro, efectivamente, era un cariñoso amigo mío, y excelentísima persona. De noble estirpe, como lo indica su apellido, quedó huérfano de padre en corta edad; éste dejó a su esposa la exigua viudedad de oficial del Cuerpo Administrativo de la Armada, que, como ya sabemos, no se pagaban en aquellos calamitosos tiempos. Mi amigo D. José de Haro tuvo que dedicarse al oficio de latonero.

Aprovechando la estada de los franceses en la Isla, aprendió a tirar a las armas con los maestros de los regimientos. Agil y dispuesto para todo, salió tan buen hojalatero como tirador de armas. Emigró a la Habana; con uno y otro oficio y su ejemplar conducta, vivió decorosamente, educó a sus hijos cual correspondía a sus ascendientes, y ahorró cuarenta mil

pesos, capital con que regresó a España y establecióse en Cádiz.

Aunque de mucha más edad que yo, congeniábamos. Tiraba perfectamente. Carecía de instrucción, pero en cambio era de una educación irreprochable y conocía el mundo, como persona de talento natural y que desde la nada se abrió paso.

Al marqués de Ureña le conocía desde que como aficionado comencé a tirar las armas. El buen marqués era un señor opulento, pero tan singular que dudo si podré describirlo.

Llevando uno de los títulos de Castilla más antiguos, ya se supone que estaría troquelado como tal. En efecto, su estructura era de magnate. Pero su forma exterior, entretrejida de guapo de romance, torero y picador de caballos.

Vestía de caballero majo, habitualmente; de maestrante, en las procesiones; de miliciano, en las fiestas cívicas y paradas. Porque el marqués, sin dejar la ostentación de su prosapia, quizá para hacerla notar más, se las daba de patriota.

Pero, lo que constituía su personal esencia, su vanidad, sus ideales, eran tres jactancias: no las tenía ni de rico ni de noble; tenía las por tirador de armas, por caballista y por matador de toros.

Sobre estas tres ruedas giraba su existencia, procurando satisfacer sus necesidades de espíritu por ingeniosos modos. Y bien necesitaba de magno ingenio; porque, flaco, rígido y tieso por estructura, no podía guardar el equilibrio ni en un burro, ni tirar a las armas, ni dar una carrera por el estrado.

Lo de caballista y domador de potros lo gozaba hablando siempre de pretéritas hazañas; disputando sobre el libro de Don Juan Segundo, afirmando que todo lo más esencial que contenía se lo había enseñado él al Don Juan, y que éste de su boca y de su ejemplo habíalo aprendido; parándose en la calle a disertar sobre el primer jamelgo transeúnte, y dando consejos a los herradores sobre el arte de la albeitería y la ciencia de la veterinaria.

Para alimento de su vanidad esgrimidora, había dedicado un salón de la planta baja de su casa a sala de armas. Allí

hacía concurrir a los maestros y aficionados para dar asaltos; nos obsequiaba con agua, panales o azucarillos y ron. Hacía los honores en concepto del más antiguo y más caracterizado de los maestros, refiriendo en los intermedios maravillosos asaltos en que había sido héroe y vencedor. Cuando se le invitaba a tirar, eludía el compromiso diciendo que el florete y el sable eran armas baladíes; que no las consideraba dignas de verdaderos maestros, sino corrupción de la moda y de los tiempos; que la única arma verdadera y noble era la espada española; pero que no habiendo quedado en España quien la conociera, más que él, se veía privado de su ejercicio favorito.

En lo de torero, así se las componía. A más de su ordinario vestir, desde las galerías bajas a las altas, desde el estrado al comedor, las paredes estaban cuajadas de respetabilísimos retratos de los ascendientes: generales de mar y tierra; obispos, arzobispos y cardenales; altos magistrados, virreyes; voluminosas señoras, alguna monja y alguno que otro reverendo. Pero, entre cuadro y cuadro respetabilísimos, una cabeza de toro (que el marqués había matado, por supuesto), una moña, dos banderillas ensangrentadas y otros varios trofeos de ese jaez, eran ejecutorias de *sangre torera*.

Además tenía el marqués, en vetusto arcón de nogal, varios lujosos ternos de matador, con sus correspondientes capotes, espadas y muletas. De cuando en cuando solía vestirse con ellos y pasearlos por la casa.

Púsole una vez su afición en grave compromiso, del cual no pudo salir a despecho de su ingenio como salía de sus otras jactancias.

Fue el caso que para uniformar un batallón de milicianos se acordó dar una corrida. Cosa de milicianos y de toros, claro está que el marqués había de figurar en primera línea.

Dejóse correr con su jactancia, y probablemente por el pícaro apetito de lucir sus alamares y su cuerpo gentil vestido de torero. Ello es que se comprometió a matar un toro, viendo su nombre al lado de otros matadores de cartel.

Llegó el día y procuró escaparse por la tangente, suscitando una cuestión grave de tauromáquica etiqueta: dijo que le correspondía presidir la cuadrilla y a los demás matadores, por ser más antiguo. Pero los compañeros se dieron de ojo y le otorgaron el primer lugar; por este lado no tuvo escapatoria, y salió a la plaza presidiendo a la cuadrilla, hecho un brazo de mar.

Llegó el momento crítico para él, y dirigióse a la Presidencia, brindando de un modo gallardo y magistral. El público prorrumpió en aplausos nutridísimos, y el marqués quiso corresponder saliendo por el lado opuesto al toro para hacer saludo con la espada. Así llegó hasta el punto diametralmente opuesto al bicho y quedóse parado, arreglando la muleta y limpiando la espada. Luego la blandió sobre la punta, para asegurarse de su estado; y vuelto al arreglo de la muleta, mientras el público empezaba a gritar e impacientarse.

—«¡Al toro!... ¡Al toro!...»

Pero mi buen marqués parecía sordo, entrenido con los trastos de matar.

—«¡Al toro, tío maula! ¡Al toro!...»

La plaza se venía abajo: unos reían, otros se enfurecían, todos gritaban desesperadamente.

Al fin, el Alcalde tuvo que mandar un alguacil, quien le dijo:

—Señor marqués, de orden del señor Alcalde que vaya V. E. al toro.

Y el marqués le contestó:

—Diga usted al Alcalde que yo sé lo que me hago.

Pero, en idas y venidas pasaba el tiempo. La plaza, poseída de ese vértigo de furor propio de tales espectáculos, amenazaba un cataclismo. El Alcalde volvió a mandar al alguacil, que, llegado al marqués, le dijo en voz alta:

—De orden del señor Alcalde que vaya V. E. al toro o que le echará la *media luna*.

A esto los chulillos, ya que que el matador no iba al toro,

sacándolo de capa, lo traían por medio de la plaza hacia el sitio que ocupaba el marqués. El cual, al ver la faena, tirando al suelo espada y muleta, tomó el burladero próximo, dirigiendo al alguacil esta contestación homérica:

—Diga usted al Alcalde que eche la luna llena y el sol y las estrellas.

XL

La Camorra.

No me parece, pues, que dirigí mal a *la Amazona Belga*. En efecto, verse considerado maestro de armas por tan extraño personaje le pareció la imposición del sello lacrado en su diploma.

Como no volviera a verme, olvidé su negocio; por lo cual sentí mayor sorpresa al fijar la atención en una esquina, donde lucía un cartel desmesurado. ¡Pero qué cartel! Jamás tan vivamente me sonrojó la vergüenza.

Con alevosa ortografía y letra infame, con tintas almazarrón y humo de pez, declarábase allí que el domingo, a las doce del día, *la famosa e invencible Amazona Belga* asaltaría con (*aquí entraba yo, con mi nombre y apellido*) y con cualquier otro tirador que quisiese medir sus fuerzas con ella. Citaba al asalto para el local de *La Camorra*, y fijaba el precio de medio duro por la entrada.

Lo que hoy me causa risa, prodújome entonces tal bochorno, tal humillación, que hubiera deseado me tragara la tierra. Verme anunciado en un cartel por las esquinas, cual un saltimbanqui de la legua, era para desesperar.

Me pareció un abuso punible el hacerlo sin mi conocimiento, y mucho más sin mi consentimiento. Tácitamente y por evitar que la machota me sacase en papeles, había consentido en asaltar con ella, pero en sala particular de amigos y no descaradamente en público. Enhorabuena que, si vivía de aquello, los concurrentes y aficionados la hubieran favorecido con

el producto de un escote; pero dar a la cosa todo el carácter de una función a medio duro la entrada, donde de aquella dama había yo de aparecer como galán, lo juzgaba la cosa más degradante y ridícula que se podía imaginar.

El hombre no puede sentir ni pensar del mismo modo en todos los tiempos y ocasiones. Lo que ahora me parece una simple peripecia cómica de esas que suelen ocurrir en la vida sin poderlas evitar, entonces lo juzgaba como un caso de desdoro, de rebajamiento social, de pérdida de dignidad; pues por aquella época me sentía exageradamente susceptible, ya por los efectos que en mi espíritu habían producido los romances caballerescos, ya por la gimnasia de este sentimiento en oculta lucha con la pobreza.

Pero, más que el hecho en sí, me exasperaba un accesorio del caso, a saber: que en los carteles fementidos (los había por las esquinas de todos los sitios frecuentados) aparecía pintada con almazarrón y humo de pez *la Amazona* en su traje de batalla, y ¡horror!... yo también, con humo de pez y almazarrón.

El fenómeno de herir más la sensibilidad y el sentimiento un detalle que el fondo de la cosa es muy común; entiendo que obedece a una ley natural. El lenguaje ordinario ha inventado una frase para expresar esto: «No siento que me llames adoquín, sino el retintín.»

El arte aquél, espontánea e ingenuamente característico de las figuras, era el *retintín* endiablado del cartel. Monté en ira.

El primer impulso fue ir en busca de *la Amazona Belga* y ponerla como un trapo. Después, determiné no concurrir al asalto; pero desistí del propósito, considerando que daría lugar a interpretaciones y posiblemente a algún acto de insolencia que me pusiera en situación aún más ridícula. Quedóme el ánimo enconado con esa especie de rescoldo que producen las ofensas, y decidí cobrármelo con creces maltratando a *la Amazona* en el asalto. Como pasó la noche, el rencor se fué evaporando de mi pecho, y decíame:

—«¡Pobre mujer! Su aspecto derrotado indica la miseria.

¡A cuánto no lleva la necesidad! Ya has salido a la vergüenza en los carteles. ¿Qué puedes remediar? Tienes que resignarte y hacer el oso en el asalto. ¡Pues, a resignarse! Que el animalito sea lo menos oso posible, y nada más.»

Bajo tal estado de ánimo dirigí los pasos al edificio llamado *La Camorra*, llegando a las doce en punto.

La Camorra es un edificio esencialmente gaditano. Parece difícil que la arquitectura pueda alcanzar la condición de persona humana, en el grado que lo ofrece *La Camorra*. Es frívola, coqueta, honesta y deshonesta en ocasiones, alegre unas veces, triste otras, cuándo rica, cuándo pobre, siempre culta, pero con cierto sabor y dejo de cursilería.

La Camorra, ora sirve de Liceo, ora de sociedad de beneficencia; y sucesivamente o alternando, como teatro de aficionados, club político, colegio electoral, salón de conferencias, casino, exposición de pinturas, bailes aristocráticos o bailes de candil, cámara de comerciantes, círculo recreativo, lugar para festines y para otros muchos menesteres y cosas que sería prolijo enumerar.

A la sazón iba a servir para sala de armas, adaptada al efecto, en virtud del celo y buena diligencia del marqués de Ureña a favor de *la Amazona Belga*.

Al ingresar en el gran salón que da al jardín o patio, había ya alguna concurrencia. Hallábase dispuesto un tabladillo poco elevado para los tiradores, y numerosos bancos en filas para los espectadores.

Allí estaba el marqués dando disposiciones, y me extrañó encontrar al coronel Sola.

La extrañeza procedía de esta circunstancia. Gozaba de gran fama como tirador; referíanse varias anécdotas de su destreza, principalmente relacionadas con los espadachines y maestros del ejército de Angulema; cuando se hablaba de buenos floretistas, casi siempre se oía esta exclamación:

—¡Ah, para floretistas el coronel Sola!

Desde tiempo atrás tenía yo deseos de conocerle y admí-

rarle en un asalto. Alguna vez me atreví a solicitarle para ello, pero me contestó con verdadera ingenuidad:

—Siento no poder complacer a usted. Cuando teniente y capitán de artillería tiraba, en efecto, y pasaba por un buen aficionado. Pero la esgrima es agilidad, y usted comprenda qué agilidad tendré a mis años.

Me parecía que le sobraba razón y no insistí, reduciéndome a rogarle que no para tirar, pero sí para algún consejo, honrara mi sala alguna vez. Pero ni eso pude conseguir. Parecíame que no le agradaba comparar lo pasado con lo presente. En efecto, el Coronel se sentía añoso; pero, aun confesándolo, hacía lo posible por olvidarlo y huyendo las ocasiones del recuerdo.

El salón fué llenándose: los cartelones y los mamarrachos fueron eficaces. A poco, entró *la Amazona*, subióse al tablado y saludó al público; si fea estaba con su traje de visita, ahora parecía el mismísimo demonio.

Considéresela con casco de latón en la cabeza, la cara oscurecida a través de la careta; saliendo del casco y encuadrando la careta, unas grandes melenas en tirabuzones de color azafranado, pendientes hasta los hombros y la espalda. Descotada hasta el arranque de los que, si fueron pechos algún día, más parecían brevas de presente. Descaradas las clavículas y costillas, sin más reparo que un gran collar de pelotas de vidrio remedando ámbar. Justillo viejo de seda recamada de lentejuelas, parejo con una enagüilla de la misma estofa, que alcanzaba a medio muslo; y de allí a abajo, calzón de punto de no muy buen parecer, y calcetas rojas.

Ahora dígame el lector, como si la viera, si no podría servir a un pintor para modelo del mismo Belcebú o del ángel caído. ¡La mismísima estampa de la herejía!

Una vez que hubo saludado, hízome una seña y me dirigí al tablado, más encendido que un pimiento. Pero, antes de subir, se inclinó *la Amazona* a mi oído, y me dijo a media voz.

—Yo le *demando* permiso para romper el asalto con el coronel artillero; se lo tengo ofrecido.

Hice tres veces *sí* con la cabeza, y quedé atónito. Aquella mujer había logrado de Sola sacarle de sus casillas para asaltar con ella en público, cuando ni yo ni nadie lo habíamos conseguido en el terreno privado y casi secreto.

Hizo otra seña al Coronel, quien subió ufano y mostrando diligencia; sospeché si habría intervenido en el asunto la mano del marqués. Hallábase a mi lado, y le dije:

—¿Cómo es esto de Sola?

—Pues diré a usted. La madama me pidió que la presentase a los tiradores mis amigos, para que concurriesen a la función. Usted sabe que Sola es íntimo mío; tirábamos juntos cuando los franceses, y llevábamos en alto la bandera de España. La madama le fue por mí presentada, y él accedió a concurrir con la familia. La madama entonces le pidió que le hiciera el honor de romper con ella el primer asalto. Sola se resistió diciendo, como es verdad, que hacía más de veinte años que no tiraba; pero *la Amazona* le propuso ensayar en el acto, para ver si la excusa era efectiva. Me pareció bien, y estreché a Sola recordándole cuando los dos tirábamos. Dicho y hecho; como conserva los trebejos y los tenía en el despacho, se pusieron a tirar; y claro está, Sola, como en los buenos tiempos, sacó gran ventaja a *la Amazona*. Quedó comprometido, y ya lo ve usted.

En tanto que el marqués me daba la clave del enigma, el Coronel se había quitado la levita, puesto el guante y la careta, hecho el saludo y demás fórmulas de cortesía.

Viéndole caer en guardia presentí el desastre: aquel cuerpo y aquellos músculos no estaban ya para el caso, y menos para amazonas.

Al primer fondo estuvo si se cae o no se cae; a duras penas pudo volver a la guardia. *La Amazona* se destacó con un ataque duro, completamente innecesario y grosero ante la debilidad del enemigo; las estocadas llovían sobre su pecho y vientre. Amostazado él, se fué a fondo; paró *la Amazona* y contes-

tó sobre la parada... cuando el pobre Coronel, tratando de reponerse, perdió el equilibrio con el golpe y cayó al suelo.

A la caída, se le rompieron las gafas; y gracias que el cristal no le hirió un ojo. *La Amazona* dió en todo señal de su crianza: ni hizo muestras para levantarlo. Subí al tablado y le ayudé, mientras confuso me decía:

—No estoy ya para estos trotes.

Se puso la levita y salió del salón con la familia, que, muy sofocada, le iba regañando.

La Amazona marchóse por la puerta por donde había entrado, para hacer un entreacto; el cual amenizó una murga dispuesta por el Marqués. Dirigiéndome a él, le dije:

—¿Qué me dice usted ahora?

—¡Hombre, hombre! ¿Qué le he de decir? Que esa madama tira mucho.

—Pues, ¿no me dijo usted que en el ensayo había sacado *Sola gran ventaja*?

—Hombre, hombre, sí; pero ¡ya ve usted!

—Lo que veo es que ha engañado a ustedes y que es una tía grosera. Hizo un juego falso en el ensayo, para crear a ustedes la ilusión de que mantienen la agilidad como en los tiempos de Angulema; y luego, aquí, ante el público, adquirir fama de temible tiradora, a costa de un anciano incauto y respetable.

No le hubo de gustar el razonamiento al bueno del Marqués, según puso la cara; nada contestó.

La murga suspendió sus trompetazos al presentarse de nuevo *la Amazona*. Saludos y aplausos de una parte del vulgo en materia de esgrima. Disfrutó de ese ruido un rato, en actitud vencedora, y me señaló con el florete.

Subí, sin sentir la vergüenza de antes; pero de mal humor por lo que había pasado y con intenciones no muy buenas.

Despojada la levita y armado, comenzamos el asalto manteniéndome a la defensiva. Conocí pronto su juego: era duro como el de Correa Botinos; pero menos simple, menos eficaz y más abierto. Prosiguió el ataque diez minutos; como violento

que era, no pudo continuar Y se puso en columna para tomar descanso. Púseme también del mismo modo, esperando el saludo que según costumbre precede a todo comienzo de nuevo ataque; pero *la Amazona* no entendía de fórmulas políticas, y así que se consideró repuesta renovó la acometida. Esta vez, mientras ella hacía garambainas con el florete, la detuve con una estocada en la careta. ¡Produjo un efecto deplorable!

Como su muelle caía por dentro del casco de latón, éste no debía de estar muy fijo en la cabeza. El caso fue que el golpe de la careta desquició el casco, llevándose consigo la redonda peluca de tirabuzones, y quedando desnuda la mollera, sólo exornada con un moñete exiguo.

Nutrido aplauso celebró el hecho casual. *La Amazona* no se turbó: cogió su casco y se lo encajó más firme. Púsose en guardia y no tomó la iniciativa del ataque. Como pasase tiempo en dicha situación, simulé el primero de mi parte. Y no hice mal, porque con esto conocí su último recurso.

Sobre una fuerte parada, corría el hierro metiendo una estocada capaz de volcar de espaldas a un jayán; su parada, sobre el ataque falso, resultó un floretazo al aire. Descubierta, le señalé en el pecho suavemente la estocada y vine a guardia. No lo confesó; irritóse y se descompuso, desatándose en una lluvia de acometidas sin orden ni concierto, tan desatentadas como inofensivas.

De todas maneras, aquel martillear obligaba a reducirlo a justos términos. Volví a señalarla a la careta; y *la Amazona*, para evitar la repetición de la pérdida del casco, huyó la cara atrás. Pero el florete, cogiendo el collar de vidrio por debajo, al tiempo de echar la cara atrás, lo sacó del cuello y fué por el aire.

Nuevos y más nutridos aplausos resonaron. *La Amazona* recogió su collar y marchóse puertas adentro.

La murga rompió en sus destemplados piporrazos. Me puse la levita y salí de *La Camorra*, huyendo de impertinentes felicitaciones.

XLI

* **La mejor lección.**

La ridícula historia que acabo de referir, me dió una fama de tirador injustificada e inmerecida. Hízome pensar si el aura pública se fundaría a veces en fútiles motivos. Algo sospechaba de esto desde que conocí al famoso D. Bartolomé Gallardo.

Por otra parte, no me hacía gracia ninguna aquel género de popularidad. De un lado por intuición, de otro por observación, conocía esta gran verdad, a saber: que el público no concede a nadie preeminencia en dos cosas. Adquirir fama de floretista era lo mismo que no llegar a tenerla nunca de médico, ni de ninguna otra cosa: en una palabra, cerrarme el porvenir.

Sin embargo, ni Mefistófeles es tan perjudicial consejero como la vanidad. Rechazaba mi conciencia aquel aura baladí; conocía mejor que nadie su infundamento, desagradábanme los plácemes y felicitaciones de los papanatas; mas eso no obstante, luego sentía cierta plenitud o inflación interior tal, que si otro accidente hubiese venido a fijarla, me deja constituido para toda la vida en un pobre diablo.

Por fortuna, a los pocos días, muy pocos, un suceso sencillísimo, insignificante al parecer, oscuro, vino a constituir el hecho más trascendentalmente educativo en aquella época, la más crítica de mi vida.

Había concluído mis lecciones de esgrima; los discípulos se habían marchado; quedábame solo, arreglando las cosas para salir y echar la llave, cuando llamaron a la puerta.

Abrió, presentándose un caballero tan bajo de cuerpo, que a serlo algo más cayera en lo ridículo; bien vestido y mejor proporcionado, distinguido aspecto militar, que borraba la mala impresión de su estatura.

E. M.—Julio 1912.

—Perdón, señor, ¿es usted D. Fulano de Tal?

—Sí, señor, servidor de usted.

—Soy Monsieur Petit (*su nombre le cuadraba ciertamente*), profesor de esgrima en Lisboa. Voy a Marsella. El buque hace escala aquí hasta la tarde; aprovechando las horas, he querido tener el gusto de visitar a usted y conocerle personalmente.

—Usted me favorece, señor. Pase usted adelante; tengo el mayor gusto en ofrecerle mis respetos y le agradezco mucho la visita.

Pasamos a la sala y nos sentamos en un banco; en mi habitación del Colegio no habría podido recibirlo mejor, ni tampoco en mi casa.

—Siento que no se detenga usted más en Cádiz, para acompañarle y servirle de alguna utilidad.

—Comprenderá usted que no puedo: tengo el billete pagado hasta Marsella.

—Y cuando vuelva usted a Lisboa, ¿no pasará por aquí?

—Es dudoso que vuelva. Mi carrera es militar; he estado separado del Ejército algún tiempo, establecido en Lisboa; probablemente, volveré al servicio.

—De modo que, según colijo, es usted, como yo, un maestro de esgrima por accidente y no por oficio habitual.

—Así es—contestó.

Tal circunstancia y sus distinguidas maneras ganáronle mis simpatías. Hubiera deseado entrar con él en más interioridades, pero lo juzgué indiscreto en una primera visita, circunscribiéndome a decir:

—Soy estudiante de Medicina. Las vicisitudes políticas me han obligado a buscar en el trabajo un medio de vivir; era un aficionado a la esgrima, y de aficionado la necesidad me trajo a profesor.

Monsieur Petit hablaba correctamente el castellano; sin dejo nasal, no obstante ser francés.

—Mucho se parecen los motivos de nuestro magisterio. Pero, maestro o no, mi afición a la esgrima es tanta como la

del jugador más vicioso al billar o a las cartas. El día que no asalto, me falta alguna cosa y estoy de mal humor.

—Pues, me alegro infinito saberlo; haremos los asaltos que usted quiera; y, sobre honor, tendré mucho gusto en complacerle.

Me levanté; le ofrecí guante, careta y fiorete; se desnudó la levita; y sacando un bramante del bolsillo lo anudó a la empuñadura del florete e hizo un lazo, que con los dientes y la mano izquierda ató a la muñeca de la diestra.

Cayó en guardia de una manera tan sólida como airosa. Cruzamos los floretes y le supliqué comenzara el ataque. Se resistió; pero, vista mi insistencia, lo hizo al fin, deteniendo el botón media pulgada antes de tocarme.

—Tocado—dije.

—No, señor—contestó.

—Usted perdone; si no tocó fue porque usted no quiso; pero yo no tenía su hierro, lo sentía perdido y la punta de usted estaba en mi descubierto.

Hícele a mi vez un ataque muy suave, y lo paró. Repitió el suyo, y no logré tocar su acero ni encontrarlo; me llegó la estocada, si bien con gran blandura.

—Tocó.

Volvimos a la guardia y atacué; su parada, a tiempo y certera, no pudo desviar mi arma porque la suya le salió de la mano, quedando pendiente del bramante.

—Tocó—dijo.

—Tocó, pero no me satisface; usted paró a tiempo y bien, sólo le faltó un poco de fuerza.

—No es extraño—me contestó:—soy manco.

Desciñéndose el puño de la camisa, mostró el antebrazo: el radio anudado mostraba una fractura medianamente consolidada; los músculos anteriores habían sido profunda y totalmente divididos. La mano carecía de flexión, no podía doblar los dedos; sólo el grueso y el pequeño ejercían algunos de sus propios movimientos.

—¡Es admirable cómo puede usted tirar así!

—Recibí esta cuchillada en campaña, y estuvieron para amputarme el brazo; gracias que sólo perdí el uso de la mano.

—Ahora comprendo por qué se ata usted el florete a la muñeca.

—No podría de otro modo; lo tendría siempre en el suelo.

—Señor Petit—le dije:—tirando con usted me he visto en una situación completamente desconocida. Usted, al caer en guardia, me da el contacto de su hierro; pero, desde el momento en que comienza a atacar, nunca logro encontrarlo, y así quedo indefenso. Es imposible, pues, pararle una estocada.

—Mi propia debilidad me obliga a atacar muy ceñido y hurtar el hierro a las paradas.

—Es decir, que contra usted ¿no hay más defensa que la distancia?

—Puede ser; pero si tirásemos muchas veces, usted adquiriría más suavidad en los movimientos, ganando en ligereza lo que perdiera en energía.

Volvimos al asalto, y fue inútil cuanto hice: su botón tocaba siempre y no pude hacer una parada.

—Monsieur Petit, lo confieso: ¡yo no sé tirar al florete!

—No, ciertamente. Tira usted bien... con cualquiera que no sea manco. Y, sobre todo, es usted un tirador bien educado; cosa más rara de lo que parece. Usted no ha abusado de mi debilidad de brazo forzando sus estocadas; lo que hacen todos los que tiran conmigo, para desquitarse de las mías.

Después de descansar, despidióse de mí, haciéndonos mutuos y sinceros ofrecimientos.

No tuve el gusto de saber luego qué fue de Monsieur Petit.

Quedando a solas vine a meditar:

—«¡Señor, si seré bruto! ¿Cómo no he caído antes en que las grandes fuerzas sólo se vencen con la anulación de la resistencia? Al mar, las arenas; a Correa Botinos, su mujer; a la fuerza del vapor, una válvula; a mi vanidad, ¡un manco!»

Perdida la que empezaba a tener, me afané cuanto pude por hacerme olvidar como espadachín, y el público empezó a romper:

—¡Es un buen chico!

Está bien, procuré eso: la estimación de las gentes. Si Monsieur Petit no me dió la mejor lección, venga Dios y lo vea.

XLII

* La borrasca.

Años hay fatales. Mucho lo fue para mí el de 1848.

Bien que mal, con las lecciones y los ocho duritos del Colegio, íbamos tirando.

Ya por economías, ya porque se suprimió la Escuela de Guardias Marinas (no lo recuerdo bien), fue el caso que mi maestro, D. Juan Camas, se quedó sin destino; y, como era consiguiente, volvió a Cádiz para buscarse la vida.

El suceso planteó ante mí un problema difícil. ¿Debía yo seguir dando lecciones y condenar a mi pobre maestro, a quien me había enseñado, a morirse de hambre?

La concurrencia entre los dos no era posible: él viejo, yo joven; él, con los modales de soldado fanfarrón, era poco simpático en Cádiz; lo aceptaban a falta de otro.

Partir la capa como San Martín, no abrigaba a ninguno: apenas si podía tirar con la capa entera, para que tirase con la mitad.

Las necesidades de mi familia me decían: «Tú el primero.»

La conciencia clamaba: «No seas ingrato con el que te enseñó lo que sabes; no conviertas su enseñanza en su dogal.»

¡Me decidí! Al día siguiente de llegar mi maestro, fuí a verle, y le dije:

—Amigo Camas, tiene usted en San Felipe ocho lecciones,

que son diez y seis duros, más cinco discípulos en el Gimnasio de Elers.

—Con Elers no corro bien—observó.

—Ya lo sé—le respondí;—pero a los cinco discípulos les haré que vengan a dar lección aquí, a su casa de usted.

—Muchas gracias—me contestó, como si se tratara de la cosa más natural del mundo.

El pobre Camas no tenía mucho de Salomón. Por otra parte, como cuando yo estudiaba en San Pedro pasaba por un señorito de casa acomodada, y después que varió la suerte procuré ocultarlo de todos cuantos me fue posible, en su concepto, si yo le había sustituido en el magisterio, lo consideraba como puro amor al arte. Así, mi ofrecimiento le pareció la cosa más natural del mundo.

—Venga usted conmigo a San Felipe, para despedirme del Rector y presentar a usted.

Salimos, en efecto, a practicar dicha diligencia. Al Rector no le hubo de hacer ninguna gracia el cambio, y objetó:

—Yo no tengo facultad para nombrar los Profesores, ni para admitir la sustitución de unos por otros; eso a la Junta Directiva pertenece. Daré cuenta cuando se reúna, y ella determinará lo que tenga por conveniente. En el entretanto, espero que usted seguirá dando su clase, para no perjudicar a nuestros alumnos.

—Está bien—le contesté.

Salimos, y dije a Camas:

—De más está el decir que desde ahora es usted el Profesor: mientras determina la Junta, seguiré dando la clase; pero los honorarios son de usted.

Dióme las gracias, con más efusión que antes.

Elers no se avino a tener de socio a Camas; el uno del otro, no eran santos respectivamente de su devoción. Cesó la escuela de esgrima en el Gimnasio; y de los cinco alumnos, tres algo adelantados se dieron por satisfechos, y los otros dos convinieron en seguir dando lecciones con Camas.

Volví a quedar con ocho duros al mes, para acudir a todas las necesidades. Suprimo relatos angustiosos, que sólo conducirían a afligir el ánimo del piadoso lector.

Alguna gota de agua cayó en el campo sediento. El padre de un estudiante desaplicado vino a proponerme que repasara a su hijo, para ver si podía ganar curso, y me ofreció cuatro duros mensuales; ya eran doce.

Pero aquel año fue de conflagración universal; toda Europa se levantó en armas, y en Madrid pudo Narváez ahogar en sangre la revolución. La Hacienda pública sufrió desquiciamientos, y dejaron de pagarse las atenciones del Estado que no fueran exclusivamente militares. Así trascurrieron muchos meses.

Inventé dar lecciones prácticas del arte de operar, aprovechando los cadáveres del anfiteatro; tuve quince alumnos, que abonaron tres duros cada uno, pero sólo duró un mes la cosa.

Para más duras pruebas, mi hermano menor, entonces de ocho años, fue acometido del tifus; contagióse la hermana que le seguía en edad, seguidamente la otra, y en pos mi tía Dolores. Quedamos incólumes la hermana mayor (enferma de la mente, como atrás dije), mi santa madre y yo.

Pero mi madre, de acudir a todo y no dormir ni aun desnudarse, de luchar con tantos conflictos, si no rindió su espíritu, enérgico y paciente cual ninguno, rindió su cuerpo. Atacada de reuma paralítico, arrastrábase de cama a cama, del lavadero a la cocina.

Vivíamos en la calle de Flamencos Borrachos, en un piso entresuelo; el principal lo ocupaba un santo médico, D. Ignacio Mata, que después fue profesor en el Colegio de Medicina.

Desde el primer momento acudió a la asistencia de mi hermano; vió desarrollarse tan grave enfermedad en la mayor parte de la familia. No se le pudo ocultar aquella situación; traía las medicinas y las daba por su mano. Siempre que entraba en la casa o salía de ella, visitaba a mis enfermos y hacía de enfermero; nos prestaba sus criados y los auxilios de su

familia. Sin su providencia, no sé qué hubiera sido de nosotros.

De todas suertes, después de pasar tales conflictos, la reflexión no alcanza a comprender cómo se ha podido salir de ellos.

Una noche llamé a la puerta de mi casa, y no me abrieron; volví a llamar más fuerte, y oí la voz de mi madre. Tardó mucho en llegar; luego oí que arañaban la puerta por dentro; al fin, se abrió el pestillo.

¡Pobre madre mía, mártir y Providencia del hogar! No podía tenerse en pie; baldada en absoluto, no disponía de sus miembros; sólo era dueña de su buena e indomable voluntad.

Al fin, pude obligarla a dejarse conducir a la cama. Mi tía Dolores y mi hermana, aunque postradas, estaban ya fuera de peligro. Mi hermano seguía muy grave y sin conocimiento. Después de asistirlos como pude, salí para el Colegio a preparar las lecciones y dejé la puerta de la escalera sin cerrar, poniendo estaquilla en el pestillo para poder entrar sin repetirse la dolorosa escena que había presenciado.

Lleno de agobio caminaba hacia el Colegio, caída la cabeza, encorvadas las espaldas cual un viejo. ¿Qué pensaba? ¡No sé! Sólo recuerdo que no recuerdo nada, ni a nadie vi en el camino. Al entrar en la calle del Teniente, sentí una fuerte sacudida interior, que me hizo volver a la conciencia de mí mismo, y exclamé:

«—¡No puede ser! Esto no puede pasar a más, esto tiene que cesar. ¿Cómo? ¡No lo sé! Como otras veces. Algo será: ganaré a la lotería. Pero, ¡si no has jugado! Pues no hay más que morir o sacar la lotería.»

Despejado ya, proseguí el camino con una extraña tranquilidad de espíritu y una fuerza interna tal y tan grande, que no parecía sino que hubiera absorbido las energías de mi madre.

Pasé en el anfiteatro hasta más de media noche, disecando, pensando y orando mentalmente. Discurría cuán egoísta es el dolor: aquel cadáver, en cuyas entrañas iba laborando, nada me decía y no me preguntaba a mí mismo si habría padecido como yo; ya no padecía.

Terminada la tarea, fuí a mi cuarto, me acosté y dormí tranquilo cual el marinero que después de la tempestad descansa en la bonanza. Despertóme la campana de visita del Hospital.

Me acusé de pereza: debí levantarme con el sol, para ir a casa, ver a mi madre y mis enfermos, hacer por ellos lo que pudiera y volver a la hora de la visita hospitalaria. Tranquilizábame la idea de que D. Ignacio Mata y su familia hacían cosa más útil: daban caldos y medicinas a los enfermos; yo, no teniendo qué dar, era un inútil vergonzoso.

Pasadas visita y cátedra, llegué a mi casa a las diez de la mañana, poseído de la misma tranquilidad (mezcla de fe, resignación y esperanza) que sentí infundírseme en la calle del Teniente.

El portón estaba cerrado, no abierto como lo dejé. Tiro de la campanilla y sale a abrir mi padre: ¡la lotería!

Desde el año 43 que no le veía. Partió siendo un hombre hermosísimo y gallardo; conservábase hermoso, pero lleno de canas.

Caímos en los brazos uno de otro.

—¿Cómo aquí, sin avisar?

—La noticia de vuestro estado me tenía como podéis suponer. Anteayer me cayeron dos mil duros a la lotería y los cobré. Ayer me embarqué en Málaga, y esta mañana estaba en Cádiz al abrirse las puertas. Como los tiempos andan mal, no puedo permanecer aquí sin peligro de que me deporten a Manila. Os dejaré dinero para salir de esta situación; y mientras se le da vado, tomaré en Sevilla casa para establecerme con la familia.

No fui ingrato: no cuantas debía, pero di gracias a Dios y gracias a la Virgen, y se las sigo dando.

Mi querido padre, español y andaluz por todos cuatro costados, tenía pasión por la lotería. Más previsor y ahorrando lo que gastaba en sus billetes, lo hubiera pasado menos mal. Pero, esta vez, preciso es convenir en que la lotería fue oportuna.

XLIII

*** En plena estudiantina.**

Pasados veinte días, los enfermos estaban convalecientes y en aptitud de tomar el vapor para la famosa capital de todas las Andalucías.

Mi padre arrendó y arregló una cómoda y blanca casita en la calle de los Viejos. Despidióse de mí con lágrimas mi familia. Los dejé embarcados, partió el vapor; desde la borda me saludaban con los pañuelos; yo, desde la lancha, con el mío; nos perdimos de vista, y me hallé solo pisando la escalera de piedra del muelle gaditano.

Sentí una confusa mezcla de penas y alegrías al entrar de nuevo por las puertas de la ciudad. La plaza de San Juan de Dios me pareció más animada; no experimenté el peso que produce en el ánimo el encierro de una ciudad murada. Conmovido por la separación, halagábame, por contrario modo, la nueva posición de rico y de persona exenta de cuidados.

En efecto, en aquel punto y hora me consideraba como un acaudalado. No iban aún al corriente las pagas del Colegio, pero anunciábase una a cuenta. Además, aunque el colegio de San Felipe no había decidido nada sobre la permuta, y seguía dando las lecciones meramente a beneficio de mi maestro, malo había de ser que no ganara alguna cosa con los eventuales repasos de Anatomía y otras asignaturas. En fin, parecíame que nadaba en la abundancia.

Llegué al Colegio; desde el día antes habían llevado allí de mi casa un arca con la ropa arregladita por mi madre. No estaba del todo mal. En la exterior, aunque el carácter de estudiante disculpa deterioros, éstos eran ya mayores de lo que el buen parecer podía consentir. Bicoca el tal inconveniente. Derechito me fuí a casa de Arcos, sastre amigo y de los más acreditados, y con *sans façon* le dije:

—Necesito un traje decente, lo pagaré a dita: tres duros cada mes.

—Y aunque no me pague nunca, le vestiré con mucho gusto.

—Hágame usted...

—Lo que yo quiera; queda a mi juicio el vestir a usted según me cuadre.

—Está bien, lo que usted guste.

Hízome un frac azul con botones dorados, un chaleco de lanilla de color pajizo (la gran moda entonces), y un pantalón de lana dulce a finas listas blancas y negras; todo lo cual, en verdad, me caía bien, pareciendo el primogénito de un extractor de vinos que vuelve de Londres y París.

Necesitaba una casa de huéspedes donde comer; para habitar tenía mi cuarto en el Colegio. Casas de pupilos, en Cádiz había un sinfin; podía escoger, pero con su cuenta y medida. Las mejores, con honores de fonda, estábanme vedadas por motivos económicos; debía circunscribirme a las de pupilaje para estudiantes. Quimera es lo de buscar la igualdad rígida y absoluta; debe entenderse por igualdad la que siéndolo en el género varía en las especies.

Fuí en derecha a una de la cual tenía buenas noticias; estaba a la cabeza de las estudiantiles: allí paraban los escolares aristócratas, o sea los que gozaban de buena y corriente mesada. Llegué a la hora de almorzar.

Estaba a la mesa, entre los que iré diciendo, Antonio Fernández, el estudiante más simpático y alegre que yo había conocido. Presidía un Canónigo, el pupilo más antiguo de la casa; se las daba de respetable y al mismo tiempo de hombre de mundo, de esos que no se asustan por nada y conocen la aguja de marear... a los demás.

A su derecha estaba una actriz, muy en candelerero a la sazón; luego otros huéspedes que pudiéramos llamar de la clase de tropa; y a los pies de la mesa, Luna, mediano cómico andaluz, más gracioso en la calle que en las tablas, abierto, servi-

cial y tunante de buen género, en la línea de los que en Andalucía calificamos con el epíteto de *pirandón*.

Pero era el caso que si Luna merecía este calificativo, aún más ganado se lo tenía el Canónigo; sólo que el uno *pirándose* de gracia y el otro *pirándose* egoísta y desgraciado, de esa especie *guasona* antipática de los sotanas mundanos, que no apean, sin embargo, lo sagrado del carácter.

Como no hay mayor enemigo de la ballena que el cachalote, ni el Canónigo podía ver a Luna, ni Luna al Canónigo.

Yo había ido a ver a Antonio Fernández para que me diese informes y precio de su casa; pero apenas me senté a su lado y un poco detrás de él, divisé el escenario y esperé alguna escena. Los comensales, como buenos españoles, hablaban todos a un tiempo y en voz alta.

El Canónigo, torciendo amable y almibarada la cara a su derecha, dirigíase a la actriz llamándola *Ritita* y ofreciéndole con el tenedor una aceituna. Después, al entablar conversación con ella, desde el extremo opuesto de la mesa saltó la voz de Luna, que decía:

—Señor Canónigo, ¿no es verdad?...—(*El resto de la pregunta era ininteligible.*)

El Canónigo movía la cabeza y los hombros como entre sí, no y qué sé yo, para salir del paso.

Cortada la conversación canonical, volvía a reanudarla poniendo la cara esdrújula y la boca en acento circunflejo, comenzando de nuevo por:

—*Ritita...*

Pero no habría pronunciado la mitad del introito de su galante y estudiado tema, cuando otra vez salía a interrumpirle la conversación Luna, cruzando su voz la distancia de extremo a extremo de la mesa a través de las disputas de los demás pupilos.

El canónigo hizo un gesto de mal humor, bajó la cabeza y se puso a revolver con el tenedor la comida de su plato. No pasó mucho tiempo sin que le entrasen nuevos deseos de enta-

blar conversación con la *Ritita*. Luna le dejó esta vez engolfarse hasta que, apreciando oportuno el momento, le disparó una retahíla incoherente, pero tan bien hilvanada, que, pareciendo tratarse de un asunto acalorado e importante, sólo llegaba el eco de las palabras, mas no las oraciones.

Apenas había concluído Luna, cuando el canónigo saltó en pie, y encendido en ira, se disparó a gritos:

—¡Cará...! ¡Señor Luna o señor *mier*..., hace una hora que me está usted *empre*..., y no le entiendo una palabra!

Solté una carcajada estridente, que resultó en coro al unísono con las de todos los comensales. Lo peor fue que *Ritita* se rió también; y de tal modo, que soltó el café con la leche por las narices.

El canónigo tiró la silla al suelo, ya que no pudo a la cabeza de Luna; salióse todo sofocado y mudó de casa.

Solicité informes de mi amigo el estudiante Fernández.

—Es buena casa de huéspedes: diez reales, con todo; ocho, por almuerzo y comida, sin cuarto.

—Es caro, Antonio; me voy con la música a otra parte.

XLIV

* Buen acomodo.

Entre muchos, elegí el de Sancho; su casa, frente por frente, en la misma plaza del Colegio. En un santiamén podía saltar de una parte a la otra.

De aseo, regular para el género; las paredes, encaladas. Si la mujer no tomara por las narices polvo cucarachero, perfectamente; con ese vicio, asaltaban ciertos temores de que algo fuese a caer en la cazuela.

Precio corriente, ocho reales; de favor para mí, no ocupando habitación ni cama, cinco cada día. ¡Como un príncipe! A las nueve, el almuerzo; a las tres, la comida; a las ocho, la cena.

Almuerzo: un huevo gallego, media tostada con manteca de Asturias y una taza de café con leche. ¡*Todo, de lo mejor!* No había más sino que los huevos que traían de Galicia eran pequeños y venían en faluchos viejísimos, llenos de cucarachas; el huevo tiene tal afinidad con el principio aromático de esos animalitos, que para pasar un huevo era preciso ser estudiante de Anatomía, tener el estómago a prueba de anfiteatro. La manteca, ya era otra cosa: rancia, por de contado; así resultaba más alimenticia. El café disputaba con la leche sobre cuál de los dos fingía su papel con mayor propiedad.

Comida: sopa de arroz o de fideos, de pan algunas veces (cuando resultaba un remanente de mendrugos). Puchero de frijoles y garbanzos, con hortalizas del tiempo. Carne y tocino aparte; y aunque de tocino y carne poco, lo suficiente para pringar media rosquilla. Ensalada después, y luego postres: un higo seco, o dos nueces, o una naranja. Agua, a discreción; y eso que entonces en Cádiz costaba un ojo de la cara, ¡un real o dos el barril!, cuando se agotaban los aljibes.

Cena: una rodaja, de a cuarto, de caballa o pescadilla; ensalada; media rosca.

¿Parece poco? ¡Menos son cinco reales! Que por ellos se comprometa a dar otro tanto aquel a quien le parezca mal. Sufrían hambre algunos, es verdad; pero ¡qué dicha, al tener unos cuartos, ir a satisfacerla en el *Candil* o la *Sacristía* con alegre cena!

XLV

Las circunstancias.

Las varias circunstancias varían el carácter y la educación. Que yo era siempre el mismo, nadie lo podrá poner en duda. Y, sin embargo, ¿era lo mismo ahora feliz e independiente, que poco antes agobiado de trabajos y pesadumbres? No lo era, sentíame muy otro.

Ya no tenía que reprimirme. Ni de niño ni de joven había disfrutado alegrías. Estaba sediento de reír, de bromear, de ejercer acción sobre lo que me rodeaba, de imponer mis opiniones y voluntades, de arrollar todos los obstáculos.

Quiere decir, que existía en mi naturaleza un germen de despotismo y vasallaje que no había podido desenvolverse bajo el peso de la desgracia. O lo que es lo mismo, que si la fortuna no me hace desgraciado, si nazco rico y me educo en la abundancia, hubiera sido un hombre duro, altanero, violento e inconsiderado.

Como desde el suceso del tambor adquirí la costumbre de meditar por la noche acerca de mis actos del día y hacer escrutinio de ellos, a cada paso notaba mis defectos y hacía propósitos de enmienda. De mucho me valía tan loable costumbre, pero declaro que algunos de esos defectos no ha podido corregirlos ni aun la nieve de la vejez.

Discutidor, las disputas me encienden. Lo que entiendo ser verdad, créolo con firmeza y entusiasmo: su contradicción me irrita; si el opositor no cede, siento enfado. Llego a la intolerancia con lo que considero injusto; y al fanatismo, y al impulso de aniquilar a los que sostienen la injusticia.

Mis discusiones con Iguino hiciéronse más duras. Dejé el trato de Sánchez del Arco porque se me hizo intolerable; no podía soportar sus imposiciones, y nos hubiéramos pegado.

Respecto a opiniones, he conseguido corregirme. No del todo: atiendo y respeto las contrarias, pero defiendo las propias con demasiado calor, a veces con enojo.

Respecto a lo que siento como injusto, no he podido adelantar una línea. Y eso que alguna vez me han declarado los hechos y sucesos que lo que yo entendía por injusto no lo era; y que juicios apasionados habíanme conducido a lamentable error.

XLVI

* Últimos maestros

Corría el sexto año de carrera. Tres otros catedráticos debo dar a conocer:

D. Andrés Azopardo.—Cincuenta años por entonces; alto, cenceño y flexible; siempre de frac, chaleco y pantalón negros; del alba de un día al del siguiente. Catedrático de partos, asistía en ellos a todas las señoras gaditanas, desde las ricas a las medianamente acomodadas; así, pocas noches dormía en su domicilio. Pasaba la mayor parte dentro de su frac, ejerciendo su oficio entre cabezadas y esfuerzos y lamentos. Como tenía gran clientela, para acudir a todas partes valíase de la singular longitud de sus piernas; en seis zancadas dejaba atrás la calle, y para hacerlo mejor, usaba zapato bajo sin tacones.

Podía considerársele como un modelo de finura gaditana. Culto, hasta un amaneramiento que, por ser original, suyo, resultaba agradable; en otro, hubiera parecido caricaturesco. Hablaba con facundia amena, tenía una ilustración amplia, aunque poco honda; conocía su especialidad hasta lo que alcanzaba su época. Galanteador habitual inofensivo, por hacerse agradable al bello sexo; si bien cayó a veces en un resbaladero, saliendo con las manos en la cabeza.

Explicaba bien y agradablemente su asignatura; asistía con puntualidad, a pesar de los partos. Guardaba las distancias con los estudiantes; se hacía respetar y no temer.

D. Antonio Villaescusa.—Sesenta años; hombrón, alto y fornido, blanco y rojo. León, cuando irritado; niño gigante, en su sér normal.

Comprensión tarda, pero sólida; instrucción limitada, pero lo que sabía sabíalo hondo. Modesto, exacto, ordenado, casi reglamentario. Cazador, íntimo amigo de sus perros. Padre

cariñosísimo, amigo hasta la pared de enfrente. Para la amistad, su bolsa y su vida; como enemigo, formidable. Habla premiosa, palabra difícil.

¡Cosa singular! Este defecto hacía de D. Antonio un excelente catedrático, tan bueno o quizá mejor que D. José Gardoqui. Como éste, hacía religión del magisterio. No faltaba un punto de la hora; permanecía en cátedra hasta que, quieras que no quieras, le metía la lección en la cabeza aun al más torpe de los alumnos.

Preparaba todas las noches sus lecciones del día siguiente. Explicaba clínica quirúrgica, operaciones y anatomía topográfica. Leía para explicar, no obras de texto, sino diccionarios, monografías y revistas. Su empeño era cumplir bien su obligación. Modesto como he dicho, para explicar mejor la Anatomía de regiones, entraba en el anfiteatro un cuarto de hora antes; y cual si fuera un alumno, hacíame cien preguntas sobre la preparación que le tenía dispuesta.

Los estudiantes buenos tenían en él un protector y un padre; los malos, un Atila. No podía contener los ímpetus de su genio. Éranle antipáticos los hombres chiquitines; sus tiernas simpatías iban por los estudiantes grandullones y corpulentos.

Ortiz, colegial sanluqueño, enredador, travieso, tamaño como del codo a la mano, hacíale cosquillas en el cogote y las orejas a otro colegial grandote y voluminoso, a quien llamábamos *Caput Medusæ*. Lo advirtió Villaescusa, y encarándose con Ortiz, le dijo:

—¡A ver si no molesta usted a ese angelito!

Oír llamar angelito al angelón aquel, fue cosa que nos hizo reventar de risa; y reventar, porque tuvimos que contenerla. ¡Ira de Dios si sale afuera! No era D. Antonio para aguantar eso.

Otro día, el mismo Ortiz, en la grada inmediata al sillón donde, sentado Villaescusa, explicaba la decolación del fémur, trepidaba el pie sobre el respaldo con esa vibración inconsciente a que se entregan las personas de espíritu inquieto. El mo-

E. M.—Julio 1912.

vimiento aquel distrajo a D. Antonio, a quien sin eso le salían ya de por sí las palabras estreñidas:

—¡Estese usted quieto con ese pie!—le gritó:

Quedóse el muchacho quieto cual un muerto. D. Antonio siguió su explicación, teniendo en la mano el largo cuchillo para mostrárselo a los alumnos; cuando, nuevamente distraído, Ortiz volvió con su temblequeo. En un pronto, D. Antonio, dando un terrible gruñido, clavó la punta del cuchillo en el espaldar donde apoyaba Ortiz el pie. Fortuna grande que, al rugido, Ortiz echóse atrás y pudo evitar el golpe.

Conoció D. Antonio lo peligroso de sus raptos, y dulcificó la cosa con esta frase:

—¡Diablillo de hombre, capaz de sacar a un Santo de sus casillas!

Villaescusa era el representante del elemento revolucionario en la ciencia, dentro de la Escuela Gaditana. Había estado, después de médico, en París; asistió a las clínicas de sus hospitales, alcanzó las postrimerías de Dupuytren, hizo amistades con Velpeau, Roux y otros profesores famosos, y traía el espíritu impregnado de las reformas de la época.

El motivo de su marcha a París lo fue un drama, drama real.

Casado, amaba a su mujer como él sabía amar, con alma y vida. Entre sus íntimos amigos contaba a un teniente coronel, mayor de plaza en la ciudad. Un día sorprendió a una criada, que a su vista trató de ocultar una carta. Naturalmente, quiso ver para quién era. La arrebató: el sobre, para su mujer. Rasga, lee: una cita amorosa del falso amigo a la esposa infiel.

Subió, la arrastró a una lejana habitación; anonadada, de rodillas, lo confesó todo; bien sabía que sólo esa actitud la libraria de la muerte.

—¡La llave, la llave!—gritó furioso.

La mujer le dió la llave. Acto seguido, le dijo:

—Si das un paso fuera de esta habitación antes de que yo

lo ordene, si llamas a alguna criada o hablas con alguien, ¡dis-
ponte para morir!

Acto continuo, en otra habitación encerró a los criados y les dijo:

—Si dais una voz, si pretendéis salir de aquí, pedís auxilio o hacéis ruido, os mato a todos.

Se fué a su despacho, mirando constantemente al reloj. Una hora más tarde salió a la calle, echando la llave a la puerta. Encaminóse a cierta casa inhabitada, abrió la puerta; la entornó; la escalera abocaba al zaguán; subió y esperó en la sala. Algo después, otro hombre vestido de militar subía la escalera; llegó al portón alto, lo empujó y cedió éste. Detrás, con voz de Júpiter airado, apareció Villaescusa, quien con voz de trueno le increpó:

—¡Infame amigo!

El mayor echó mano a la espada; pero no la había sacado media cuarta, cuando un puntapié hercúleo le derribó en el suelo, y otro le hizo rodar las escaleras.

Villaescusa bajó tras él, llegó encima: el militar era cadáver.

Fuése a su casa, y puso en libertad a los criados. Llevó a su mujer a un convento. Él se marchó a París, por atenuar su pena.

D. José Arboleya.—Hombre venerable para mí, en todo y por siempre digno de amoroso respeto. Dechado de virtudes y de ciencia, modelo de honradez profesional. Por la verdad, apasionado; por la doctrina, fanático como creyente convencido y sincero. ¡Qué instrucción tan vasta, qué elocuencia la suya! Más que catedrático, parecía un poseído al explicar su sistema.

Más que profesor, era un Demóstenes al describirnos la fiebre amarilla en el castillo de San Juan de Ulúa, del que a la sazón era médico. Poníanos los pelos de punta; llorábamos a veces, a veces rugíamos, como aquellos casi muertos apestados que iban a dar el último suspiro disparando el cañón y rechazando los asaltos.

¡Y qué elocuencia tan sentida, tan vehemente y natural a un tiempo! ¡Cuán sobria de palabras, cuán nutrida de altos pensamientos! ¡Oh España y oh siglo desperdiciadores! ¿En qué país hubiera existido D. José Arboleya, que su nombre no anduviese por las nubes?

No escribió; en otra tierra hubiera escrito. Sin escribir, taquígrafos tomarían sus lecciones, editores disputaríanse la impresión. ¿Cómo ha de llegarse a honrar a la patria si se pone sordina a sus mejores órganos?

Por la industria y el comercio se relacionan los pueblos, por las artes se estiman, por las ciencias se respetan, por las armas se temen. Ved Francia y Alemania cómo vociferan y subliman a sus sabios; ved Inglaterra y los Estados Unidos cómo los pagan. Ved a todas esas naciones, cuando carecen de alguno de primer orden en cualquiera ciencia o rama... cómo lo inventan.

Desde Hipócrates hasta los días en que explicaba Arboleya, tengo para mí que no había obra maestra que él no hubiese leído y estudiado de primera mano; así hablaba de sus doctrinas con tanta seguridad como lucidez. Habíase él hecho también la suya, algo semejante a la antigua de Montpellier; pero propia, si no me engaño. O, sin saberlo él mismo, había hecho una paráfrasis o un transporte del cristianismo a la ciencia médica.

No quisiera equivocarme, pero de lo mucho que escuché de sus labios, la *Vida* resultaba cual una deidad creadora, de la que todo organismo procedía. En su mismo seno, como los ángeles rebeldes en el seno de la gloria, ciertos entes o geniecillos malos venían a perturbar en determinado sentido morboso las leyes de la vida y a producir, por ende, trastornos y enfermedades en el organismo. Para él, una fractura no era enfermedad, sino en cuanto levantase dolor, calor, fiebre: reacción de los fenómenos puramente vitales, según él.

Las úlceras intestinales de los muertos por la fiebre tifo-

dea no eran causa, sino efecto, del ente vital tífico (hoy diríamos del bacilo específico).

Así, la Anatomía patológica le sacaba de quicio; los organicistas y «fisiologistas» groseros eran unos miopes que apenas si veían la superficie aparente de las cosas.

Hipócrates y sus secuaces eran el Cristo y el Apostolado de la única y verdadera doctrina.

Pero Arboleya no era feliz. A las veces atormentábale algún escrúpulo de conciencia: temía que las flaquezas de su espíritu le hicieran caer en heterodoxia y en error. La tenia era para él la culebra tentadora; pero, al fin, cerraba los ojos, y, si no convencido, aseguraba que la tenia no provenía de un huevo trasconejado por la garganta, sino de... una perturbación vital.

Como práctico, era menos feliz aún; creía en las virtualidades terapéuticas de las drogas. Allí estaban para probarlo la quina, el mercurio, el tártaro emético que hacía vomitar, el ruibarbo con su virtud de excitar la secreción del hígado, la sangría (sin ser droga) y todo verdadero agente terapéutico.

Pero no podía creer (y esto le abrumaba) en las virtudes de la piedra bezoar ni en la uña de la gran bestia; produciánle estos atascos los mismos efectos que a un cristiano ferviente al que se le atravesaran Jonás y la ballena.

«—¡Bueno está!—podrá decir algún lector.—¡Tanto ponderar de sabio a un Catedrático, para acabar por decir que enseñaba errores!»

¿Y qué? Se olvida que un verdadero sabio, sosteniendo y enseñando errores enseña y hace discurrir y aprender más que cien necios enseñando lo verdadero.

FEDERICO RUBIO

FIN

DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA

EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS

VIII

De Dios a Dios.

No creo que sea violentar la verdad el decir que el sentimiento religioso es sentimiento de divinidad, y que sólo con violencia del corriente lenguaje humano puede hablarse de religión atea. Aunque es claro que todo dependerá del concepto que de Dios nos formemos. Concepto que depende a su vez del de divinidad.

Conviéne nos, en efecto, comenzar por el sentimiento de divinidad, antes de mayusculizar el concepto de esta cualidad, y, articulándola, convertirla en la Divinidad, esto es, en Dios. Porque el hombre ha ido a Dios por lo divino más bien que ha deducido lo divino de Dios.

Ya antes, en el curso de estas algo errabundas y a la par insistentes reflexiones sobre el sentimiento trágico de la vida, recordé el *timor fecit deos* de Estacio para corregirlo y limitarlo. Ni es cosa de trazar una vez más el proceso histórico por que los pueblos han llegado al sentimiento y al concepto de un Dios personal como el del cristianismo. Y digo los pueblos y no los individuos aislados, porque si hay sentimiento y

concepto colectivo, social, es el de Dios, aunque el individuo lo individualice luego. La filosofía puede tener, y de hecho tiene, un origen individual; la teología es necesariamente colectiva.

La doctrina de Schleiermacher que pone el origen, o más bien la esencia del sentimiento religioso, en el inmediato y sencillo sentimiento de dependencia, parece ser la explicación más profunda y exacta. El hombre primitivo, viviendo en sociedad, se siente depender de misteriosas potencias que invisiblemente le rodean, se siente en comunión social, no sólo con sus semejantes los demás hombres, sino con la Naturaleza toda animada e inanimada, lo que no quiere decir otra cosa sino que lo personaliza todo. No sólo tiene él conciencia del mundo, sino que se imagina que el mundo tiene también conciencia como él. Lo mismo que un niño habla a su perro o a su muñeco cual si le entendiesen, cree el salvaje que le oye su fetiche o que la nube tormentosa se acuerda de él y le persigue. Y es que el espíritu del hombre natural, primitivo, no se ha desplazado todavía de la Naturaleza, ni ha marcado el lindero entre el sueño y la vigilia, entre la realidad y la imaginación.

No fue, pues, lo divino algo objetivo, si no la subjetividad de la conciencia proyectada hacia fuera, la personalización del mundo. El concepto de divinidad surgió del sentimiento de ella, y el sentimiento de divinidad no es sino el mismo oscuro y naciente sentimiento de personalidad vertido a lo de fuera. Ni cabe en rigor decir fuera y dentro, objetivo y subjetivo, cuando tal distinción no era sentida, y siendo como es de esa indistinción de donde el sentimiento y el concepto de divinidad proceden. Cuanto más clara la conciencia de la distinción entre lo objetivo y lo subjetivo, tanto más oscuro el sentimiento de divinidad en nosotros.

Hase dicho, y al parecer con entera razón, que el paganismo helénico es, más bien que politeísta, panteísta. La creencia en muchos dioses, tomando el concepto de Dios como hoy le tomamos, no sé que haya existido en cabeza humana. Y si por panteísmo se entiende la doctrina no de que todo y cada cosa es

Dios—proposición para mí impensable,—sino de que todo es divino, sin gran violencia cabe decir que el paganismo era politeísta. Los dioses, no sólo se mezclaban entre los hombres, sino que se mezclaban con ellos; engendraban los dioses en las mujeres mortales, y los hombres mortales engendraban en las diosas a semi-dioses. Y si hay semi-dioses, esto es, semi-hombres, es tan sólo porque lo divino y lo humano eran caras de una misma realidad. La divinización de todo no era sino su humanización. Y decir que el Sol era un dios, equivalía a decir que era un hombre, una conciencia humana más o menos agrandada y sublimada. Y esto vale desde el fetichismo hasta el paganismo helénico.

En lo que propiamente se distinguían los dioses de los hombres, era en que aquéllos eran inmortales. Un dios venía a ser un hombre inmortal, y divinizar a un hombre, considerarle como a un Dios, era estimar que, en rigor, al morirse no había muerto. De ciertos héroes se creía que fueron vivos al reino de los muertos. Y este es un punto importantísimo para estimar el valor de lo divino.

En aquellas repúblicas de dioses había siempre algún dios máximo, algún verdadero monarca. La monarquía divina fue la que, por el monocultismo, llevó a los pueblos al monoteísmo. Monarquía y monoteísmo son, pues, cosas gemelas. Zeus, Júpiter, iba en camino de convertirse en dios único, como en dios único, primero del pueblo de Israel, después de la humanidad y, por último, del universo todo, se convirtió Jahvé, que empezó siendo uno de entre tantos dioses.

Como la monarquía, tuvo el monoteísmo un origen guerrero. «Es en la marcha y en tiempo de guerra—dice Robertson Smith, *The Prophets of Israel*, lect. I,—cuando un pueblo nómada siente la instantánea necesidad de una autoridad central, y así ocurrió que, en los primeros comienzos de la organización nacional en torno al santuario del arca, Israel se creyó la hueste de Jehová. El nombre mismo de Israel es marcial y significa *Dios pelea*, y Jehová es en el Viejo Testamento *Iahwé*

Zebahôt, el Jehová de los ejércitos de Israel. Era en el campo de batalla donde se sentía más claramente la presencia de Jehová; pero en las naciones primitivas, el caudillo de tiempo de guerra es también el juez natural en tiempo de paz.»

Dios, el Dios único, surgió, pues, del sentimiento de divinidad en el hombre como Dios guerrero, monárquico y social. Se reveló al pueblo, no a cada individuo. Fue el Dios de un pueblo y exigía celoso se le rindiese culto a él solo, y de este monocultismo se pasó al monoteísmo, en gran parte por la acción individual, más filosófica acaso que teológica, de los profetas. Fue, en efecto, la actividad individual de los profetas lo que individualizó la divinidad. Sobre todo al hacerla ética.

Y de este Dios surgido así en la conciencia humana a partir del sentimiento de divinidad, apoderóse luego la razón, esto es, la filosofía, y tendió a definirlo, a convertirlo en idea. Porque definir algo es idealizarlo, para lo cual hay que prescindir de su elemento inconmensurable o irracional, de su fondo vital. Y el Dios sentido, la divinidad sentida como persona y conciencia única fuera de nosotros, aunque envolviéndonos y sosteniéndonos, se convirtió en la idea de Dios.

El Dios lógico, racional, el *ens summum*, el *primum movens*, el Sér Supremo de la filosofía teológica, aquel a que se llega por los tres famosos caminos de negación, eminencia y causalidad, *viae negationis, eminentiae, causalitatis*, no es más que una idea de Dios, algo muerto. Las tradicionales y tantas veces debatidas pruebas de su existencia no son, en el fondo, sino un intento vano de determinar su esencia; porque, como hacía muy bien notar Vinet, la existencia se saca de la esencia; y decir que Dios existe, sin decir qué es Dios y cómo es, equivale a no decir nada.

Y este Dios, por eminencia y negación o remoción de cualidades finitas, acaba por ser un Dios impensable, una pura idea, un Dios de quien, a causa de su excelencia misma ideal, podemos decir que no es nada, como ya definió Escoto Eringena: *Deus propter excellentiam non inmerito nihil vocatur*. O con

frase del falso Dionisio Areopagita, en su epístola 5: «La divina tiniebla es la luz inaccesible en la que se dice habita Dios.» El Dios antropomórfico y sentido, al ir purificándose de atributos humanos, y como tales finitos y relativos y temporales, se evapora en el Dios del deísmo o del panteísmo.

Las supuestas pruebas clásicas de la existencia de Dios refiérense todas a este Dios-Idea, a este Dios lógico, al Dios por remoción, y de aquí que en rigor no prueben nada, es decir, no prueban más que la existencia de esa idea de Dios.

Era yo un mozo que empezaba a inquietarme de estos eternos problemas, cuando en cierto libro, de cuyo autor no quiero acordarme, leí esto: «Dios es una gran equis sobre la barrera última de los conocimientos humanos; a medida que la ciencia avanza, la barrera se retira.» Y escribí al margen: «De la barrera acá, todo se explica sin Él; de la barrera allá, ni con Él ni sin Él; Dios, por lo tanto, sobra.» Y en respecto al Dios-Idea, al de las pruebas, sigo en la misma sentencia. Atribúyese a Laplace la frase de que no había necesitado de la hipótesis de Dios para construir su sistema del origen del Universo, y así es muy cierto. La idea de Dios en nada nos ayuda para comprender mejor la existencia, la esencia y la finalidad del Universo.

No es más concebible el que haya un Sér Supremo infinito, absoluto y eterno, cuya esencia desconocemos, y que haya creado el Universo, que el que la base material del Universo mismo, su materia, sea eterna e infinita y absoluta. En nada comprendemos mejor la existencia del mundo con decirnos que lo crió Dios. Es una petición de principio o una solución meramente verbal para encubrir nuestra ignorancia. En rigor, deducimos la existencia del Creador del hecho de que lo creado existe, y no se justifica racionalmente la existencia de Aquél; de un hecho no se saca una necesidad, o es necesario todo.

Y si al modo de ser del Universo, pasamos a lo que se llama el orden y que se supone necesita un ordenador, cabe decir qué orden es lo que hay y no concebimos otro. La prueba esa del

orden del Universo, implica un paso del orden ideal al real, un proyectar nuestra mente a fuera, un suponer que la explicación racional de una cosa produce la cosa misma. El arte humano, aleccionado por la Naturaleza, tiene un hacer conciente con que comprende el modo de hacer, y luego trasladamos este hacer artístico y conciente a una conciencia de un artista, que no se sabe de qué naturaleza aprendió su arte.

La comparación ya clásica con el reló y el relojero, es inaplicable a un Sér absoluto, infinito y eterno. Es, además, otro modo de no explicar nada. Porque decir que el mundo es como es y no de otro modo porque Dios así lo hizo, mientras no sepamos por qué razón lo hizo así, no es decir nada. Y si sabemos la razón de haberlo así hecho Dios, éste sobra, y la razón basta. Si todo fuera matemáticas, si no hubiese elemento irracional, no se habría acudido a esa explicación de un Sumo Ordenador, que no es sino la razón de lo irracional y otra tapadera de nuestra ignorancia. Y no hablemos de aquella ridícula ocurrencia de que, echando al azar caracteres de imprenta, no puede salir compuesto el *Quijote*. Saldría compuesta cualquier otra cosa que llegaría a ser un *Quijote* para los que a ella tuviesen que atenerse y en ella se formasen y formaran parte de ella.

Esa ya clásica supuesta prueba, redúcese en el fondo, a hipostatizar o sustantivar la explicación o razón de un fenómeno, a decir que la Mecánica hace el movimiento, la Biología la vida, la Filología el lenguaje, la Química los cuerpos, sin más que mayusculizar la ciencia y convertirla en una potencia distinta de los fenómenos de que la extraemos y distinta de nuestra mente que la extrae. Pero a ese Dios así obtenido, y que no es sino la razón hipostatizada y proyectada al infinito, no hay manera de sentirlo como algo vivo y real y ni aun de concebirlo si no como una mera idea que con nosotros morirá.

Pregúntase, por otra parte, si una cosa cualquiera imaginada pero no existente, no existe porque Dios no lo quiere, o no lo quiere Dios porque no existe, y respecto a lo imposible,

si es que no puede ser porque Dios así lo quiere, o no lo quiere Dios porque ello en sí y por su absurdo mismo no puede ser. Dios tiene que someterse a la ley lógica de contradicción, y no puede hacer, según los teólogos, que dos más dos hagan más o menos que cuatro. La ley de la necesidad está sobre El o es El mismo. Y en el orden moral se pregunta si la mentira, o el homicidio, o el adulterio, son malos porque así lo estableció o si lo estableció así porque ello es malo. Si lo primero, Dios o es un Dios caprichoso y absurdo que establece una ley pudiendo haber establecido otra, u obedece a una naturaleza y esencia intrínseca de las cosas mismas independiente de él, es decir, de su voluntad soberana; y si es así, si obedece a una razón de ser de las cosas, esta razón, si la conociésemos, nos bastaría sin necesidad alguna de más Dios, y no conociéndola, ni Dios tampoco nos aclara nada. Esa razón estaría sobre Dios. Ni vale decir que esa razón es Dios mismo, razón suprema de las cosas. Una razón así, necesaria, no es algo personal. La personalidad la da la voluntad. Y es este problema de las relaciones entre la razón, necesariamente necesaria, de Dios y su voluntad, necesariamente libre, lo que hará siempre del Dios lógico o aristotélico un Dios contradictorio.

Los teólogos escolásticos no han sabido nunca desenredarse de las dificultades en que se veían metidos al tratar de conciliar la libertad humana con la presciencia divina y el conocimiento que Dios tiene de lo futuro contingente y libre; y es porque, en rigor, el Dios racional es completamente inaplicable a lo contingente, pues que la noción de contingencia no es en el fondo sino la noción de irracionalidad. El Dios racional es forzosamente necesario en su sér y en su obrar, no puede hacer en cada caso sino lo mejor, y no cabe que haya varias cosas igualmente mejores, pues entre infinitas posibilidades sólo hay una que sea la más acomodada a su fin, como entre las infinitas líneas que pueden trazarse de un punto a otro sólo hay una recta. Y el Dios racional, el Dios de la razón, no puede menos sino seguir en cada caso la línea recta, la más

conducente al fin que se propone, fin necesario como es necesaria la única recta dirección que a él conduce. Y así la divinidad de Dios es sustituida por su necesidad. Y en la necesidad de Dios perece su voluntad libre, es decir, su personalidad conciente. El Dios que anhelamos, el Dios que ha de salvar nuestra alma de la nada, el Dios inmortalizador, tiene que ser un Dios arbitrario.

Y es que Dios no puede ser Dios porque piensa, sino porque obra, porque crea, no es un Dios contemplativo, sino activo. Un Dios Razón, un Dios teórico o contemplativo, como es el Dios éste del racionalismo teológico, es un Dios que se diluye en su propia contemplación. A este Dios corresponde, como veremos, la visión beatífica como expresión suprema de la felicidad eterna. Un Dios quietista, en fin, como es quietista por su esencia misma la razón.

Queda la otra famosa prueba, la del consentimiento, supuesto unánime, de los pueblos todos en creer en un Dios. Pero esta prueba ni es en rigor racional ni a favor del Dios racional que explica el Universo, sino del Dios cordial que nos hace vivir. Sólo podríamos llamarla racional en el caso de que creyésemos que la razón es el consentimiento, más o menos unánime, de los pueblos, el sufragio universal, en el caso de que hiciésemos razón a la *vox populi* que se dice ser *vox Dei*.

Así lo creía aquel trágico y ardiente Lamennais, el que dijo que la vida y la verdad no son sino una sola y misma cosa—¡ojalá!,—y que declaró a la razón una, universal, perpetua y santa. (*Essai sur l'indifférence*, IV partie, chop. VIII.) Y glosó el «o hay que creer a todos o a ninguno—*aut omnibus credendum est aut nemini*,—de Lactancio, y aquello de Heráclito de que toda opinión individual es falible, y lo de Aristóteles de que la más fuerte prueba es el consentimiento de los hombres todos, y sobre todo lo de Plinio (*in Paneg. Trajani* LXII) de que ni engaña uno a todos ni todos a uno—*nemo omnes, neminem omnes fefellerunt*.—¡Ojalá! Y así se acaba en lo de Cicerón (*De natura deorum*, lib. III, cap. II, 5 y 6) de

que hay que creer a nuestros mayores, aun sin que nos den razones *maioribus autem nostris, etiam nulla ratione reddita, credere.*

Sí, supongamos que es universal y constante esa opinión de los antiguos que nos dice que lo divino penetra a la Naturaleza toda, y que sea un dogma paternal, *πατρικός δοξα*, como dice Aristóteles (*Metaphysica*, lib. VII, cap. VII); eso probaría sólo que hay un motivo que lleva a los pueblos y los individuos—sean todos o casi todos o muchos—a creer en un Dios. Pero, ¿no es que no hay acaso ilusiones y falacias que se fundan en la naturaleza misma humana? ¿No empiezan los pueblos todos por creer que el Sol gira en torno de ellos? ¿Y no es natural que propendamos todos a creer lo que satisface nuestro anhelo? ¿Diremos con W. Hermann (v. *Christlich-systematische Dogmatik*, en el tomo *Systematische christliche Religion*, de la colección *Die Kultur der Gegenwart*, editada por P. Hinneberg), que «si hay un Dios, no se ha dejado sin indicársenos de algún modo, y quiere ser hallado por nosotros?».

Piadoso deseo, sin duda, pero no razón en su estricto sentido, como no le apliquemos la sentencia agustiniana, que tampoco es razón, de «pues que me buscas, es que me encontraste», creyendo que es Dios quien hace que le busquemos.

Ese famoso argumento del consentimiento supuesto unánime de los pueblos, que es el que con un seguro instinto más emplearon los antiguos, no es, en el fondo y trasladado de la colectividad al individuo, sino la llamada prueba moral, la que Kant, en su *Critica de la razón práctica*, empleó, la que se saca de nuestra conciencia—o más bien de nuestro sentimiento de la divinidad,—y que no es una prueba estricta y específicamente racional, sino vital, y que no puede ser aplicada al Dios lógico, al *ens summum*, al Sér simplicísimo y abstractísimo, al primer motor inmóvil e impasible, al Dios Razón, en fin, que ni sufre ni anhela, sino al Dios biótico, al Sér complejísimo y concretísimo, al Dios paciente que sufre y anhela en nosotros y con nosotros, al Padre de Cristo, al que no se puede ir sino

por el Hombre, por su Hijo (v. Juan XIV, 6.), y cuya revelación es histórica, o si se quiere anecdótica, pero no filosófica, no categórica.

El consentimiento unánime—¡supongámoslo así!—de los pueblos, o sea el universal anhelo de las almas todas humanas que llegaron a la conciencia de su humanidad que quiere ser fin y sentido del Universo, ese anhelo, que no es sino aquella esencia misma del alma, que consiste en su conato por persistir eternamente y por que no se rompa la continuidad de la conciencia, nos lleva al Dios humano, antropomórfico, proyección de nuestra conciencia a la Conciencia del Universo, al Dios que da finalidad y sentido humanos al Universo y que no es el *ens summus*, el *primum movens* ni el Creador del Universo, no es la Idea-Dios. Es un Dios vivo, subjetivo—pues que no es sino la subjetividad objetivada o la personalidad universalizada,—que es más que mera idea, y antes que razón es voluntad. Dios es Amor, esto es, Voluntad. La razón, el Verbo, deriva de Él; pero Él, el Padre, es, ante todo, Voluntad.

«No cabe duda alguna—escribe Ritschl (*Rechtfertigung und Versöhnung*, III, cap. V),—que la personalidad espiritual de Dios se estimaba muy imperfectamente en la antigua teología al limitarla a las funciones de conocer y querer. La concepción religiosa no puede menos de aplicar a Dios también el atributo del sentimiento espiritual. Pero la antigua teología ateníase a la impresión de que el sentimiento y el afecto son notas de una personalidad limitada y creada, y trasformaba la concepción religiosa de la felicidad de Dios, v. gr., en el eterno conocerse a sí mismo, y la del odio en el habitual propósito de castigar el pecado.» Sí, aquel Dios lógico, obtenido *per via negationis*, era un Dios que, en rigor, ni amaba ni odiaba, porque ni gozaba ni sufría, un Dios sin pena ni gloria, inhumano, y su justicia una justicia racional o matemática, esto es, una injusticia.

Los atributos del Dios vivo, del Padre de Cristo, hay que deducirlos de su revelación histórica en el Evangelio y en la conciencia de cada uno de los creyentes cristianos, y no de ra-

zonamientos metafísicos que sólo llevan al Dios-Nada de Escoto Eriugena, al Dios racional o panteístico, al Dios ateo, en fin, a la Divinidad despersonalizada.

Y es que al Dios vivo, al Dios humano, no se llega por camino de razón, sino por camino de amor y de sufrimiento. La razón nos aparta más bien de El. No es posible conocerle para luego amarle; hay que empezar por amarle, por anhelarle, por tener hambre de El, antes de conocerle. El conocimiento de Dios procede del amor a Dios, y es un conocimiento que poco o nada tiene de racional. Porque Dios es indefinible. Querer definir a Dios, es pretender limitarlo en nuestra mente; es decir, matarlo. En cuanto tratamos de definirlo, nos surge la nada.

La idea de Dios de la pretendida teodicea racional, no es más que una hipótesis, como, por ejemplo, la idea del éter.

Este, el éter, en efecto, no es sino una entidad supuesta, y que no tiene valor sino en cuanto explica lo que por ella tratamos de explicarnos: la luz, o la electricidad, o la gravitación universal, y sólo en cuanto no se pueda explicar estos hechos de otro modo. Y así, la idea de Dios es una hipótesis también que sólo tiene valor en cuanto con ella nos explicamos lo que tratamos con ella de explicarnos: la existencia y esencia del Universo, y mientras no se expliquen mejor de otro modo. Y como en realidad no nos la explicamos ni mejor ni peor con esa idea que sin ella, la idea de Dios, suprema petición de principio, marra.

Pero si el éter no es sino una hipótesis para explicar la luz, el aire, en cambio, es una cosa inmediatamente sentida; y aunque con él no nos explicásemos el sonido, tendríamos siempre su sensación directa, sobre todo la de su falta en momentos de ahogo, de hambre de aire. Y de la misma manera, Dios mismo, no ya la idea de Dios, puede llegar a ser una realidad inmediatamente sentida; y aunque no nos expliquemos con su idea ni la existencia ni la esencia del Universo, tenemos a las veces el sentimiento directo de Dios, sobre todo en los momentos de ahogo

espiritual. Y este sentimiento, obsérvese bien, porque en esto estriba todo lo trágico de él y el sentimiento trágico todo de la vida, es un sentimiento de hambre de Dios, de carencia de Dios. Creer en Dios es, en primera instancia, y como veremos, querer que haya Dios, no poder vivir sin El.

Mientras peregriné por los campos de la razón a busca de Dios, no pude encontrarle porque la idea de Dios no me engañaba, ni pude tomar por Dios a una idea, y fue entonces, cuando erraba por los páramos del racionalismo, cuando me dije que no debemos buscar más consuelo que la verdad, llamando así a la razón, sin que por eso me consolara. Pero al ir hundiéndome en el escepticismo racional de una parte y en la desesperación sentimental de otra, se me encendió el hambre de Dios, y el ahogo de espíritu me hizo sentir con su falta, su realidad. Y quise que haya Dios, que exista Dios. Y Dios no existe, sino que más bien sobre-existe, y está sustentando nuestra existencia, existiéndonos.

Dios, que es el Amor, el Padre del Amor, es hijo del amor en nosotros. Hay hombres ligeros y exteriores, esclavos de la razón que nos exterioriza, que creen haber dicho algo con decir que lejos de haber hecho Dios al hombre a su imagen y semejanza, es el hombre el que a su imagen y semejanza se hace sus dioses o su Dios, sin reparar, los muy livianos, que si esto segundo es, como realmente es, así, se debe a que no es menos verdad lo primero. Dios y el hombre se hacen mutuamente, en efecto; Dios se hace o se revela en el hombre, y el hombre se hace en Dios. Dios se hizo a sí mismo, *Deus ipse se fecit*, dijo Lactancio (*Divinarum institutionum II 8*), y podemos decir que se está haciendo, y en el hombre y por el hombre. Y si cada cual de nosotros, en el empuje de su amor, en su hambre de divinidad, se imagina a Dios a su medida, y a su medida se hace Dios para él, hay un Dios colectivo, social, humano, resultante de las imaginaciones todas humanas que le imaginan. Porque Dios es y se revela en la colectividad. Y es Dios la más rica y más personal concepción humana.

E. M.—Julio 1912.

Nos dijo el Maestro de divinidad que seamos perfectos como es perfecto nuestro Padre que está en los cielos (Mat. V. 48), y en el orden del sentir y el pensar nuestra perfección consiste en ahincarnos porque nuestra imaginación llegue a la total imaginación de la humanidad de que formamos, en Dios, parte.

Conocida es la doctrina lógica de la contraposición entre la extensión y la comprensión de un concepto, y como a medida que la una crece, la otra mengua. El concepto más extenso y a la par menos comprensivo, es el de ente o cosa que abarca a todo lo existente y no tiene más nota que la de sér, y el concepto más comprensivo y el menos extenso es el del universo, que sólo a sí mismo se aplica y comprende todas las notas existentes. Y el Dios lógico o racional, el Dios obtenido por vía de negación, el ente sumo, se sume, como realidad, en la nada, pues el sér puro y la pura nada, según enseñaba Hegel, se identifican. Y el Dios cordial o sentido, el Dios de los vivos, es el Universo mismo personalizado, es la conciencia del Universo.

Un Dios universal y personal, muy otro que el Dios individual del rígido monoteísmo metafísico.

Debo aquí advertir una vez más cómo opongo la individualidad a la personalidad, aunque se necesiten una a otra. La individualidad es, si puedo así expresarme, el continente y la personalidad el contenido, o podría también decir en un cierto sentido que mi personalidad es mi comprensión, lo que comprendo y encierro en mí—y que es de una cierta manera todo el Universo,—y mi individualidad es mi extensión; lo uno, lo infinito mío, y lo otro, mi finito. Cien tinajas de fuerte casco de barro están vigorosamente individualizadas, pero pueden ser iguales y vacías, o a lo sumo llenas del mismo líquido homogéneo, mientras que dos vejigas de membrana sutilísima, a través de la cual se verifica activa ósmosis y exósmosis pueden diferenciarse fuertemente y estar llenas de líquidos muy complejos. Y así puede uno destacarse fuertemente de otros, en

cuanto individuo, siendo como un crustáceo espiritual, y ser pobrísimo de contenido diferencial. Y sucede más aún, y es que cuanta más personalidad tiene uno, cuanta mayor riqueza interior, cuanto más sociedad es en sí mismo, menos rudamente se divide de los demás. Y de la misma manera, el rígido Dios del deísmo, del monoteísmo aristotélico, el *ens summum*, es un sér en quien la individualidad, o más bien la simplicidad, ahoga a la personalidad. La definición le mata, porque definir es poner fines, es limitar, y no cabe definir lo absolutamente indefinible. Carece ese Dios de riqueza interior; no es sociedad en sí mismo. Y a esto obvió la revelación vital con la creencia en la Trinidad que hace de Dios una sociedad, y hasta una familia en sí, y no ya un puro individuo. El Dios de la fe es personal; es persona, porque incluye tres personas, puesto que la personalidad no se siente aislada. Una persona aislada deja de serlo. ¿A quién, en efecto, amaría? Y si no ama, no es persona. Ni cabe amarse a sí mismo siendo simple y sin desdoblarse por el amor.

Fue el sentir a Dios como a Padre lo que trajo consigo la fe en la Trinidad. Porque un Dios Padre no puede ser un Dios soltero, esto es, solitario. Un padre es siempre padre de familia. Y el sentir a Dios como Padre, ha sido una perenne sugestión a concebirlo, no ya antropomórficamente, es decir, como a hombre—*ánthropos*—sino andromórficamente, como a varón—*aner*.—A Dios Padre, en efecto, concíbelo la imaginación popular cristiana como a un varón. Y es porque el hombre, *homo*, *άνθρωπος*, no se nos presenta sino como varón, *vir*, *άνηρ*, o como mujer, *mulier*, *γυνή*. A lo que puede añadirse el niño, que es neutro. Y de aquí para completar con la imaginación la necesidad sentimental de un Dios hombre perfecto, esto es, familia, el culto al Dios Madre, a la Virgen María, y el culto al niño Jesús.

El culto a la Virgen, en efecto, la mariolatria, que ha ido poco a poco elevando en dignidad lo divino de la Virgen, hasta casi deificarla, no responde sino a la necesidad sentimen-

tal de que Dios sea hombre perfecto, de que entre la feminidad en Dios. Desde la expresión de Madre de Dios, θεοτοκος, *deipara*, ha ido la piedad católica exaltando a la Virgen María hasta declararla corredentora y proclamar dogmática su concepción sin mancha de pecado original, lo que la pone ya entre la Humanidad y la Divinidad y más cerca de ésta que de aquélla. Y alguien ha manifestado su sospecha de que, con el tiempo, acaso se llegue a hacer de ella algo así como una persona divina más.

Y tal vez no por esto la Trinidad se convirtiese en Cuaternidad. Si πνευμα, espíritu en griego, en vez de ser neutro fuese femenino, ¿quién sabe si no se hubiese hecho ya de la Virgen María una encarnación o humanación del Espíritu Santo? El texto del Evangelio, según Lucas en el versillo 35 del cap. I, donde se narra la Anunciación por el ángel Gabriel que le dice: «El Espíritu Santo vendrá sobre tí.» πνευμα άγιον επελευσεται επι σε habría bastado para una encendida piedad que sabe siempre plegar a sus deseos la especulación teológica. Y habríase hecho un trabajo dogmático paralelo al de la divinización de Jesús, el Hijo, y su identificación con el Verbo.

De todos modos, el culto a la Virgen, a lo eterno femenino, o más bien a lo divino femenino, a la maternidad divina, acude a completar la personalización de Dios haciéndole familia.

En uno de mis libros (*Vida de Don Quijote y Sancho*, segunda parte, cap. LXVII) he dicho que «Dios era y es en nuestras mentes masculino. Su modo de juzgar y condenar a los hombres, modo de varón, no de persona humana por encima de sexo; modo de Padre. Y para compensarlo hacía falta la Madre, la Madre que perdona siempre, la Madre que abre siempre los brazos al hijo cuando huye éste de la mano levantada o del ceño fruncido del irritado padre; la madre en cuyo regazo se busca como consuelo una oscura remembranza de aquella tibia paz de la inconciencia que dentro de él fue el alba que precedió a nuestro nacimiento y un dejo de aquella dulce leche que embalsamó nuestros sueños de inocencia; la madre que no co-

noce más justicia que el perdón ni más ley que el amor. Nuestra pobre e imperfecta concepción de un Dios con largas barbas y voz de trueno, de un Dios que impone preceptos y pronuncia sentencias, de un Dios Amo de casa, *Pater familias* a la romana, necesitaba compensarse y completarse; y como en el fondo no podemos concebir al Dios personal y vivo, no ya por encima de rasgos humanos, mas ni aun por encima de rasgos varoniles, y menos un Dios neutro o hermafrodita, acudimos a darle un Dios femenino y junto al Dios Padre hemos puesto a la Diosa Madre, a la que perdona siempre, porque como mira con amor ciego, ve siempre el fondo de la culpa y en ese fondo la justicia única del perdón...»

A lo que debo ahora añadir que no sólo no podemos concebir al Dios vivo y entero como solamente varón, sino que no le podemos concebir como solamente individuo, como proyección de un yo solitario, fuera de sociedad, de un yo en realidad abstracto. Mi yo vivo es un yo que es en realidad un nosotros; mi yo vivo, personal, no vive sino en los demás, de los demás y por los demás yos; procedo de una muchedumbre de abuelos y en mí los llevo en extracto, y llevo a la vez en mí en potencia una muchedumbre de nietos, y Dios, proyección de mi yo al infinito—o más bien yo proyección de Dios a lo finito—es también muchedumbre. Y de aquí, para salvar la personalidad de Dios, es decir, para salvar al Dios vivo, la necesidad de fe—esto es sentimental e imaginativa—de concebirle y sentirle con una cierta multiplicidad interna.

El sentimiento pagano de divinidad viva obvió a esto con el politeísmo. Es el conjunto de sus dioses, la república de éstos, lo que constituye realmente su Divinidad. El verdadero Dios del paganismo helénico es más bien que Zeus Padre (*Jupiter*), la sociedad toda de los dioses y semi-dioses. Y de aquí la solemnidad de la invocación de Demóstenes cuando invocaba a los dioses todos, y a todas las diosas: τοὺς θεοὺς εὐχόμεαι παντὶ καὶ πασαις. Y cuando los razonadores sustantivaron el término dios, θεός, que es propiamente un adjetivo, una cualidad predicada

de cada uno de los dioses, y le añadieron un artículo, forjaron *el* dios — ὁ θεός — abstracto o muerto del racionalismo filosófico, una cualidad sustantivada y falta de personalidad por lo tanto. Porque *el* dios no es más que *lo* divino. Y es que de sentir la divinidad en todo no puede pasarse, sin riesgo para el sentimiento, a sustantivarla y hacer de la Divinidad Dios. Y el Dios aristotélico, el de las pruebas lógicas, no es más que la Divinidad, un concepto y no una persona viva a que se pueda sentir y con la que pueda por el amor comunicarse el hombre. Ese Dios que no es sino un adjetivo sustantivado, es un dios constitucional que reina, pero no gobierna; la Ciencia es su carta constitucional.

Y en el propio paganismo greco-latino, la tendencia al monoteísmo vivo se ve en concebir y sentir a Zeus como padre, Ζεὺς πατήρ que le llama Homero, *Iu-piter* o sea *Iu-pater* entre los latinos, y padre de toda una dilatada familia de dioses y diosas que con él constituyen la Divinidad.

De la conjunción del politeísmo pagano con el monoteísmo judaico, que había tratado por otros medios de salvar la personalidad de Dios, resultó el sentimiento del Dios católico, que es sociedad, como era sociedad ese Dios pagano de que dije, y es uno como el Dios de Israel acabó siéndolo. Y tal es la Trinidad cuyo más hondo sentido rara vez ha logrado comprender el deísmo racionalista, más o menos impregnado de cristianismo, pero siempre unitariano o sociniano.

Y es que sentimos a Dios, más bien que como una conciencia sobrehumana, como la conciencia misma del linaje humano todo, pasado, presente y futuro, como la conciencia colectiva de todo linaje, y aun más, como la conciencia total e infinita que abarca y sostiene las conciencias todas, infra-humanas, humanas y acaso sobre-humanas. La divinidad que hay en todo, desde la más baja, es decir, desde la menos conciente forma viva hasta la más alta, pasando por nuestra conciencia humana, la sentimos personalizada, conciente de sí misma, en Dios. Y a esa gradación de conciencias, sintiendo el salto de la nues-

tra humana a la plenamente divina, a la universal, responde la creencia en los ángeles, con sus diversas jerarquías, como intermedios entre nuestra conciencia humana y la de Dios. Gradaciones que una fe coherente consigo misma ha de creer infinitas, pues sólo por infinito número de grados puede pasarse de lo finito a lo infinito.

El racionalismo deísta concibe a Dios como Razón del Universo, pero su lógica le lleva a concebirlo como una razón impersonal, es decir, como una idea, mientras el vitalismo deísta siente e imagina a Dios como Conciencia, y por lo tanto, como persona o más bien como sociedad de personas. La conciencia de cada uno de nosotros, en efecto, es una sociedad de personas; en mí viven varios yos, y hasta los yos de aquellos con quienes vivo.

El Dios del racionalismo deísta, en efecto, el Dios de las pruebas lógicas de su existencia, el *ens realissimum* y primer motor inmóvil, no es más que una Razón suprema, pero en el mismo sentido en que podemos llamar razón de la caída de los cuerpos a la ley de la gravitación universal, que es su explicación. Pero dirá alguien que esa que llamamos ley de la gravitación universal, u otra cualquiera ley o un principio matemático es una realidad propia e independiente, es un ángel, es algo que tiene conciencia de sí y de los demás, es persona? No, no es más que una idea sin realidad fuera de la mente del que la concibe. Y así ese Dios Razón, o tiene conciencia de sí o carece de realidad fuera de la mente de quien lo concibe. Y si tiene conciencia de sí, es ya una razón personal, y entonces todo el valor de aquellas pruebas se desvanece, porque las tales pruebas sólo probaban una razón, pero no una conciencia suprema. Las matemáticas prueban un orden, una constancia, una razón en la serie de los fenómenos mecánicos, pero no prueban que esa razón sea consciente de sí. Es una necesidad lógica, pero la necesidad lógica no prueba la necesidad teleológica o finalista. Y donde no hay finalidad no hay personalidad tampoco, no hay conciencia.

El Dios, pues, racional, es decir el Dios que no es sino Razón del Universo, se destruye a sí mismo en nuestra mente en cuanto tal Dios, y sólo renace en nosotros cuando en el corazón lo sentimos como persona viva, como Conciencia, y no ya sólo como Razón impersonal y objetiva del Universo. Para explicarnos racionalmente la construcción de una máquina, nos basta conocer la ciencia mecánica del que la construyó; pero para comprender que la tal máquina exista, pues que la Naturaleza no las hace y sí los hombres, tenemos que suponer un ser conciente constructor. Pero esta segunda parte del razonamiento no es aplicable a Dios, aunque se diga que en Él la ciencia mecánica y el mecanismo constructores de la máquina son una sola y misma cosa. Esta identificación no es racionalmente sino una petición de principio. Y así es como la razón destruye a esa Razón suprema en cuanto persona.

No es la razón humana, en efecto, razón que a su vez tampoco se sustenta sino sobre lo irracional, sobre la conciencia vital toda, sobre la voluntad y el sentimiento; no es esa nuestra razón la que puede probarnos la existencia de una Razón Suprema, que tendría a su vez que sustentarse sobre lo Supremo Irracional, sobre la Conciencia Universal. Y la revelación sentimental e imaginativa, por amor, por fe, por obra de personalización, de esa Conciencia Suprema, es la que nos lleva a creer en el Dios vivo.

Y este Dios, el Dios vivo, tu Dios, nuestro Dios, está en mí, está en tí, vive en nosotros, y nosotros vivimos, nos movemos y somos en Él. Y está en nosotros por el hambre que de Él tenemos, por el anhelo, haciéndose apetecer. Y es el Dios de los humildes, porque Dios escogió lo necio del mundo para avergonzar a los sabios, y lo flaco para avergonzar a lo fuerte, según el Apóstol. (I. Cor. I 27.) Y es Dios en cada uno según cada uno lo siente y según le ama. «Si de dos hombres—dice Kierkegaard—reza el uno al verdadero Dios con insinceridad personal, y el otro con la pasión toda de la infinitud reza a un ídolo, es el primero el que en realidad ora a un ídolo,

mientras que el segundo ora en verdad a Dios.» Mejor es decir que es Dios verdadero Aquel a quien se reza y se anhela de verdad. Y hasta la superstición misma puede ser más reveladora que la teología. El viejo Padre de luengas barbas y melenas blancas, que aparece entre nubes llevando la bola del mundo en la mano, es más vivo y más verdadero que el *ens realissimum* de la teodicea.

La razón es una fuerza analítica, esto es, disolvente, cuando dejando de obrar sobre la forma de las intuiciones, ya sean del instinto individual de conservación, ya del instinto social de perpetuación, obra sobre el fondo, sobre la materia misma de ellas. La razón ordena las percepciones sensibles que nos dan el mundo material; pero cuando su análisis se ejerce sobre la realidad de las percepciones mismas, nos las disuelve y nos sume en un mundo aparential, de sombras sin consistencia, porque la razón fuera de lo formal es nihilista, aniquiladora. Y el mismo terrible oficio cumple cuando sacándola del suyo propio la llevamos a escudriñar las intuiciones imaginativas que nos dan el mundo espiritual. Porque la razón aniquila y la imaginación *entera*, integra o totaliza; la razón por sí sola mata y la imaginación es la que da vida. Si bien es cierto que la imaginación por sí sola, al darnos vida sin límite nos lleva a confundirnos con todo, y en cuanto individuos, nos mata también, nos mata por exceso de vida. La razón, la cabeza, nos dice: ¡nada! La imaginación, el corazón, nos dice: ¡todo!, y entre nada y todo, fundiéndose el todo y la nada en nosotros, vivimos en Dios, que es todo, y vive Dios en nosotros que sin El, somos nada. La razón repite: ¡vanidad de vanidades, y todo vanidad! Y la imaginación replica: ¡plenitud de plenitudes, y todo plenitud! Y así vivimos la vanidad de la plenitud, o la plenitud de la vanidad.

Y tan de las entrañas del hombre arranca esta necesidad vital de vivir un mundo ilógico, irracional, personal o divino, que cuantos no creen en Dios o creen no creer en El, creen en cualquier diosecillo, o siquiera en un demoniejo, o en un

agüero, o en una herradura que encontraron por acaso al azar de los caminos, y que guardan sobre su corazón para que les traiga buena suerte y les defienda de esa misma razón de que se imaginan ser fieles servidores y devotos.

El Dios de que tenemos hambre es el Dios a que oramos, el Dios del *pater noster*, de la oración dominical; el Dios a quien pedimos, ante todo y sobre todo, démonos o no de esto cuenta, que nos infunda fe, fe en El mismo, que haga que creamos en El, que se haga El en nosotros, el Dios a quien pedimos que sea santificado su nombre y que se haga su voluntad—su voluntad, no su razón,—así en la tierra como en el cielo; mas sintiendo que su voluntad no puede ser sino la esencia de nuestra voluntad, el deseo de persistir eternamente.

Y tal es el Dios del amor, sin que sirva el que nos pregunten como sea, sino que cada cual consulte a su corazón y deje a su fantasía que se lo pinte en las lontananzas del Universo, mirándole por sus millones de ojos, que son los luceros del cielo de la noche. Ese en que crees, lector, ese es tu Dios, el que ha vivido contigo en tí, y nació contigo y fue niño cuando eras tú niño, y fue haciéndose hombre según tú te hacías hombre y que se te disipa cuando te disipas, y que es tu principio de continuidad en la vida espiritual, porque es el principio de solidaridad entre los hombres todos y en cada hombre, y de los hombres con el Universo y que es como tú, persona. Y si crees en Dios, Dios cree en tí, y creyendo en tí te crea de continuo. Porque tú no eres en el fondo sino la idea que de tí tiene Dios; pero una idea viva, como de Dios vivo y conciente de sí, como de Dios Conciencia, y fuera de lo que eres en la sociedad no eres nada.

¿Definir a Dios? Sí, ese es nuestro anhelo; ese era el anhelo del hombre Jacob, cuando luchando la noche toda, hasta el rayar del alba, con aquella fuerza divina, decía: ¡Dime, te lo ruego, tu nombre! (Gén. XXXII, 29.) Y oíd lo que aquel gran predicador cristiano, Federico Guillermo Robertson, predicaba en la capilla de la Trinidad, de Brighton, el 10 de Junio de

1849, diciendo (1): «Y esta es nuestra lucha—*la* lucha. Que baje un hombre veraz a las profundidades de su propio sér y nos responda: ¿cuál es el grito que le llega de la parte más real de su naturaleza? ¿Es pidiendo el pan de cada día? Jacob pidió en su *primera* comunión con Dios esto; pidió seguridad, conservación. ¿Es acaso el que se nos perdonen nuestros pecados? Jacob tenía un pecado por perdonar; mas en este, el más solemne momento de su existencia, no pronunció una sílaba respecto a él. ¿O es acaso esto: «santificado sea tu nombre?» No, hermanos míos. De nuestra frágil, aunque sublime humanidad, la petición que surja en las horas más terrenales de nuestra religión puede ser esta de: ¡Salva mi alma!; pero en los momentos menos terrenales es esta otra: ¡Dime tu nombre!

«Nos movemos por un mundo de misterio, y la más profunda cuestión es la de cuál es el sér que nos está cerca siempre, a las veces sentido, jamás visto—que es lo que nos ha obsesionado desde la niñez con un sueño de algo soberanamente hermoso y que jamás se nos aclara,—que es lo que a las veces pasa por el alma como una desolación, como el soplo de las alas del Angel de la Muerte, dejándonos aterrados y silenciosos en nuestra soledad—lo que nos ha tocado en lo más vivo, y la carne se ha estremecido de agonía, y nuestros afectos mortales se han contraído de dolor,—que es lo que nos viene en aspiraciones de nobleza y concepciones de sobrehumana excelencia. ¿Hemos de llamarle Ello o El? (*It or He?*) ¿Qué es Ello? ¿Quién es El? Estos presentimientos de inmortalidad y de Dios, ¿qué son? ¿Son meras ansias de mi propio corazón tomadas por algo vivo fuera de mí? ¿Son el sonido de mis propios anhelos que resuenan por el vasto vacío de la nada? ¿O he de llamarlas Dios, Padre, Espíritu, Amor? ¿Un sér vivo dentro o fuera de mí? Dime tu nombre, tú, ¡terrible misterio del amor! Tal es la lucha de toda vida seria.»

(1) *Sermons* by the Rev. Frederich W. Robertson, M. A. Collection of British authors. Leipzig. Tanchnitz. I, pág. 46.

Así Robertson. A lo que he de hacer notar que: ¡dime tu nombre!, no es en el fondo otra cosa que: ¡salva mi alma! Le pedimos su nombre para que salve nuestra alma, para que salve el alma humana, para que salve la finalidad humana del Universo. Y si nos dicen que se llama El, que es o *ens realissimum* o Sér Supremo o cualquier otro nombre metafísico, no nos conformamos, pues sabemos que todo nombre metafísico es equis, y seguimos pidiéndole su nombre. Y sólo hay un nombre que satisfaga a nuestro anhelo, y este nombre es Salvador, Jesús. Dios es el amor que salva:

For the loving worm within its clod,
Were diviner than a loveless god
Amid his worlds, I will dare to say.

«Me atreveré a decir que el gusano que ama en su terrón sería más divino que un dios sin amor entre sus mundos», dice Roberto Browning (*Christmas-eve and Easter-day*). Lo divino es el amor, la voluntad personalizadora y eternizadora, la que siente hambre de eternidad y de infinitud.

Es a nosotros mismos, es nuestra eternidad lo que buscamos en Dios, es que nos divinice. Fue ese mismo Browning el que dijo (*Saul en Dramatic Lyoies*):

'Tis the weaknes in strength, that y cry for! my
flesh that I seek
In the Godhead!

«¡Es la debilidad en la fuerza por lo que clamo; mi carne lo que busco en la Divinidad!»

Pero este Dios que nos salva, este Dios personal, Conciencia del Universo que envuelve y sostiene nuestras conciencias, este Dios que da finalidad humana a la creación toda, ¿existe? ¿Tenemos pruebas de su existencia?

Lo primero que aquí se nos presenta es el sentido de la noción esta de existencia. ¿Qué es existir y cómo son las cosas de que decimos que no existen?

Existir en la fuerza etimológica de su significado es estar

fuera de nosotros, fuera de nuestra mente: *ex-sistere*. ¿Pero es que hay algo fuera de nuestra mente, fuera de nuestra conciencia que abarca a lo conocido todo? Sin duda que lo hay. La materia del conocimiento nos viene de fuera. ¿Y cómo es esa materia? Imposible saberlo, porque conocer es informar la materia, y no cabe, por lo tanto, conocer lo informe como informe. Valdría tanto como tener ordenado el caos.

Este problema de la existencia de Dios, problema racionalmente insoluble, no es en el fondo sino el problema de la conciencia, de la *ex-sistencia* y no de la *in-sistencia* de la conciencia, el problema mismo de la existencia sustancial del alma, e problema mismo de la perpetuidad del alma humana, el problema mismo de la finalidad humana del Universo. Creer en un Dios vivo y personal, en una conciencia eterna y universal que nos conoce y nos quiere, es creer que el Universo existe *para* el hombre. Para el hombre o para una conciencia en el orden de la humana, de su misma naturaleza, aunque sublimada, de una conciencia que nos conozca, y en cuyo seno viva nuestro recuerdo para siempre.

Acaso en un supremo y desesperado esfuerzo de resignación llegáramos a hacer, ya lo he dicho, el sacrificio de nuestra personalidad si supiéramos que al morir iba a enriquecer una Personalidad, una Conciencia Suprema; si supiéramos que el Alma Universal se alimenta de nuestras almas y de ellas necesita. Podríamos tal vez morir en una desesperada resignación o en una desesperación resignada entregando nuestra alma al alma de la humanidad, legando nuestra labor, la labor que lleva el sello de nuestra persona, si esa humanidad hubiera de legar a su vez su alma a otra alma cuando al cabo se extinga la conciencia sobre esta Tierra de dolor de ansias. ¿Pero y si no ocurre así?

Y si el alma de la humanidad es eterna, si es eterna la conciencia colectiva humana, si hay una Conciencia del Universo y ésta es eterna, ¿por qué nuestra propia conciencia individual, la tuya, lector, la mía no ha de serlo?

En todo el vasto universo habría de ser esto de la conciencia que se conoce, se quiere y se siente, una excepción unida a un organismo que no puede vivir sino entre tales y cuales grados de calor, un pasajero fenómeno? No es, no, una mera curiosidad lo de querer saber si están o no los astros habitados por organismos vivos animados, por conciencias hermanas de las nuestras, y hay un profundo anhelo en el ensueño de la trasmigración de nuestras almas por los astros que pueblan las vastas lontananzas del cielo. El sentimiento de lo divino nos hace desear y creer que todo es animado, que la conciencia, en menor o mayor grado, se extiende a todo. Queremos no sólo salvarnos, sino salvar al mundo de la nada. Y para esto Dios. Tal es su finalidad sentida.

¿Qué sería un universo sin conciencia alguna que lo reflejase y lo conociese? ¿Qué sería la razón objetivada, sin voluntad ni sentimiento? Para nosotros lo mismo que la nada; mil veces más pavoroso que ella.

Si tal supuesto llega a ser realidad, nuestra vida carece de valor y de sentido.

No es, pues, necesidad racional, sino angustia vital, lo que nos lleva a creer en Dios. Y creer en Dios es ante todo y sobre todo, he de repetirlo, sentir hambre de Dios, hambre de divinidad, sentir su ausencia y vacío, querer que Dios exista. Y es querer salvar la finalidad humana del Universo. Porque hasta podría llegar uno a resignarse a ser absorbido por Dios si en una Conciencia se funde nuestra conciencia, si es la conciencia el fin del Universo.

«Dijo el malvado en su corazón: no hay Dios.» Y así es en verdad. Porque un justo puede decirse en su cabeza: ¡Dios no existe! Pero en el corazón sólo puede decírselo el malvado. No creer que haya Dios o creer que no le haya, es una cosa; resignarse a que no le haya, es otra, aunque inhumana y horrible; pero no querer que le haya, excede a toda otra monstruosidad moral. Aunque de hecho los que reniegan de Dios es por desesperación de no encontrarlo.

Y ahora viene de nuevo la pregunta racional, esfíngica—la Esfinge, en efecto, es la razón—de: ¿existe Dios? Esa persona eterna y eternizadora que da sentido—y no añadiré humano, porque no hay otro—al universo, es algo sustancial fuera de nuestra conciencia, fuera de nuestro anhelo? He aquí algo insoluble, y vale más que así lo sea. Bástele a la razón el no poder probar la imposibilidad de su existencia.

Creer en Dios es anhelar que le haya y es además conducirse como si le hubiera; es vivir de ese anhelo y hacer de él nuestro íntimo resorte de acción. De este anhelo o hambre de divinidad surge la esperanza; de ésta la fe, y de la fe y la esperanza la caridad; de ese anhelo arrancan los sentimientos de belleza, de finalidad, de bondad.

Veámoslo.

MIGUEL DE UNAMUNO

UN GRAN LIBRO ESPAÑOL DE FILOLOGIA

«El Poema del Cid ofrece uno de los casos más difíciles que en la crítica de un texto pueden presentarse, ya que se conserva en un solo manuscrito muy posterior a la fecha de la obra e infiel al estado primitivo de la misma.» Se expresa así el señor Menéndez Pidal (D. Ramón) al frente de su edición crítica de este monumento de nuestras letras, y pensamos que no habrá nadie que se engolfe en el estudio del libro, al cual vamos a dedicar este artículo, que caiga en la veleidad de contradecirle. Si tanta y tan larga preparación requiere este texto como la que el autor se ha tomado para estudiarle; si exige un análisis tan prolijo, tan menudo, tan delicado, no solamente de su lección y sentido, sino de las últimas tildes de su escritura; si tan amplia información necesita—y tan recóndita—acerca de todos los personajes, lugares, hechos y circunstancias que toca en su narración o que de algún modo se relacionan con ella, muy difícil es, en efecto, una crítica de este texto, y tarea reservada para muy pocos. No sólo la elaboración de este libro, que viene a ser eso en substancia, pero ni su lectura siquiera es para distraídos.

La obra del Sr. M. P. tiene por título: *Cantar de Mio Cid: texto, gramática y vocabulario*. Seis palabras que ponen en fuga, para empezar, al enjambre de los golosos y de los frívolos. Un solo y grande edificio literario y científico que anuncia

ya desde la portada su estilo llano, recio y austero. Son tres tomos, de los cuales salió el primero en 1908 y los otros dos acababan de salir, como quien dice, en los últimos meses de 1911. Procuraremos ocuparnos en nuestro artículo de la obra entera, aunque sea muy por encima, como nos lo impone la extensión de la materia, que es considerable.

Ha de estar bien poco versado en literatura castellana el que desconozca el asunto del poema del Cid, que no es sino las hazañas del héroe Rodrigo Díaz de Vivar, y el que no sepa que es el monumento más importante de la lengua castellana de la Edad Media; en primer término, por su antigüedad; luego, por su carácter popular y literario y, además, por sus proporciones. Así, que fijar la gramática de este texto venerable es penetrar en las raíces mismas históricas del idioma.

El Sr. M. P. empieza su trabajo por la descripción del códice del *Cantar*, que es único, según se ha dicho. Por único es precioso, y el Sr. M. P. no se cansa de contemplarle y de registrarle en todos los pliegues y pormenores de su estructura material que puedan servir, aunque sea de lejos, a la interpretación de su contenido. Se fija principalmente en el carácter de la letra, del cual se sirve para rastrear la fecha de la escritura. Señala el paso sobre ésta de varias plumas de correctores, en diferentes épocas, distinguiéndolos entre sí. Da cuenta de los reactivos empleados por los lectores del documento en los pasajes difíciles y comenta el explicit de Per Abbat (el obscuro amanuense del siglo XIV a quien debemos el códice del *Cantar*), dando de él nueva lectura, no propuesta por los paleógrafos que le habían precedido en el examen del manuscrito, y mejor y más satisfactoria que la de éstos. Facsímiles demostrativos, en magníficas foto-litografías, ilustran en este punto el delicado análisis del Sr. M. P.

De más alcance histórico-crítico es el capítulo o apartado segundo, en que se dilucida la fecha de la composición del *Cantar*, y se entra en la cuestión intrincada de cuál fue el medio de transmisión que le condujo desde sus oscuros orígenes a

la copia tardía de Per Abbat en que hoy le conocemos. Puntos ambos bien capitales, según se ve, para una apreciación exacta de la importancia del texto y de su significación cronológica. Con un orden, con una claridad, con un sosiego, con una congruencia y con una precisión que no se podrán ponderar bastante, el autor expone sus argumentos en pro de la fecha de 1140, a la cual se inclina, de acuerdo con los más eminentes filólogos que han tratado el asunto, y en pro de la transmisión escrita, y no oral, del *Cantar*. Este último punto singularmente está tratado con notable agudeza de raciocinio y con la riqueza documental acostumbrada por el autor, condensada y prensada según su sistema de citas algebraicas, y que es una de sus grandes fuerzas de persuasión. Su fallo en esta materia creemos que ha de quedar en autoridad de cosa juzgada.

Conservándose el *Cantar de Mio Cid* en una copia mala, solitaria, posterior de más de siglo y medio a la obra, ¿qué medios tiene el filólogo para haber de restituirle a su forma primera y genuina, haciendo desaparecer del texto la capa de modernismos con que el transcurso del tiempo «empañó la faz primitiva del original»? El Sr. M. P. propone varios. Propone, en primer lugar, la averiguación de la patria del *Cantar*, que podría darnos luz sobre su lenguaje. Emprende con este fin un estudio de la geografía del mismo, que es un modelo de método, de precisión y de finura de criba, estudio para el cual se ha lanzado a recorrer por sí mismo las regiones en que se desenvuelve la acción del poema, siguiendo a los personajes de éste en sus peregrinaciones por el suelo épico.

Rechaza el autor la hipótesis de Rodolfo Beer de que el *Cantar de Mio Cid* fuera compuesto por un monje del monasterio de San Pedro de Cardena. Era idea patrocinada por Beer que los antiguos monumentos de la poesía castellana habían de haber salido de los monasterios de la tierra. De San Millán, las obras de Berceo; de Oña, la *Disputa del alma y del cuerpo*; de Silos, los *Miráculos romanzados*; de Arlanza, el *Poema de Fernán-González*; de Cardena, el *Cantar de Mio Cid*. Pero el

Sr. M. P. se hace cargo de las razones que abonán o pueden abonar esta opinión, y las desbarata. Hemos visto posteriormente que M. Ernest Merimée no acaba de renunciar a sus «ilusiones» (¿?) de atribuir el *Cantar* a un monje de Cardaña, y esto, a la verdad, nos extraña, no sólo porque la argumentación entera del Sr. M. P. nos parece demostrativa y aun perentoria, sino porque nosotros, por nuestra parte, la juzgamos innecesaria. No somos filólogos, pero el *Cantar de Mio Cid* tiene un tono popular tan genuino, que nunca podemos imaginar, leyéndole, que es un monje el que nos habla, sino un libre juglar, incorporado de lleno en su espíritu a la sociedad militar y aventurera, lega por sus cuatro costados, aunque profundamente piadosa, que circunda y admira a su héroe. Sabemos la poca importancia que una voz profana puede tener en un cónclave de filólogos. Callaremos con mucho gusto. Sin embargo, lo dicho dicho está.

El *Cantar* comienza con el destierro del protagonista. Ya tenemos a Mio Cid saliendo de San Pedro de Cardaña y tomando el camino de morería. Fácil nos ha de ser a nosotros, conducidos por el autor, seguirle en su peregrinación, así como en las suyas a otros héroes y personajes de la gesta, merced á un mapa demostrativo muy claro y primoroso, que trae la obra, y merced a los fotograbados que salpican el texto de bellas y rápidas perspectivas sobre el país que tenemos que recorrer.

El Cid se dirige hacia el Duero, dejando a la derecha la fortaleza de San Esteban. Pasa el Duero por Navapalos y llega a la sierra de Miedes, desde donde da vista a Atienza, a la izquierda, y a las torres de su castillo «que moros las han». Desciende a Castejón, de que se apodera por sorpresa, y dejando la dirección Sur, toma la Este y Nordeste, dirigiéndose hacia Calatayud por la cuenca del Jalón. El juglar da muestras indubitables—observa el Sr. M. P.—de conocer muy bien este itinerario, o a lo menos, trozos extensos de él; pero solamente la ribera del Duero, entre San Esteban y Navapalos, «está descrita con conocimiento topográfico minucioso» del territorio.

Las hijas del Cid, celebradas sus bodas, emprenden viaje desde Valencia a Carrión, en compañía de sus maridos y con séquito de servidores y hombres de armas. Dejando atrás a Medina, atraviesan la sierra de Miedes, y por Montes Claros—dice el Cantar,—entre Griza y San Esteban, van a pernoctar en Robledo de Corpes. Hacemos gracia al lector de las dificultades que presenta la explicación de este itinerario y de la solución que propone para ellas el Sr. M. P. En esta solución, lo más saliente, sin duda alguna, es la localización nueva que el autor hace del Robledo de Corpes, mucho más satisfactoria que lo es la del pueblo actual de este nombre, en la provincia de Guadalajara, y a la cual el Sr. M. P. ha tenido la fortuna de hallar apoyo en un documento del siglo x. A grandes pasos va describiendo el juglar la tierra recorrida hasta tanto que llega a San Esteban. Desde aquí, las hijas del héroe, afrentadas y abandonadas por sus maridos, y de vuelta a Valencia en la compañía de su deudo Fález Muñoz, comienzan a atravesar una tierra especialmente conocida para el cantor de Mio Cid, y los pormenores topográficos ocurren nuevamente bajo sus pasos. En otro itinerario recorrido por personajes del *Cantar*, en ocasiones diferentes, se echa de ver, de la misma suerte, el conocimiento especial que tiene el poeta de los contornos de Medinaceli. El Sr. M. P., acosando implacablemente al juglar con los datos más minuciosos y una lógica imperturbable, estrechándole de círculo en círculo en su propia ciencia geográfica, le acorrala ingeniosamente en su misma casa, arrancándole a viva fuerza el secreto de su región nativa. He aquí cómo resume el autor su razonamiento:

«Los más apartados lugares que nombra el juglar son: Santiago de Galicia y San Salvador de Oviedo, al Norte; Barcelona, Valencia y Denia, al Levante; Sevilla y Cabra, al Sur. Dentro de estos puntos extremos, señala un círculo ya más estrecho y lleno de poblaciones: León, Sahagún, Carrión, Valladolid, Burgos, Huesca, Monzón, Zaragoza, Alcañiz, Teruel, Toledo; lugares algunos muy importantes, pero de los

cuales, excepto de Burgos, Toledo y Valencia, el juglar no muestra saber sino los nombres. Su conocimiento del terreno crece y se afirma en el centro de este círculo; ahí, entre San Esteban, Castejón, Luzón, Calatayud y Berlanga, está la tierra donde el juglar conoce todos los pueblos, grandes y pequeños. En esta tierra se siente él capaz de pormenorizar un itinerario; fuera de ella, no.

» Cuando los personajes del Cantar andan el camino de Valencia a Toledo o de Valencia a Castilla, entrando por la sierra de Guadarrama, para dirigirse después a Carrión, o a Valladolid, o a Sahagún, el juglar no puede decirnos nada de sus jornadas, aunque bien lo desearía, y echa mano de una fórmula vaga, como *passando van las sierras e los montes e las aguas*, o da la maliciosa excusa de no querer ser pesado: *dexarevos las posadas, non las quiero contar*. Por el contrario, cuando el camino atraviesa esa región que decimos era conocida al juglar, éste ya no teme cansar a sus oyentes, o, por lo menos, no se cansa él de referirnos muy al por menor la marcha del Cid desterrado a Castejón y a Alcocer, o de repetirnos hasta cuatro veces el mismo itinerario de Burgos a Valencia. Estos dos caminos, si hacia sus extremos aparecen siempre desvanecidos y sin pormenores, conforme se acercan a San Esteban o a Luzón empiezan a marcar cada posada que se hace en la marcha, y aún se concretan mucho más cuando atraviesan por esa tierra conocida del juglar, pues el poeta entonces nombra uno a uno los pueblos que se encuentran. Y todavía hay dentro de esa región dos rincones, donde no sólo nos dice los pueblos, sino los montes que cruzan los caminantes, los robredos espesos, los verjeles, los cortos vallecitos, las matas o las torres, mostrándonos como con el dedo, qué ciudad dejan a la derecha en su camino, qué castillo cae a mano izquierda, qué vado pasan o qué calzada cruzan, y hasta nos refiere por alto obscuras tradiciones locales de que al paso se acuerda.

» Estos pormenores topográficos, cuanto más insignificantes sean, nos podrán decir cuál era la tierra más familiar al poeta.

No la hallamos en parte alguna (ni entre Ariza y Calatayud, aunque en ese espacio menudean los nombres de pueblos), salvo en la corta distancia que hay de Medinaceli a Luzón y de San Esteban a Navapalos.»

Ahora bien; en esta región, de donde sin duda era natural el poeta, o en la cual, a lo menos, moraría por largo tiempo, se había dejado sentir, antes de la época de la composición del Cantar, según demuestra el autor, una fuerte influencia dialectal aragonesa. Hemos dado, por consiguiente, con una base nueva de interpretación y de correcciones para el texto del Cantar. Aquí está lo que se buscaba por tan largo rodeo.

Otro medio o ayuda que ha de intentarse para haber de restituir el Cantar del Cid a su pureza nativa, debe ser el metro del verso en que está compuesto. Opiniones muy diferentes se han emitido sobre este punto, desde la de Sánchez, que pensaba que en el Cantar se imitaban los versos hexámetros y pentámetros latinos, hasta la del Marqués de Pidal y Julio Cornu, que entienden que está escrito en octosílabos. Y ciertamente esta última opinión parecía llamada a atraerse el asentimiento del Sr. M. P. y sus simpatías, habiendo sido él, en un libro anterior a éste, el que demostró la filiación de los romances populares octosilábicos con respecto a las viejas gestas, por tradición oral ininterrumpida en Castilla. El Sr. M. P., en su incorruptible conciencia científica, abandona esta solución, y abandona además con ella un recurso muy socorrido para enmiendas del texto, porque se pronuncia por la irregularidad silábica de los versos del poema. Según él, ni hay modo de reducir a medida los versos del Cantar, ni queda razonablemente el recurso de suponer la copia de Per Abbat tan corrompida que no pueda hacer en la materia fe suficiente. La prueba en que apoya esta opinión suya es lo que hay que ver, fundada en un estudio sistemático, minucioso, estadístico, completo, de todos los versos del Cantar que deben considerarse de medida segura, por no contener vocales en serie, que pudieran dar pie a diferente número de sílabas, según se pronuncien en hiato o

cometiendo sinalefa. Estos versos son 987. El autor cuenta y clasifica primeramente los hemistiquios, atendiendo al número de sus sílabas y a la frecuencia con que se presentan en el Cantar; después cuenta y clasifica los versos, atendiendo a las combinaciones de hemistiquios; da a conocer los hemistiquios de que se trata, comparándolos con los de los poemas de clerecía, para juzgar del ritmo de unos y de otros, y pone ejemplos de las 52 clases de versos a que dan lugar, según el cómputo exacto que hace, las diferentes combinaciones de hemistiquios. Trabajo ímprobo y acabado, que no juzgamos susceptible de mayor perfección. Obra maestra de sistema, de paciencia, de liquidación definitiva de un tema. Y todo, desgraciadamente, para alcanzar una solución negativa con respecto al fin que aquí se persigue, por la razón que ya dimos: porque la irregularidad métrica quita toda pauta para proponer correcciones al texto.

La utilidad que no tiene el estudio del metro, la tiene muy cumplida el del asonante. El asonante, según el Sr. M. P., precedió de largo tiempo, como elemento artístico, en la epopeya castellana, a la regularidad del metro. Ciento cincuenta y dos series de asonantes tiene el Cantar, en las tres partes de él que se conservan. Cada serie consta de muy desigual número de versos; series hay que sólo abarcan tres, y hay serie que comprende ciento noventa. Se nota una evolución de la técnica del poeta en lo que toca a la frecuencia de cambios de asonante. Según adelanta en la composición de su obra, es más parco en mudanzas. La fonética permanece la misma. En esto ve el señor M. P. la unidad de autor del poema confirmada por el asonante.

Puestos de manifiesto por el autor los errores que ocasionaron en el manuscrito varios resabios de que adolecía el copista; rechazados del sistema de versificación del Cantar los versos sueltos, los leoninos y los dísticos que el poeta no puso en él, éntrase a estudiar de propósito cada uno de los asonantes que se observan en la obra, con determinación de los sonidos

concomitantes que comporta. Igual perfección, igual apuramiento de la materia del tema, la misma claridad y rigor, la misma selectísima abundancia de datos que en los párrafos anteriores. Las conclusiones que obtiene equiparan, o poco menos, en cuanto a las leyes generales por que se rigen, al poema del Cid con los romances populares y juglarescos de los siglos xv y xvi. La trascendencia que tienen para la interpretación y corrección del texto es enorme. La fonética, por ejemplo, no cuenta con fiel contraste ni más fino ni más seguro que éste del asonante; y en ella van envueltas las cuestiones más complicadas, entre otras, la cronológica.

Otro recurso—y el último ya—queda al crítico para la depuración del texto del Cantar, y es la comparación de éste con las crónicas que le tomaron por fuente de información. Punto de la competencia especialísima del Sr. M. P. Éste, en trabajos suyos anteriores, había comenzado por poner orden en el caos y confusión de nuestra historiografía de la Edad Media, masa imponente de manuscritos, esfinge impenetrable ante la cual los esfuerzos de muchas generaciones de eruditos habían sido vanos. Debíamos a él especialmente la diferenciación y clasificación de las diversas refundiciones sufridas en el transcurso de los tiempos por la llamada *Crónica general* de D. Alfonso el Sabio. Estas refundiciones eran siete u ocho a lo menos, fruto de la labor historiográfica de dos siglos. En sus líneas generales, todas se derivaban de la obra de D. Alfonso; pero procedían con la mayor libertad y divergencia en la elección de las fuentes de información acerca de cada reinado o período particular. Esto por un lado, y por otro su gran hospitalidad para con las narraciones poéticas populares, les dan hoy un carácter singularísimo entre sus similares de otros países y un valor literario inapreciable. Son un panteón venerando de tradiciones, de leyendas y de poesía, en que se encierra el alma colectiva de Castilla medioeval. Han conservado para nosotros trozos considerables de cantares épicos primitivos, con su metro y sus asonantes, que, a siglos de distancia, nos

han permitido reconstruirlos. Tal hizo el Sr. M. P. en 1896 con un largo fragmento de un cantar de los infantes de Lara, perdido en la prosa de la tercera refundición de la *Crónica general*.

La obra de D. Alfonso el Sabio había dado cabida en sus páginas al Cantar entero del Cid; pero no en la redacción conservada por Per Abbat, sino en una posterior, muy ampliada, con los estigmas bien acusados de la poesía épica decadente. Prueba el autor hasta la evidencia la posterioridad de este texto, y señala exactamente el punto y el verso en que comienzan las diferencias con el de Per Abbat. Anota las más salientes y concluye distinguiendo dos partes en el texto de la crónica: una, la primera, que abarca próximamente toda la relación del destierro del Cid, útil para establecer comparaciones y sugerir enmiendas al manuscrito conocido del poema; y otra que puede ayudar muy poco al filólogo, por ofrecer una redacción corrompida y degenerada de la obra poética.

El autor pasa en revista otras refundiciones de la *General alfonsí*, inspiradas en redacciones aún más degeneradas y decadentes, más alejadas del Cantar primitivo, hasta llegar a la *Crónica de Veinte Reyes*. Esta, posterior no solamente a la *Crónica del Rey Sabio*, sino a la refundición de la misma hecha en 1344 (reinando Alfonso XI), de la cual se apropió algunos elementos, merece especial atención al Sr. M. P. Su autor o autores tomaron por guía el Cantar de Mio Cid, que conocieron en su original redacción en un manuscrito distinto del de Per Abbat, y más antiguo que éste probablemente. Tenían en tanta estima esta fuente histórica, que prescindieron en absoluto, para la materia que se trataba en ella, de la *Crónica* que se habían puesto a refundir. Verdad es que abreviaron la lección del poema, pero le siguieron fielmente en cuanto al sentido e hicieron de él una traslación muy completa. De aquí la utilidad excepcional de este texto. El Sr. M. P. ha hecho de él un uso continuo y muy hábil, así para enmendar pasajes alterados de la copia de Per Abbat, como para colmar sus lagunas.

Fina en extremo, sagacísima y de una perfección casi intachable, aparece la labor del Sr. M. P. en estos que pudiéramos llamar prolegómenos de su asunto principal. Habría ahora que considerar y estudiar con detenimiento su gramática para llegar a apreciar la novedad, la fuerza, la profundidad, la lucidez y penetración incomparables de este trabajo ciclópeo, todo él de primera mano, verdaderamente monumental. Eso no lo permite el carácter de nuestro artículo, ni la naturaleza de la materia. Nos bastará decir, en resúmen, que el conocimiento por el autor demostrado de sus fuentes originales de información es tan extenso, tan exacto, tan penetrante: su método es tan ceñido y escrupuloso; su diligencia para apurar los temas que se propone, aun los más laboriosos y complicados, es tan incansable; su mirada es tan vigilante y sagaz; toda la inmensa materia que maneja aparece tan sutilmente registrada y trabajada, desmenuzada y recompuesta de mil maneras, vista por tantos lados y a tantas luces, dominada en la masa ingente y en el átomo impalpable, que a través de un asunto tan árido de suyo, y no obstante la fatiga a que nos somete la extrema condensación del pensamiento y la evacuación de citas innumerables, le seguimos con interés y con vivo gusto mezclados de maravilla. Aun para el más profano en estos estudios, que prescindamos de la doctrina y del fondo, este libro tendrá siempre el atractivo de ser una demostración prodigiosa de facultades. En la cual no suspende el ánimo tanto la acumulación formidable de materiales y de trabajo, como la sobria ordenación y la realización austera del plan. Porque todas las cuestiones que se deben tratar, se tratan y solas ellas, y cada cual está atendida en proporción a la importancia que tiene, con la prueba y la documentación cumplidas, colmadas, mas nunca redundantes; sin buscar el lucimiento personal estéril; sin eludir las dificultades, antes bien, atacándolas frente a frente y, las más veces, vencéndolas; sin una exaltación y sin un desmayo; con la calma, la sencillez y la valentía que puede dar solamente la fuerza verdadera.

Las ideas fundamentales del Sr. M. P. acerca de la gramática del Poema del Cid, y más en general, de la del romance castellano de los siglos XII y XIII, habían sido ya expuestas por el autor en su *Manual de gramática histórica*, obra clásica en la materia, como dice con justicia el profesor M. Merimée, de Toulouse. En el libro que examinamos, estas ideas se desenvuelven en muchos puntos más ampliamente, se enriquecen de nueva documentación y se precisan. Se añaden importantes capítulos, como es la parte de fonética sintáctica, el alfabeto, la pronunciación, el origen y paleografía de las letras ç y z etcétera, etc. La parte dedicada al vocabulario, que es otro tomo entero, esa es nueva completamente y de no menor empeño que la gramática, ni tampoco de desempeño menos extraordinario.

Respondiendo al grande y amplio criterio filológico que informa toda la obra del Sr. M. P., no se concreta el vocabulario al estudio gramatical y etimológico del léxico del Cantar de Mio Cid. Ciertamente, está atendido primorosamente este aspecto esencial imprescindible; pero el aspecto histórico y el arqueológico, tan importantes como aquél para llegar a un perfecto conocimiento del texto, y menos o nada cultivados por gramáticos «de las clases de tropa» de la filología (de esos que hoy abundan bastante), están cuidados por igual modo.

Cuestión vieja, cuestión debatida y de una importancia de primer orden para la determinación del verdadero carácter de la epopeya castellana, es la de la historicidad de los hechos referidos por el Cantar de Mio Cid. El Sr. M. P. hace notar muy bien, en la primera parte de su trabajo, al tratar de investigar la patria del poeta, que el asunto principal de la obra, el matrimonio de las hijas del Cid con los infantes de Carrión, Diego y Fernando González, no tiene relación con las empresas importantes de Ruy Díaz, aquellas que gozaron de celebridad en toda España y consagraron la gloria del héroe. Por el contrario, tiene aire de ser tradición local de la comarca de San Esteban. De todos modos, es un hecho obscuro, de que las

fuentes históricas conocidas no conservan ninguna huella. ¿Fue de la pura invención del poeta o tuvo algún fundamento en la realidad? El Sr. M. P. ha defendido siempre la veracidad y el realismo de la epopeya castellana. En este caso ha tenido la buena suerte de reforzar su tesis con un nuevo y eficaz argumento.

Véase el comentario a la voz *Carrión*. El Cantar da nombres de Diego y Fernando González a los yernos del Cid. Ambos eran hermanos. Eran hijos de un conde D. Gonzalo, y eran «de natura de los Vanigómez» (Beni-Gómez, hijos de Gómez), linaje de ricos hombres, condes de Saldaña, de Carrión y de Liébana, que gozaban reputación de esforzados y poderosos en Castilla. Casaron con las hijas del Cid siendo muy jóvenes (que eso significaba *infantes*) a raíz de la Conquista de Valencia, esto es, hacia 1095.

Personajes tan oscuros fueron estos *infantes*, que los más diligentes historiadores españoles, registradores incansables de documentos y cartularios, como Yepes, Sandoval, Flórez, Berganza, etc., etc., no habían alcanzado noticia de ellos, y unos los confundían con los hijos de un conde D. Gómez, otros negaban su existencia, los más negaban cuando ménos la posibilidad de su enlace con las hijas del Cid, por razones cronológicas, y alguno que sustentaba su existencia, su casamiento y su filiación, lo hacía sin pruebas, fiando ciegamente en la veracidad del Cantar y de las crónicas. La investigación que ha realizado el Sr. M. P. acerca de este punto, le ha permitido sentar como indudable la existencia de dos hermanos, Diego y Fernando González, mozos como de veinte años hacia 1095, época del casamiento supuesto, hijos de un conde D. Gonzalo, que asisten en la corte de Alfonso VI, y son de la familia de los Vanigómez, coincidiendo en todas estas circunstancias con la narración del juglar del Cid. Son habilísimas, y demuestran un conocimiento asombroso de la dispersa documentación de la época, así como de los usos de aquellos siglos lejanos, toda la reconstitución hecha por el autor de la familia de

los Vanigómez, toda su explicación de los errores de los cronistas antiguos y de los modernos críticos y toda la urdimbre de parentescos que desenreda de los personajes que figuran en el Cantar. Su tesis, de que ya hablamos, llega a adquirir un grado de probabilidad apremiante, porque se demuestra que todos los personajes del Cantar son históricos, empezando por los desconocidos *infantes de Carrión*; que todos pertenecen precisamente a la época en que el juglar los coloca; que tienen entre sí los parentescos y relaciones que él les atribuye. Por tal modo, todo cuanto es comprobable en la narración del Cantar resulta exacto. De donde se infiere a buen título lo que el Sr. M. P. viene defendiendo en sus libros: que la epopeya castellana tiene por base la veracidad más concreta.

De todos los personajes que se nombran en el Cantar nos da razón el vocabulario del Sr. M. P., explicándonos su filiación y sus parentescos, sus hazañas y sus títulos, y cuantos datos arrojan acerca de ellos los documentos más insignificantes y más oscuros; y no sólo de las personas, sino de los objetos algo importantes, como el caballo del Cid, Babieca, sus espadas Colada y Tizón, su escudo y otros así; haciendo el comentario histórico más completo que pudiera desearse al texto del Cantar; comentario que, con ser un extremo de primor y de diligencia, todavía es nada si se le compara con el comentario arqueológico, que pone delante de nuestros ojos, con riqueza y exactitud, que jamás se habían visto juntas ni tales sobre este punto, la Castilla de los siglos XI a XIII, que es el escenario y el fondo sobre que se desarrolla la acción del poema. Allí está cuanto se refiere al derecho público y privado; al estado jurídico de las personas y a sus diversas jerarquías militares, civiles y eclesiásticas; a las solemnidades de las Cortes, juicios y juntas, en que se fallaba judicialmente sobre asuntos de toda clase; a los contratos de matrimonio y de barraganía, de adopción y prohijamiento, de compras, permutas, donaciones y heredamientos sobre bienes y derechos de todo género. Allí están las costumbres y usos de España, lo mismo en lo religioso que

en lo civil, que en lo guerrero, sobre bodas y entierros, regocijos, luchas, desafíos, venganzas, montería y altanería, juegos y cabalgadas. Allí están la organización de las huestes y las diversas maneras de irrumpir en suelo enemigo, robarle y devastarle. Allí se ve lo que era la *algara* y la *zaga*; los recursos para defender el territorio propio y los amparos y protecciones conocidos. Allí se enumeran y se describen cuantas prendas de vestir eran usadas de caballeros y dueñas: la camisa, el *brial*, el *pellizón*, el *manto*, la *cofia*, las *calzas* y las *huesas*; se explica su corte y la materia de que estaban tejidas, los adornos que llevaban, las variaciones que fueron sufriendo, el orden en que se ponían sobre el cuerpo, las ocasiones en que se ostentaban o se encubrían. Asimismo, las armas defensivas de los guerreros: la *loriga*, de cuero, recubierta de placas o de anillos de acero brillante, sencilla o doble, vestida sobre el *belmez*; el *almófar*, que protegía las mejillas y la boca; el *yelmo* con sus *carbonclas*, sujeto al almófar por las *moncluras* y recubierto por el casco; el escudo, de madera forrada de cuero, con sus *brazales*, su *tiracol* y su *bloca*, adornado de incrustaciones de metales preciosos, en dibujos geométricos. Igualmente las monturas y guarniciones de los caballos de batalla y de paseo: la *siella* gineta o bridona, de *arzón exorado*, con petral de cascabeles, con cinchas corredizas, con altos borrenes y con acciones colgantes, de que penden las *estriberas* redondas o triangulares; la *cubertura*, indispensable en fiestas y bodas, sobre la cual se ostentaban la riqueza y los blasones de su dueño. Igualmente, las armas ofensivas, de *fuste* y de *fierro*: la lanza, que solía tener de palo de fresno el ástil—así la del Cid—y en él un pendón, cerca de la punta; el *bohordo*, para derribar tablados; el *venablo*, para los toros y la caza; la *azcona*, la *saeta* y otras muchas; la espada, que los caballeros solían llevar consigo por partida doble, una colgando de la cintura y otra del arzón de la silla, que tenía forma estudiada para hendir las lorigas de los enemigos, y era ancha y acanalada, recia, *dulce* y *taiador*, con la cual se daban los tajos épicos como aquel de

que habla el juglar, que dió el Cid a un alguacil moro: «Cortol por la cintura, el medio echó en el campo»; destinada en la táctica de la época más a cortar que a punzar, y que, aparte de los usos de guerra, tenía su papel en ceremonias familiares y civiles, y su nobleza y simbolismo particulares.

Es de ver de qué modo se han puesto a contribución para este trabajo los monumentos de todas clases, que desde aquella lejana época han llegado a nosotros: tumbos, cartularios, diplomas, miniaturas, fueros, ordenanzas, sellos, restos arquitectónicos, bajorrelieves y objetos de la más variada naturaleza, conservados en museos y en armerías; es de ver con qué atención y con qué agudeza está todo registrado e interpretado, y cómo, en aquellas mismas materias en que eminentes especialistas han preparado la investigación del autor, éste la completa, la ilustra siempre, la precisa o la corrige con copia de datos seguros.

M. Morel Fatio, el más competente de los hispanistas franceses—y no flojamente difícil para el aplauso: esto es aparte—saludó en 1896 la aparición del primer libro del Sr. M. P. con estas palabras que vamos a traducir, las cuales se apresuró a hacer suyas el gran patriarca de la filología románica a la sazón, Gastón Paris, en un largo artículo publicado en *Le Journal des Savants*, por aquellos días, sobre el mismo libro de Menéndez: «El método es el que da valor a la obra, y ése no se ha desmentido en ninguna parte. Todas las de este estudio están igualmente cuidadas. El autor, siempre sobre sí, ha puesto tan escrupulosa atención al enunciado de una idea general, como a la discusión de un punto de bibliografía, como al comentario de una expresión obscura o curiosa, como a la cita de una variante. El estilo asimismo merece grandes elogios; es de una propiedad y de una precisión notables. Y este rigor no implica sequedad. El Sr. Menéndez ha sabido hacer interesante cuanto ha tratado. A veces ha dado pruebas de un gusto literario delicado y de un tacto exquisito. Si es leído y es comprendido, este libro puede provocar en España un verdadero renaci-

miento de los estudios filológicos e históricos. Tengo el mayor gusto en manifestar al autor de esta obra, de alto valor científico y que es un primer ensayo, el testimonio de mi admiración.»

Punto por punto, y aun si cabe con más razón que entonces, porque la obra presente es de más empeño y porque las dotes y cualidades del Sr. M. P. se han afirmado, aguzado y abrillantado con el trabajo y con el transcurso del tiempo, se puede hoy repetir todo esto a propósito del estudio sobre el *Cantar del Cid*.

Traemos adrede estos testimonios de extranjeros—autorizados, si los hay, en Europa sobre la materia que trata, el señor M. P.—para que los lectores desprevenidos no crean nuestras alabanzas—que largamente hemos tenido que derramar en nuestro artículo, obligados de la más estricta justicia—fruto de parcialidad apasionada o de un entusiasmo ligero e irreflexivo, injustificado.

Gastón Paris—ya, pues, que le hemos citado—terminaba su estudio sobre el libro del Sr. M. P. señalando a éste, como empresa digna de sus fuerzas, el ciclo épico del Campeador de Vivar. «Dos grandes composiciones—decía—dominan toda la epopeya española: el *Cantar de los infantes de Salas*, y el *Cantar*, o más bien, los *Cantares del Cid*. De estas dos composiciones, el Sr. M. P. ha estudiado tan bien, y tan bien ha hecho revivir la primera, que ya no habrá que volver sobre ella. Esperamos confiados que ha de consagrar el mismo ardor, el mismo saber y la misma penetración a la reconstrucción de la epopeya del *Cid*, más bella todavía y más importante desde todos los puntos de vista, y que, siendo tan profundamente nacional como la primera, ofrece más considerable interés para el conjunto de la literatura europea. Cuando haya llevado a cabo esta grande obra, habrá merecido bien de la ciencia y de su patria.»

Lo que dejamos dicho prueba cumplidamente que el señor M. P. lleva andado a estas horas más de la mitad del camino

para dar cima a la empresa que le asignaba el gran filólogo francés hace diez y seis años. Esa mitad es la más importante y acaso la más difícil. Otros trabajos de gran empeño ha llevado de frente con ella el Sr. M. P., como han sido, por ejemplo, la edición crítica de la primera redacción de la *Crónica general* de D. Alfonso el Sabio y la *Gramática histórica*. Si se tienen en cuenta ahora la edad del autor, los materiales y experiencia acumulados por él en tantos años y su actividad intelectual poderosa, no es temerario pronosticar que no ya el ciclo del *Cid*, sino todos los otros ciclos de la epopeya medioeval castellana hasta cuando ésta se disgrega y se pulveriza, perdiéndose en la riqueza del Romancero, serán por él estudiados y adquiridos definitivamente para la ciencia. El nombre del Sr. M. P., juntamente con el de Milá y Fontanals, su gran antecesor en estos estudios, a quien se asemeja tanto en el temperamento crítico y a quien sobrepuja indudablemente en la intensidad y perfección de sus trabajos y en el rigor de sus métodos, dominarán gloriosamente este campo importante de nuestra historia literaria. Es de desear solamente que el señor Menéndez Pidal funde escuela y deje entre nosotros abundante semilla de discípulos que prolonguen su labor en el tiempo. Su cátedra de la Central puede ser hoy, en este concepto, una de las mayores esperanzas de la ciencia española.

JOSÉ R. LOMBA Y PEDRAJA

CRUEL DESTINO

NOVELA

XI

Pronto era la Trinidad, la fiesta alegre y soleada de la primavera, en la que se esparce por los caminos arena fina, arena de oro amarillo. Los yacimientos profundos a los que, desde tiempo inmemorial, iban a buscar esta arena las gentes de Zuamenskoie, se encontraban a dos verstas de la población, en medio de setos, álamos, sauces y encinas enanas.

No se estaba todavía más que a mediados de Junio, y ya la hierba subía hasta la cintura de un hombre, y cubría casi el verde vivo y suntuoso de los arbustos que extendían sus hojas anchas y húmedas.

Había también muchas flores aquel año, y las abejas revoloteaban hasta en el foso de paredes deleznable y sin cesar removidas; y por todas partes su zumbido penetrante y continuo se mezclaba con los frescos olores de las plantas aromáticas.

Hacía ya varios días que la Naturaleza y los hombres se recogían en espera de la tempestad; hallábase en todas partes esta espera: en la atmósfera inmóvil y abrasada, en las noches asfixiantes y sin rocío, en la queja del ganado agotado, que tendía el cuello mugiendo; y, a pesar de la opresión de este

calor sofocante, las gentes se sentían a gusto; una especie de inquietud agitada las incitaba al movimiento, a las charlas ruidosas y, en todo momento, a las risas sin motivo.

*
*
*

Dos obreros trabajaban en los yacimientos de arena; el chantre Nikón, por cuenta de la iglesia, y el obrero del mayordomo Semione Mossiaguin.

Iván Porfirich gustaba en estos días de fiesta, de esparcir la arena con profusión en su patio y en la calle, delante de su casa; Semione había recogido ya por la mañana una carretada entera, y, para recoger otra, llenaba con ardor paletadas de arena fina y dorada.

Todo le ponía alegre aquel día: el zumbido de las abejas, los aromas de las plantas, el trabajo fácil; dirigía maliciosas ojeadas al viejo chantre ceñudo, que removía perezosamente la tierra con su rastrillo, y se burlaba de él.

—¡Eh, Nikón Ivanich, hermano! ¿De qué nos sirve a los dos nuestra dorada juventud?

—Bueno, ya veremos más adelante...—replicó el chantre con una vaga amenaza en su voz indolente, y la pipa que morría le dió un golpe en su barbilla, llena de pelos tiesos como cerdas.

—Ten cuidado, vas a dejar caer tu biberón—siguió Semione bromeando.

Nikón no contestó nada, y Semione, sin ofenderse, continuó cavando alegremente.

Desde hacía un mes que trabajaba en casa del mayordomo, se había puesto redondo y reluciente como un cohombro fresco, y este trabajo fácil no absorbía ni sus fuerzas ni su atención; removía la arena con vigorosos y rápidos azadonazos; y la prontitud hábil con que reunía los montoncillos dispersos, hacía pensar en la listeza vivaz de una gallina picoteando.

Pero la zanja de la que habían extraído arena todos los

días anteriores estaba ya agotada, y Semione escupió en ella resueltamente.

—Vaya, aquí ya no hay nada que hacer; pero quizá habrá algo que arañar por allí—dijo andando hacia una anfractuosidad bastante baja, manchada con rayas rojas y verdes, que se abría al pie de la frágil muralla de arena.

El chantre miró el agujero, y pensó en seguida: «Eso va a derrumbarse»; pero no dijo nada. Semione tuvo la misma impresión en forma de una turbación confusa, de una especie de náusea sutil y pasajera, y se detuvo.

—¿Crees que se derrumbará esto?—preguntó volviéndose.

—¿Cómo quieres que lo sepa?—gruñó el chantre refunfuñando.

Había en aquella abertura oscura y oval, semejante a una boca entreabierta, algo péfido y atento, y Semione volvió a vacilar; pero en lo alto, una encina joven se inclinaba sobre la zanja, y su follaje palpitante y finamente cincelado se dibujaba tan atrevidamente en el cielo, y venían de allí bocanadas de aire tan vivo y tan perfumado, que se experimentaba un irresistible deseo de intentar cosas alegres y aventuradas.

Así, pues, Semione se escupió en sus manos y empuñó la azada; pero, al segundo golpe que dió, oyóse un débil crujido, y todo el muro de arena, derrumbándose silenciosamente, se pultó al obrero; la tierna encina, retenida solamente por sus raíces, agitó débilmente sus ramas; un pedazo seco de tierra fué a rodar a los pies de Nikón, pálido de espanto.

*
*
*

A las dos horas se logró desenterrar el cadáver de Semione. Su boca, abierta, de dientes blancos y como igualados con lima, estaba llena de arena hasta los labios; y, por todas partes, aquella arena fina espolvoreaba las cejas blancas, la barba y el pelo rojo, todas las arrugas de la cara y los ojos con un polvillo dorado.

El hijo de Mossiaguín, Sionka, había acudido con gentes que llegaron a caballo; y como nadie quiso tomarle a la grupa, y hubo de trotar por toda la carretera detrás de los jinetes, oíase ahora su respiración entrecortada y anhelosa. Habíase sentado aparte en un montón de tierra, mientras que desenterraban el cadáver de su padre, y sus ojos, inmóviles, no se apartaban de la montaña de arena, que se deshacía lentamente.

El cuerpo del difunto fue transportado a la carreta y tumbado en la arena que había recogido horas antes; le cubrieron con una esterilla, y se emprendió a paso lento el camino de Znamenskoie, a través del bosque.

Detrás de la carreta, los mujicks marchaban silenciosos; iban dispersos por el bosque, y los rayos del sol, penetrando acá y allá a través del follaje, incendiaban sus camisas con un fuego purpúreo.

Cuando el convoy pasó por delante de la casa de Iván Porfirich, el chantre propuso depositar allí el cuerpo.

«Era su obrero; a él le correspondía enterrarle.»

Pero nadie se asomó a las ventanas ni por los alrededores, y el portal estaba cerrado con un enorme candado; durante largo rato los mujicks llamaron a la puerta, dando redoblados aldabonazos con el pesado aldabón de bronce oxidado; después tiraron de la campanilla, y se oía su tintineo sonoro e imperioso resonar por allá dentro. En el patio ladraron los perros, pero nadie se asomó.

Por fin apareció una cocinera vieja; el amo ordenaba que llevasen a Mossiaguín a su casita, y donaba diez rublos para el entierro, aparte de los salarios vencidos; pero, mientras que se explicaba con la gente, Iván Porfirich, escondido detrás de una cortina, lanzaba al cortejo miradas asustadizas y aviesas, y murmuraba al oído de su mujer:—Acuérdate de mis palabras: aunque me diera el pope un millón, no le alargaría la mano. Es un hombre que da miedo.

Y tal vez a estas palabras enigmáticas del mayordomo, o

a su negativa de recibir al difunto, o a cualquiera otra causa, hay que atribuir los rumores siniestros e inquietantes que corrieron por todo el pueblo y chisporrotearon en todas partes como fuego oculto.

Hablábase de Semione, de su muerte inesperada; luego se pensaba involuntariamente en el pope, sin saber por qué, ni lo que se tenía que temer de él.

Cuando el padre Vassili se dirigía a la *panikida* (1), pálido, agitado por no sé qué ensueño, pero, sin embargo, alegre y sonriente, las gentes se apartaban cuidadosamente de su paso, y, durante mucho tiempo después, se negaban a franquear el lugar en donde parecían llamear aún las huellas invisibles de sus pies grandes y pesados.

Evocaban en sus lentas charlas el incendio del presbiterio, la muerte de la popadia, el nacimiento del idiota; a través de las palabras sencillas e ingenuas, sentíanse punzar los agujones acerados del incendio; a veces, una anciana se echaba a llorar sin motivo y se iba de repente; y los otros, después de seguir largo rato con los ojos su espalda sacudida por los sollozos, se separaban en silencio y sin atreverse a mirarse.

Los niños, reflejando la ansiedad de sus padres, se reunían al anochecer en los recintos, detrás de los establos; se contaban espantosas historias de muertos que dilataban de terror sus ojos grandes y negros; y la tranquilizante cólera de la voz bien conocida, en vano les llamaba a casa; no se atrevían a saltar sobre sus pies desnudos y a lanzarse a través de la bruma amenazadora.

Durante los dos días que precedieron al entierro, no cesaron de ir a contemplar al cadáver, que el calor había rápidamente descompuesto...

*
* *

(1) Servicio fúnebre, que se celebra, generalmente, en casa del difunto.

Por la noche, un calor implacable emanaba de la tierra, y ni una gota de agua venía a refrescar los prados medio consumidos; el cielo estaba puro, pero sombrío; las raras estrellas titilaban con brillo empañado, y el chirriar seco y monótono de las cigarras dominaba todos los otros rumores.

Cuando, después de la primera panikida de la tarde, salió el padre Vassili de la casa mortuoria, era ya noche cerrada, y ni una luz brillaba en la calle somnolienta.

Y en la acentuación de la angustia que le oprimía ahora, como a todos los demás habitantes del pueblo, más bien que en oír pasos detrás de él, adivinó de pronto que alguien le seguía; miró enrededor; una sombra alta marchaba detrás, a cierta distancia, regulando evidentemente su paso al lento y mesurado caminar del pope.

El padre Vassili se paró; el misterioso paseante dió todavía involuntariamente unos cuantos pasos, luego se paró él también.

—¿Quién va?—preguntó el pope.

El hombre no contestó; después, de pronto, se volvió bruscamente, se alejó con rapidez y no tardó en perderse en la oscuridad.

A la noche siguiente, se renovó el mismo hecho; el desconocido siguió al pope hasta la verja de su casa, y, tanto en su modo de andar como en su elevada estatura, el pope creyó reconocer al mayordomo.

—¿Es usted, Iván Porfirich?—preguntó.

Pero el hombre permaneció mudo y desapareció. Pero cuando el pope se desnudaba para acostarse, alguien llamó suavemente a la ventana; se asomó el pope, no había nadie...

«¿Qué le pasará para andar de esta manera como un alma en pena?»—pensó, con desagrado y arrodillándose, el padre Vassili.

Pero, en su larga oración de la noche, no tardó en olvidar al mayordomo; rogaba por el muerto, por su mujer, por sus hijos; imploraba para la tierra y para los hombres la infinita

misericordia de Dios; y en soleadas profundidades, el mundo nuevo se dibujaba confusamente... el pope no estaba ya en la tierra.

Ahora bien; mientras que oraba, el idiota se deslizó fuera de la cama, agitando ruidosamente sus piernas, todavía débiles, pero en las que la vida había por fin penetrado.

Desde la primera vez, había empezado a arrastrarse de un lado a otro, y, más de una, le había ocurrido al pope encontrarle en el umbral, como un perro tumbado ante la puerta cerrada de la casa.

Esta vez se dirigía hacia la ventana abierta, y avanzaba lentamente, con esfuerzo, meneando la cabeza con aire cuidadoso; se agarró con sus manos fuertes y tenaces al alfeizar de la ventana, se izó penosamente y dirigió una mirada ávida a la noche..., porque sentía venir algo...

*
* *

El entierro se celebró el lunes de Pentecostés; el día había amanecido sombrío y amenazador; tanto en la Naturaleza como en los hombres, pesaba una turbación confusa; una bruma de calor velaba el cielo desde la mañana, y la hierba se marchitaba y se abarquillaba a la vista, como en la proximidad de un enorme brasero; el cielo opaco había descendido muy cerca de la tierra; su inmensidad, de un azul empañado, surcado de vetas finas y sanguinolentas, aparecía como una bóveda de metal ardiente y sonoro, con cambiantes reflejos de púrpura...

El disco colosal del sol abrasaba la atmósfera, y lo más raro era verle tan brillante, cuando mientras tanto las sombras de los objetos no tenían contornos precisos e inmóviles, como ocurre de ordinario en los días soleados.

Era como si una cortina compacta, y sin embargo invisible, se hubiera corrido ante el sol y hubiese absorbido sus rayos.

*
* *

Mientras que el padre Vassili revestía los ornamentos sacerdotales, Iván Porfirich se acercó al altar.

A través del sudor y de las manchas rojas que el calor había puesto en su cara, el terror había añadido una palidez terrosa, y sus ojos, hinchados por la fiebre, llameaban extrañamente; sus cabellos, peinados de prisa y relucientes de Kwas, se habían secado por partes, y algunos mechones estaban pegados; era evidente que aquel hombre, atormentado por un espanto sobrenatural, no había dormido en varias noches; en su angustia había perdido sus modales untuosos, porque se olvidó de pedir al pope su bendición, y hasta de saludarle.

—¿Qué tiene usted, Ivan Porfirich? ¿Está usted enfermo?— preguntó el padre Vassili, sacándose la larga melena del cuello estrecho de la casulla; su rostro, pálido como la cera, a pesar del calor, tenía una expresión concentrada.

El mayordomo trató de sonreír.

—Verá... nada grave a decir verdad... quería solamente hablarle... padre Vassili.

—Era usted el de ayer noche?

—Era yo, y el de anteanoche también... perdóneme... no tenía la intención...

Respiró profundamente, y, de pronto, dejando su cortesía fingida, exclamó con terror:

—¡Tengo miedo! Yo, que no temía nada en el mundo... ahora, tengo miedo.

—¿De qué tiene usted miedo?—preguntó el pope asombrado.

Ivan Porfirich echó por encima del hombro del sacerdote una mirada inquieta, como si allí se ocultase algo espantable, y mudo, y profirió con voz débil como un suspiro:

—Tengo miedo de la muerte.

Se miraron en silencio los dos hombres.

—¡La muerte!... Está a nuestras puertas... una muerte insensata, que no sabe razonar... que arrebatata al azar. Así, yo, excúseme... ¿Acaso mis gallinas se permiten fallecer sin moti-

vo? Si yo mando que las corten el cuello para el *chi* (1), entonces, que perezcan, está en el orden...; pero, de otro modo, ¿qué es lo que quiere decir esto? ¿Es una manera de proceder? Excúseme, yo no había adivinado desde luego, pero ahora...

—¿Se refiere usted a Semione?

—¿A quién, pues? ¿Y a Sidor y a Erstignici?... Y en cuanto a ti... (el mayordomo divagaba de furor y de espanto, y se hacía grosero), y en cuanto a ti... deja esas prácticas... aquí no hay imbéciles; lárgate y que te vaya bien... ¡Lárgate!

Hizo un enérgico movimiento con la cabeza en dirección de la puerta, y añadió:

—¡Y pronto!

—¿Qué te pasa? ¿pierdes el sentido?

—Todavía está por saber quién de nosotros dos ha perdido el sentido... ¿Por qué viene a rastrear aquí todas las mañanas repitiendo: «Yo rezo, yo rezo?»—vociferó el mayordomo.—No se reza así. Sufre y padece, en vez de gritar: «Yo rezo.» Un impostor, un canalla, eso es lo que eres. Quieres doblegar todo el mundo a tus cosas..., y mientras tanto, tú eres el doblegado... ¿Dónde está Semione, dí, dónde está Semione? ¡El mujick que tú has hecho padecer! ¿Dónde está Semione? ¡Vamos, habla!

Se volvió bruscamente hacia el pope, quien, con acento brusco e imperioso, pronunció estas palabras:

—¡Aléjate del altar, impío!

Con la cara purpúrea de cólera, Ivan Porfirich levantó la cabeza y quedó paralizado, con la boca abierta; unos ojos profundos le miraban, unos ojos negros y sin fondo como el agua de un estanque; una vida poderosa se desprendía de aquellos ojos; una voluntad implacable brotaba de ellos como una espada.

Iván Porfirich sintió como una quemadura; agitó débilmen-

(1) Especie de sopa.

te la mano, y salió precipitadamente, tropezándose en su turbación con el quicio de la puerta.

Y en los escalofríos que le corrían por la espalda, sentía aún los ojos negros y terribles que le seguían a través del muro de piedra.

XII

Entraban en silencio, con pasos menudos y tímidos, y se colocaban al azar; porque, a pesar de su deseo de arrodillarse en el lugar acostumbrado, no convenía en aquel día de duelo y de congoja, preocuparse por sus costumbres y comodidades.

Se arrodillaban, y durante largo rato, no se atrevían a volver la cabeza para mirar en rededor; la apretura era ya tanta, que apenas se respiraba; y, sin embargo, nuevos concurrentes se agolpaban sin cesar en las últimas filas, sin que el sentimiento de estar así, prensados unos contra otros, codo con codo, pudiera calmar su angustia.

Habían llegado gentes de las otras parroquias, de los pueblos más lejanos, atraídos por los rumores; los forasteros eran más atrevidos al principio, y hablaban en voz alta; pero no tardaban en callarse como los otros, con una especie de inquietud irritada al sentirse cogidos poco a poco en las invisibles y angustiosas mallas de aquel silencio.

Por los altos ventanales ojivales, abiertos para dar entrada al aire, asomaba un cielo amenazador de un rojo cobrizo; en la luz ardiente y sofocante derramada por aquel cielo, los antiguos dorados de la iconostasia relucían con brillo triste y marchito.

Detrás de una de las ventanas percibíase el verde inmóvil y seco de un arbolillo; los ojos no podían apartarse de sus anchas hojas, que ya colgaban medio muertas; porque en el silencio de las cosas, en el fuego irónico de todos aquellos reflejos dorados, aquel árbol tenía el aspecto de un amigo, de un antiguo amigo seguro y tranquilizador.

Pero, más fuerte que los olores habituales de la iglesia, más preciso y más penetrante que los aromas del incienso y de la cera, el hedor de la podredumbre se elevaba espantoso y triunfante: el cuerpo se había descompuesto rápidamente con el calor, y no se podía pasar sin repulsión junto al negro féretro, lleno de carne putrefacta; y, sin embargo, al lado del féretro manteníanse inmóviles la viuda y los tres hijos del difunto; pero quizá, aunque percibiesen aquel olor, no querían creerlo, y temerían enterrar un vivo, como les sucede frecuentemente a los que una muerte inesperada acaba de privar de un ser muy próximo, muy querido y muy necesario.

Cuando empezó la misa, sencilla y solemne como de ordinario, y el diácono gordo y perfumado balanceó el incensario sobre las cabezas inclinadas, hubo en la multitud un suspiro de alivio; algunos hombres cuchichearon ruidosamente; otros se movieron libremente y arrastraron por el piso sus pies adormecidos; el diácono, que tosía y jadeaba a cada frase, buscó con la vista entre el gentío a los que charlaban, y los amenazó con un dedo corto y regordete; algunos de los asistentes más cercanos de la puerta, salieron para fumar un cigarrillo... Pero mientras que fumaban y hablaban de sus asuntos, de las siembras, de la inminente sequía, se sobresaltaban de pronto, sobrecogidos por un temor súbito; tal vez iba a ocurrir algo extraordinario; entonces, tirando al punto el cigarrillo a medio fumar, volvían a entrar en la iglesia y se abrían paso a codazos por entre la multitud.

En el corto intervalo que separa la misa del servicio fúnebre, en el momento en que el padre Vassili iba a ponerse la capa de terciopelo negro, el diácono se le acercó, y le dijo con un chasquido de labios:

—Se necesitaría hielo; a la verdad huele demasiado; pero, ¿dónde tomar ese hielo? Me parece que sería conveniente tener una pequeña provisión cerca de la iglesia para estas ocasiones..., digáselo al starosta...

—¿Huele?—preguntó el pope con voz sorda.

—¿Pero es que no lo nota usted? Pues tiene usted narices, sin embargo. Yo me encuentro sencillamente mal. Sin contar que, en verano, aunque se fume, seguirá uno oliendo durante una semana. Vea usted cómo huele mi barba... ¡Dios mío!...

Puso bajo la nariz del pope la punta gris de su barba, suspiró y exclamó con desprecio:

—¡Valiente feligrés!

Empezaba el oficio fúnebre; el viejo chantre se puso a recitar los salmos.

Había asistido a la muerte del que, desde el fondo de su ataúd, asustaba ahora a la multitud; veía aún el trozo de tierra que rodó hasta sus pies y la tierna encina que agitaba débilmente su ramaje cincelado.

Así, en su boca desdentada, las palabras antiguas, gastadas, ya moribundas, tomaban una vida dolorosa y nueva.

—«...En verdad, todos los cuidados humanos, la vida misma, no es más que sueño y vanidad; y en vano se agitan los vivientes de la tierra, porque, como se dice en la Escritura, aun cuando hubiéramos conquistado al mundo, tendríamos que ir a la tumba, en donde todos estarán juntos confundidos, el rey y el mendigo. Y por esto, ¡oh, Cristo!, ¡oh, Señor!, da el reposo a tu esclavo aparecido en este día ante Ti, ¡oh Tú que has amado a los hombres!...»

*
*
*

En la iglesia penetraba ahora una oscuridad azulada; las tinieblas se esparcían sobre el día, y todos las sintieron llegar mucho antes de verlas; pero solamente los que no podían apartar sus miradas de las hojas amigas del árbol vieron un nubarrón formado de jirones, de un gris plomizo, emerger de detrás del árbol, meter en la iglesia uno ojos vacíos, y avanzar lentamente hacia la cruz.

La lectura de los salmos continuaba ahora entre los labios temblones del chantre:

«...¿Dónde están las imaginaciones del mundo y sus pasiones efímeras? ¿En dónde están el oro y la plata, y la multitud de esclavos y los rumores de gloria? Todo esto no es más que polvo y ceniza.»

En este momento, todos observaron la oscuridad creciente, y miraron hacia las ventanas.

Detrás del árbol, cuyas hojas habían palidecido y cuyo estupor medroso no tenía ya nada de amistoso ni de tranquilizador, el cielo estaba completamente negro.

En el altar, el padre Vassili oficiaba con calma, y lo negruzco de sus vestiduras sacerdotales parecía casi luz, dorados sin brillo los rostros terrosos y las ventanas llenas de tinieblas.

Durante unos minutos, había vacilado.

Su paso se había acortado, y con el cuello tendido, había dirigido a los asistentes una mirada asombrada, desconcertada, sin duda, por el aspecto de aquella muchedumbre muda amontonada en la iglesia, en donde acostumbraba él a rezar en la soledad.

Pero pronto se olvidó de la gente, se olvidó de que oficiaba, y avanzaba distraídamente hacia el altar; su alma se había desdoblado; esperaba la palabra, la orden, la inspiración poderosa y decisiva, y nada llegaba...

— ... «Lloro y sollozo cuando considero la muerte, cuando contemplo en el fondo del féretro, informe y hedionda, nuestra belleza creada a imagen de Dios. ¡Oh milagro!, porque esto se realiza a fin de que se cumpla en nosotros el misterio; y es porque, consagrado de antemano a la podredumbre, llevamos en nosotros la muerte, En verdad. Dios lo ha querido así...»

En la oscuridad, que había aumentado, los cirios ardían con una llama clara, proyectando en las caras reflejos rojizos, y a muchos les impresionó el rápido paso del día a la noche, cuando todavía no estaba mediado aquél.

El mismo padre Vassili percibió vagamente las tinieblas;

se creyó en la aurora de un día de invierno, en la misa matinal, en donde, a solas con Dios, la inspiración le daba alas, como al pájaro, como a la flecha, que vuela, infalible, hacia el objetivo.

Y se estremeció como un ciego que no ve todavía, pero que sabe que va a recobrar la vista en el instante mismo; sus miles de pensamientos efervescentes, de deseos no terminados, suspendieron su curso tumultuoso, se paralizaron... Sintióse caer en el abismo sin fondo de una caída vertiginosa—y cuando su corazón, un instante detenido, volvió a salir con golpes sordos y profundos, ya lo sabía él: ¡Era ella!, la exaltación decisiva y suprema, más fuerte que la vida y que la muerte, la que manda a las montañas: «¡Id!» y las seculares montañas, irritadas, empiezan a moverse. ¡Alegría, alegría, alegría!

Abarca con una mirada el féretro, la iglesia, la multitud, y comprende... ¡comprende todo! Tiene la intuición maravillosa y especial de los sueños, la adivinación que hace penetrar en la profundidad de las cosas, y se desvanece sin volver con las primeras luces de la mañana. ¡Es ella! ¡Aquí está! ¡Alegría, alegría, alegría!

Prorrumpe en una risa ronca, entrevé el rostro sorprendido del diácono que alza el dedo para advertirle; entrevé los espinazcos encorvados de los que le han oído reír y se deslizan hacia la puerta, como gusanos... Ve todo esto, y se muerde los labios como un escolar pillado en falta:

—No lo haré más—murmura al diácono; pero un éxtasis insensato brota como una llama de todas las facciones de su rostro, y de pronto solloza, con la faz escondida entre las manos.

—¡Unas gotas!, hay que tomar unas gotas—murmura a su oído el diácono sobresaltado.—¡Ah, Señor, qué contratiempo! Oíga usted, padre Vassili.

El pope le oye, aparta ligeramente las manos de su cara, y lanza al diácono una mirada oblicua y furtiva; el diácono se estremece asustado ante esta mirada...

Se aleja del altar, precipitadamente y de puntillas, tropie-

za con el vientre en la verja de la puerta, la abre a tientas y sale a escape.

—«... Venid y demos el último beso al que ya no existe, ¡oh hermanos míos!, y demos gracias a Dios. Fue pobre desde su nacimiento, y desde su nacimiento destinado a la tumba, en su vida cuidadosa y en su carne de pasiones múltiples. Aquí se encuentra hoy en familia, aquí están también sus amigos. Y he aquí que vamos a separarnos...»

*
*
*

Hay un movimiento en la multitud; una parte de los fieles se desliza furtivamente hacia la puerta, sin cambiar una palabra con los que se quedan; ya se respira mejor en la iglesia entenebrecida; cerca del féretro, algunas personas se reúnen en silencio, hacen la señal de la cruz, se inclinan sobre el muerto y se incorporan con un gesto de dolor; a su vez, la viuda se despide del difunto.

Cree ahora en su muerte, percibe el espantoso hedor, pero sus ojos no dejan brotar las lágrimas, y la queja expira en su garganta; y sus hijos, con la mirada fija, la contemplan en silencio.

En este momento fue cuando se notó que el diácono se abría apresuradamente paso por la multitud y que el padre Vassili, de pie ahora junto a la escalinata, se había vuelto hacia la nave.

Y los que le vieron en este instante, conservaron para toda su vida la trágica imagen grabada en su memoria.

Se apoyaba con ambas manos en la balaustrada, con energía tal, que las yemas de sus dedos habían blanqueado; con el cuello tendido hacia adelante, con todo el busto inclinado sobre la barandilla, se concentraba por entero en la mirada monstruosa que dirigía a la viuda y a sus hijos; había en aquella mirada fulgurante una alegría insolente y audaz, que parecía gozar con el inmenso dolor de aquellos...

—«... ¡Es la hora de la separación, hermanos míos, la hora

de los lloros y de los sollozos!... Así, pues, venid y dad el último beso al que vivió con vosotros, al que va a bajar a la tumba, bajo la tierra y bajo las piedras; al que va hacia las tinieblas, a habitar entre los muertos, lejos de sus parientes, lejos de sus amigos...»

Entonces, cerca del pope, se oyó un lamento:

—¡Detente, insensato! ¿No ves que no hay muerto aquí?...

Y el acto se realizó, el acto solemne y demente que todos esperaban con tanto espanto.

El padre Vassili rechazó tras de sí la puerta de la verja que rechinó sonoramente, pasó por entre la gente con la sombría luz de sus vestiduras negras, y se dirigió hacia el ataúd, que parecía esperarle, negro y mudo. Se detuvo, extendió la mano con imperioso gesto, y con voz precipitada, ordenó al cadáver:

—¡Levántate, te digo!

Repercuten confusos alaridos, gritos de mortal espanto; sobrecogidos del pánico, los asistentes corren atropelladamente hacia la puerta; como un rebaño desordenado, se empujan unos a otros, se amenazan rechinando los dientes, se aplastan con rugidos de rabia, salen lentamente por sacudidas, como el agua se derrama de una botella caída...; no quedan ya más que el chantre que, de estupor, ha dejado caer el libro, y la viuda con sus hijos.

Una sonrisa luminosa ilumina las facciones del padre Vassili, una sonrisa llena de indulgente piedad para el miedo y la incredulidad de las gentes; y, resplandeciente de una fe inmensa, exclama por segunda vez, con solemnidad sencilla y soberana:

—¡Levántate, te digo!

Pero el cadáver permanecía inmóvil, y sus labios apretados conservaban, impasibles, su eterno secreto.

El silencio llenaba ahora la nave; en las losas resonaron unos pasos precipitados; la viuda huía, seguida de sus hijos; el chantre, que trotaba tras ella, volvió la cabeza al llegar a la puerta y se retorció las manos.

E. M.—*Julio 1912.*

«Mejor es así; no podía levantarse en semejante estado, delante de su mujer y de sus hijos»—se dijo el padre Vassili, y por tercera vez, en voz baja y severa ahora, pronuncia:

—Semione, ¡levántate!

Deja suavemente caer la mano y espera; detrás de la ventana unos pasos hacen crugir la arena, y el sonido se oye tan próximo, que parece venir del féretro. El padre Vassili espera. Los pasos se acercan, pasan de la ventana, su rumor se extingue; un largo y doloroso suspiro rompe el silencio... ¿Quién ha suspirado? Se inclina sobre el ataúd, espía en el rostro hinchado y disforme los primeros estremecimientos de la vida, ordena impacientemente a los ojos: «¡Abríos, pues!»; se inclina más, más todavía, con las manos crispadas sobre los bordes cortantes del féretro; roza casi los labios violados, sopla en ellos el cálido aliento de la vida... y he aquí que el cadáver, irritado en su reposo, le sopla en plena cara el hálito frío y hediondo de la muerte.

El pope se calla ahora; y, durante el espacio de un segundo, lo ve, lo comprende todo. Percibe el olor a muerto; nota que el pueblo, asustado, ha huído de la iglesia, que se encuentra a solas con el cadáver... Un recuerdo de otros tiempos; un recuerdo borrado, lejano, cruza por su mente: era en la primavera, una risa que brotó en el campo y se extinguió rápida...; y luego la tormenta de invierno y el sonido de las campanas en la tempestad... y la máscara inmóvil del idiota.

De nuevo todo se borra, sus ojos mortecinos se encienden con un fuego errante y glacial; el sentimiento de su fuerza inunda su cuerpo, sus músculos de acero; y, quedamente, quedamente, como si temiese despertar a alguien, pregunta:

—Señor, ¿vas a engañarme?

Con los ojos bajos, espera una respuesta; después, siempre en voz baja, con una intensa expresión de amenaza, la amenaza poderosa y tranquila de la tempestad, que, ya dueña de toda la Naturaleza, no estalla aún, y juega con soberana gracia a balancear en el aire alguna pluma de ave, murmura:

—Entonces, ¿por qué he creído? ¿Por qué me has dado el amor de los hombres y la piedad, si era para burlarte de mí?... ¿Y por qué yo te he dado mi vida? Yo era tu esclavo encadenado, tu cosa; yo no tenía un pensamiento mío, ni un amor, ni un suspiro; yo no vivía sino por ti, no vivía sino para ti, para ti solo. Vamos, aparece ahora, espero...

Y, con la cara llena de una sumisión digna, espera. En la oscuridad, tres cirios hacen agujeros inmóviles, y la tempestad que se aleja, canta aún a lo lejos.

—¿Entonces, es que no quieres?—sigue preguntando humildemente, en voz baja.

Y de pronto, con los ojos fuera de las órbitas, en un transporte de rabia que da a sus facciones la expresión de la aterradora sinceridad de los locos y de las personas dormidas, estalla en invectivas apasionadas. Y la explosión de los gritos cubre la amenaza del silencio, ahoga los últimos sobresaltos de un alma humana en la agonía...

—¡Lo debes! ¡Devuélvele la vida! ¡Toma la de los otros; pero devuélvele la vida, te lo ruego!

Se vuelve hacia el cadáver silencioso y descompuesto; con ira, con desprecio, le interpela:

—¡Y tú, ruégale, ruégale!

Y, en su delirio sacrílego, añade:

—No necesito tu paraíso. Mira a sus hijos, llaman a su padre... y él le dirá: «Quita de mi frente la corona celestial, porque, allí abajo, cubren de ceniza y de barro la cabeza de mis hijos.» ¡Te lo dirá! ¡Te lo dice!

Después, sacudiendo con furor la masa pesante del féretro:

—Y tú, ¿vas a hablar por fin, carne maldita?

Mira al ataúd con ojos relampagueantes, y se echa hacia atrás, mudo de espanto, con las manos tendidas hacia adelante para defenderse; el cadáver no está en el ataúd; en su lugar... ¡he aquí al idiota! Con sus dedos ganchudos, se agarra a los bordes del féretro... ha levantado a medias su cabeza

monstruosa, y lanza al pope una mirada oblicua con sus ojos parpadeantes; alrededor de su nariz remangada, de su boca de labios apretados, comienza a apuntar una risa muda, y todo su cuerpo horrible, con que la eterna muerte se abraza a la eterna vida, se iza lentamente, fuera del féretro...

—¡Atrás!—exclama el padre Vassili, y, bajo sus cabellos erizados, le parece que su cabeza se ha agrandado enormemente.—¡Atrás!

He aquí de nuevo el cadáver inmóvil... ¡No! ¡Es otra vez el idiota! En una especie de prestidigitación prodigiosa, la masa putrefacta parece desdoblarse y respirar espanto. Loco de cólera, el pope chilla:

—¿Quieres asustarme? Pues entonces...

Pero la frase muere en sus labios. La cara del idiota se ilumina de repente con una luz cegadora y se abre hasta las orejas con una risa prodigiosa; estalla esta risa, repercute por la iglesia como el estrépito del trueno, resuena bajo las bóvedas de granito, hace volar las piedras, envuelve al sacerdote en una especie de rugido continuo.

El padre Vassili abre los ojos cegados y levanta la cabeza: todo se desmorona; lentamente, pesadamente, las paredes se inclinan y se acercan, las bóvedas se derrumban, la alta cúpula se desploma sin ruido, las losas se abren y se agitan, la tierra se estremece hasta en sus cimientos, el mundo se derrumba, todo cae...

Lanza un rugido salvaje y corre hacia la puerta...; no la encuentra y la busca a tientas; se tropieza aquí y allá con las paredes, en los ángulos cortantes del granito...; una puerta se abre bruscamente ante un desesperado impulso; rueda por las losas, se levanta alegre y corre; unas manos temblonas y tenaces le agarran al paso y le sujetan; forcejea con gritos desgarradores, desprende uno de sus brazos, golpea con puño duro y pesado como hierro la faz del chantre que intenta detenerle, le aparta a patadas y salta fuera de la iglesia...

*
* *

El cielo está inundado de fuego. Grandes nubes negras, desgarradas, vuelan por los aires, y su inmensidad sin límites cae sobre la tierra quebrantada...; ¡el mundo se derrumba! Una carcajada de trueno, crujidos formidables, gritos de alegría salvaje brotan sin interrupción de este caos de fuego. Por el Occidente, una franja de cielo azulea aún en el horizonte, y hacia ella corre, sin aliento, el padre Vassili...

Sus piernas se enredan en su larga sotana; tropieza, rueda por el suelo, se levanta ensangrentado y terrible, reanuda su carrera.

La calle está desierta como si fuera de noche; no hay nadie en las ventanas, en las casas...

«¡Todo el mundo ha muerto!»

Como un relámpago cruza este pensamiento por el cerebro del loco; sobre él, un nubarrón, negro como hollín, proyecta al frente tres brazos largos semejantes a garras; detrás, un rumor confuso y amenazador le persigue...

Muy lejos, delante de él, en la carretera, un mujick y unas mujeres, en una telega, vuelven de Znamenskoie; ven a un hombre negro y alto que corre hacia ellas con todas sus piernas; paran un instante; luego, al reconocer al pope, hostigan al caballo, que emprende el galope. La telega salta en cada bache, está a punto de volcar; pero los campesinos, mudos e inclinados hacia adelante, acosados por el terror, no cesan de hostigar al caballo desesperadamente, y se pierden al galope.

*
* *

El padre Vassili cayó a tres verstas del pueblo, en mitad de la carretera. Cayó de bruces, y su rostro huesudo se imprimió en el polvo gris del camino, amasado por las ruedas de los carros, triturado por las pisadas de los hombres y de los animales...

El cuerpo había conservado, en su posición, el impulso desesperado de la última carrera; las manos blancas e inertes, ex-

tendidas hacia adelante; una de las piernas, doblada bajo el cuerpo; la otra, con el pie calzado por una bota destrozada, echada hacia atrás, recta y rígida por el esfuerzo.

Hasta en el eterno reposo de la muerte, el padre Vassili parecía correr aún.

LEÓNIDAS ANDREIEF

FIN

LA LITERATURA DEL DÍA

Todo, en la vida, se sucede. La literatura, en el instante actual, ha abandonado sus añosos moldes, deseosa de encontrar, en su ascendente camino, sendas que no la lleven solamente a estudiar las cosas, como hacían nuestros abuelos, sino también el contenido ideal de las cosas, es decir, que ansía saltar de la realidad primera y visible a una realidad superior, en el supuesto de que una realidad superior sea esa de establecer relaciones entre el hecho real, real ostensiblemente, y la serie de causas y concausas que lo han determinado. Claro es que la nueva modalidad literaria, que ahora con fuerza parece querer entronizarse, entrañará un radical cambio, porque ha de ir, directamente, a extraer la esencia de cuanto puebla el mundo, dejando a un lado lo que en él sólo es representación. Entre los escritores de los días en que promediaba la última centuria, y aun también entre los que con sus esclarecidos nombres ilustraron la historia de sus postreros años, se creía, en absoluto, innecesario llevar a la literatura aquello que no estuviera tan al alcance de los humanos sentidos, como la apariencia de los seres y la superficie de las cosas. Esta idea, a poco que se quiera analizar, se descubrirá que no puede ser errónea. Cier- to que a ningún intelectual se le ocultan las grandes dificultades que ha menester vencer para traspasar con éxito los límites de lo que está ya señalado por la vista y el tacto que son, dicho sea de pasada, nuestros medios naturales de infor-

mación sensorial. Ya en época lejana, en aquella época en que la luz esplendorosa de la cultura griega iluminó al mundo, se desconfiaba de que el sér humano pudiera admirarse de lo que, por estar dentro de la apariencia de los individuos y de la superficie de los objetos, se sustrae a la curiosidad. Data de ciertos pensadores latinos—pues en sus obras es en donde claramente se encuentra formulada la idea—el recusar a nuestros sentidos como intérpretes de la realidad, de esa verdadera realidad, inaprehensible, que se escapa a nuestras manos y se oculta a nuestras miradas. Como por lo preinserto se colegirá el considerar que sólo existe en el mundo lo que en él está representado, es un completo absurdo que, de vez en vez, se va destruyendo. En el suceder de los años, y de lenta manera, por desgracia, los hombres se van dando cuenta de que cuanto sobre la tierra hay tiene, aparte lo externo, un fondo, que en lo animado es movible y en lo inanimado es recóndito, que siempre ha de distar de nosotros lo mismo que nuestra limitación dista de lo infinito. Decir lo contrario equivaldría a un vano prurito de querer prolongar la mentira en la que nos han educado, hoy tan intensa que forma ambiente. La línea, la figura que forma la línea, no tiene por sí, en el instante actual, valor alguno, pues lo valorizable no es el continente de esa línea ni de la figura que forma esa línea, sino el contenido. Esto a nadie se le ha de ocultar. Además, ostensiblemente verá todo aquel que viva atento al movimiento ascensional que en este dado momento se observa en las ciencias y en las artes—sabido es ya que las artes han renovado su savia, merced al enorme caudal de conocimientos de que les ha hecho gracia las ciencias,—que unas y otras a compás, aunque en las segundas éntre la ayuda de las primeras, sólo desean hacerse dueñas, sondando en lo humano, de lo que está más allá de lo humano, es decir, de lo que se encuentra fuera de los límites demarcados por nuestros sentidos que debe declararse, haciendo con ello honor a la verdad, han sido los únicos que hasta ahora nos donaron una ilusión de lo real, claro está que, más o

menos acertada, según eran o no adecuadas las condiciones en que se hallaban a los intentos experimentales.

Durante toda la última centuria, la literatura, aquí en España, se desentendió, casi en absoluto, de cuanto no fuera convertir en letra de molde aquello que sólo era la parte objetiva. El deseo—nadie, a buen seguro, lo ha de negar—no podía ser más pueril. A cualquiera que le sea dable manejar el caudal de cultura necesario, que no ha de ser más que el natural y corriente entre gentes que habitan en un saneado clima social, para que lo que nace de su cerebro adquiriera una forma escrita no se le ocurre más, si esa su cultura no la ha vinculado en la asidua lectura de especiales libros, y luego no ha tratado de nutrirla con elevados estudios, que describir, en un estilo, que hasta puede tener rasgos, perfiles, de aportación personal, lo que vieran sus ojos en un instante de serenidad o, al contrario, al calor de una emoción. Esta idea, que no es menester hacer notar que define completamente la estructura íntima del que la profesa como un sér indotado de las cualidades que son necesarias para el análisis y, por lo tanto, de una gran superficialidad, era la idea que predominaba, la idea ambiente hasta los años en que, mediante los esfuerzos, que representaban un decisivo adelanto, llevados a cabo por los hombres de ciencia, trascendió ese decisivo adelanto al arte de las letras. Antes, los libros de literatura eran libros exclusivamente imaginativos, fantásticos, y cuando en la composición de ellos entraba, por una rara casualidad o por su autor, dentro de la época, un rebelde, un atisbo de observación o un adarme de examen del medio que trataban de pintar, bastaba y hasta, a veces, sobraba para llenar, debido a esa manera de hacer pomposa, florida, amplificadora, ya en desuso, trescientas o cuatrocientas páginas de prosa sin medula y, en muchos períodos, sin retórica. Parece ser, por lo que de las obras del pasado se induce, que en aquellos días de feliz recordación, pues en el recuerdo de sus rígidas, de sus inflexibles características, encuentra siempre apoyo nuestra enfermiza ductilidad de ahora, vivíase más en

observancia de lo que era producto de la mente que de lo que era nacido merced a detenidos estudios o a largas experimentaciones. Pero aunque es cierto que esta literatura se llegó a entronizar, su reinado fue bien efímero.

En modo alguno podía ser de otra manera, no asentándose sobre la recia armazón de las enseñanzas que proporcionan los conocimientos. Aun así, actuó bastante más, desde luego, de lo preciso, en la conformación de una modalidad literaria, exenta en su entraña de doctrina que la disciplinara, reduciéndola a seguir un lógico curso. El tronco de dicha modalidad literaria vino pronto a tierra, a causa de no tener suficientes raíces para aprehender en ella; pero alguna de sus ramas, ya sin fuerza, sin savia vital por supuesto, ha llevado hasta nuestros días, y en nuestros días han dado frutos que se podrían considerar, por la falta de reciedumbre que en ellos se observa, como de estufa. A nadie, pues, se le oculta que es más fácil que los vientos desoladores que se desencadenan a la implantación de una nueva escuela, se lleven aquello que sólo vivió en la imaginación, y respeten, en cambio, cuanto trasladóse a las cuartillas, poniendo, al hacerlo, los datos vistos, observados en fin, estudiados pacientemente, pertinazmente. Es de todo punto imposible negar lo que antecede. Para robustecerlo, en caso de duda, existen muchos ejemplos que, a poco que se recuerde, a la memoria vienen. Los creo, sin embargo, innecesarios. Todos a una han de estar acordes en considerar la literatura simplemente imaginativa, como una literatura que, tras algunos años de exultante existir, decayó a causa de su escasa vitalidad. A un número, por fortuna no crecido, de nuestros pseudo-escritores, ha de parecerles, aunque otra cosa digan, porque así les interese, gratuita esta afirmación. Los que tal piensen, debieran pararse a meditar, aunque sólo fuera un minuto, que sólo viven, y vivirán eternamente, aquellas obras que, por recoger la palpitación de un dado momento, se hacen sintomáticas, descriptivas, es decir, representativas de ese dado momento. Tal acontece con cuantas, sin excepción,

han llegado, a través de los años y aun de los siglos, hasta los días actuales. En cambio, ni una sola de esas obras fantásticas, cuyos asuntos fueron vistos o entrevistos en una hora de vesania, se ha hecho perdurable. Causa de ello ha sido si se ha de rendir culto a la verdad, el no haberlas vinculado, no ya en las enseñanzas proporcionadas por los hechos, sino siquiera en la más burda y grosera apariencia de los hechos. Al llegar a este punto, conviene decir que muchos, la mayoría de los intelectuales españoles, toman por producciones fantásticas las que están apoyadas en una realidad que no conocen, en una realidad, por lo tanto, inaprehensible, puesto que todos los esfuerzos realizados para explorarla, de un modo que luego esas exploraciones adquirieran virtualidad, resultan, casi siempre, frustrados.

De que esta literatura—que me abstengo en absoluto de calificar en ningún sentido—fuese, de vez en vez, desapareciendo, tuvo la culpa exclusivamente la intrusión violenta de la filosofía en el arte de las letras. La renovación por ella llevada a cabo ha sido honda, hondísima. Es difícil de manera justa determinarla. Debe, pues, bastar saber que al mágico conjuro de sus enseñanzas, que eran, dada la época, de un gran adelanto, nació una nueva modalidad literaria cuya entraña la caldeaba muy intensamente una cierta nerviosa inquietud, que, más que a nada, era debida a la desorientación por que atravesó en sus duros comienzos. Examinar las causas de ella es casi innecesario, puesto que son las mismas, con ligeras diferencias y alteraciones, que a la implantación de cualquiera otra escuela reformadora, de una índole similar, suelen presentarse, produciendo idéntico efecto. Baste, pues, dejar indicado que de donde arrancó el nuevo movimiento que a la literatura trajo la luminosa luz de la verdad, basada en la observación, haciendo a la par que entrasen en ella procedimientos a los cuales informaba esa ansia, desde aquel entonces muy desarrollada, de no divorciarla en lo más mínimo de las cosas visibles—vivas, claro está, no tanto con la carne como con el espíritu—

fue del positivismo. El esfuerzo filosófico que, dado el tiempo de marasmo que en dicha materia observábase, representaba esta doctrina sobre la cual, en cuanto se enunció, se desencadenaron amenazadores los vientos nacidos de todo aquello que le era, no sólo en lo externo contrario, sino en lo interno diametralmente opuesto, había de trascender, como con gran intensidad trascendió, a las letras. Tan poderoso fue su influjo, que, en breve espacio de tiempo, operóse en ellas rotundo cambio. Ya la literatura jamás fue sólo la narración con más o menos faramalla, de vieja y falsa retórica de lo que a la mente se le ocurriera en un instante de desarreglo funcional, sino que—al contrario de lo que había hecho antes, que sólo estuvo atenta a satisfacer lo que era del reino de la fantasía—estudió detenidamente la vida y los diversos aspectos que ofrece la vida, como a ello le obligaba la nueva y recia savia que la nutría. Claro es que a esto siguió el que las hojas que cubrían el tronco, es decir, el que las palabras que expresaban los pensamientos, fuesen perdiendo aquel su anterior énfasis, precisas, limpias. De aquí nació en parte el estilo actual, que va casi a compás de las necesidades de este complejo existir de ahora, pues así como la vida activa, activísima, de los años por que atravesamos, no permite en modo alguno que el escritor se pase a estudiar aquello lleno de belleza que, a veces, rodea las cosas, sino que tiene que estudiar la medula de las cosas, en el estilo que esta medula de las cosas se ha de describir, no es permitida, tampoco, esa amplificación, esa pompa inútil de la prosa de nuestros abuelos, que ya, por fortuna, es sólo patrimonio del olvido, y que, aunque de modo directo, a nadie ni a nada dañaba, era, por lo menos, atentatoria al buen gusto.

Conviene tener muy presente, porque ello es así necesario, que en España, cuando apareció la ya mencionada escuela filosófica, que fue, como dicho queda, el germen de nuestro naturalismo en las artes, teníamos una tradición antigua de realismo en la novela picaresca, en esa maravillosa novela picaresca, que a través de los años, aún más claramente se ve todo su

enorme valor, toda su asombrosa grandeza, pues su recuerdo, en vez de empequeñecerse ante la montaña de días, de meses y de años que frente a ella se alza, vive, y vivirá eterna, entre nosotros, siendo además, no sólo la que de manera más exacta nos ha dado a conocer aquel medio, y lo que era característico de aquel medio, sino que el estudio de algunas de las obras que formaban el ciclo de lo que bien pudiérase llamar escuela realista, ha servido a no pocos escritores de los momentos actuales para proseguir, claro está que vinculándola en la realidad de ahora, la labor llevada a cabo por nuestros divinos clásicos en aquella parte que tenía por objeto mostrar lo empecinado de nuestras costumbres y la abyección en que, generalmente, suelen caer los humanos, cuando los actos que en este tránsito de la vida realizan no responden más que al choque de las pasiones o a la violencia de los sentimientos, que son, como con facilidad se descubrirá, elocuentes muestras de lo despiertos que están los instintos. Pero la escuela realista carecía de algo muy importante que hoy es uno de los elementos que más nutren la literatura. Me refiero, como ya se habrá podido comprender, a la intrusión de los elementos sociales que son nacidos de la complejidad de este tumultuoso existir actual... En los años de los siglos ya muertos determinados conflictos, que agitan a los pueblos y preocupan a los gobernantes, no existían. La vida, parece innecesario decirlo, tenía una trama más burda, más sencilla, más pristina. Ello era natural. La lucha que había que librar no tenía, como hoy, esa apariencia horrible de descomunal batalla. ¿Era que los sentimientos a nadie se mostraban? ¿Era que las pasiones no se desencadenaban nunca? Los sentimientos eran conocidos, y las pasiones, a lo mejor, conmovían lo más inmóvil. Pero en todos, en todos por igual, y sintiéndolo de idéntica manera, había un respeto que, al contrario de lo que tratan de hacer ver ciertos historiadores de pacotilla a quienes, se conoce, interesa más servir sus ideas políticas que rendir culto a la verdad, no tenía ni asomo de mezcla de miedo. A sus directores los venera-

ban porque en ellos, además de ver a los hombres que, poco a poco, los iban redimiendo de los opresores yugos que debilitaban sus iniciativas y hacían morir sus entusiasmos, veían, también, a los hombres capaces, por sus robustas mentalidades y por sus viriles arrestos, de conducirlos a la victoria que los inmortalizaría... Débese confesar con tristeza, no exenta de dolor, que todo esto pasó para nunca más volver. En el día, de ello, no queda más que el recuerdo esfumado, confuso, dispuesto a hundirse en el olvido, que es la muerte. La masa, antes inflamada de un divino romanticismo que ocultaba sus enormes defectos, no tiene hoy otra aspiración que la de ir cercenando, en lo posible, lo constituído, porque así cree que le es útil al ruin ideal que ahora llena su cerebro, y a esta aspiración, claro es, se la ha combatido y se le ha opuesto, de hecho más que de derecho, un férreo valladar. De la lucha que se entabló, que fue ruda, nació el problema social, que si al comienzo parecía cosa nimia, sin valor, luego, con los años, fue adquiriendo importancia, hasta que de imperiosa manera reclamó se le prestase la atención debida. Y ese problema, esa pavorosa cuestión social, que es la más seria amenaza que se cierne sobre la vida de los pueblos, pues los que la han presentado sólo anhelan destruir lo hecho, la labor llevada a cabo por millones de seres en millones de años, dió existencia, no sólo a una nueva legislación, sino a una nueva modalidad literaria. Por descontado, la literatura realista de nuestro siglo de oro carecía de ese elemento que ahora en estos tiempos ha entrado por primera vez en las esferas del arte,—elemento que el arte lo estudia, lo analiza con rara minuciosidad,—a base siempre de conflictos que vincula en la vida o, al menos, en una hipótesis lógica de lo que puede ser la vida, pues lo cree, en esta época que corremos, de un decisivo interés, de una vital importancia. Las numerosas necesidades de este multiforme existir moderno ha llevado a la humanidad por tortuosas sendas, por difíciles caminos, que sólo han servido para que ciertos males que siempre ha pade-

cido se agraven, se agudicen, de un modo tan extremo, que se ha dado lugar a que se entable esa lucha, esa ruda lucha que, como he dicho antes, a veces tiene apariencias horribles de descomunal batalla. En los años en que el realismo, en la literatura, nació y vivió, no había—y en caso de haberlo, no se tenía para nada en cuenta,—ese desapoderado afán de medirlo todo por igual rasero, que en la actualidad es una de las ideas ambientes. La desesperante democratización de lo existente, que de vez en vez fué sumiendo en la nada muchas cosas altas y bellas, ha servido para que, ya que la apariencia de los seres y la superficie de las cosas es siempre la misma, y que si algo varía no es el color del medio, sino la condición interna de los que se afanan, en ese medio, por el pan y por el amor, se trate de desentrañar, buscando un hábil modo de que nada se sustraiga a la curiosidad, lo que está más allá de la realidad primera y visible, que es la única que le es dado conocer ostensiblemente a nuestros sentidos cuando no están preanimados del ansia de minuciosa observación. De esta manera es como se ha llegado a encontrar radicales diferencias en lo que a la mirada parece acusarse, acuñado por un mismo troquel, porque aunque los efectos sean idénticos entre sí, las causas que estos efectos determinaron son diametralmente opuestas unas de otras. Esto, pues, es lo que ha llevado, junto con el deseo de descubrir para la literatura más luminosos senderos, a algunos escritores a estudiar con detenimiento, no sólo los cuerpos, sino cuanto aún no ha alcanzado un estado sólido, a causa de no haber formado un agregado de fuerzas, que no otra cosa, sino reunión de fuerzas con espíritu propio, son los cuerpos.

Además, conviene hacer el examen de otro elemento, que si su entrada en la literatura de nuestros días data de época relativamente reciente, el origen de su estirpe remóntase a la fecha remota, remotísima, del alborear del mundo. Me refiero, como se habrá podido comprender, a ese sér misterioso que no es posible concretarlo con limo humano, aunque hay instantes que, por el vigor de sus líneas y de sus contornos, parece ma-

terializarse, que va, en secreto, tejiendo la vida de los mortales y, hasta a veces, impone silenciosamente el desenlace que esas vidas han de tener sobre la tierra. Llámánle el destino. El es, aún nadie sabe por qué, acaso, el que con frecuencia asume las peligrosas funciones de guía de los hombres. ¿Hacia dónde los conduce? Declararlo, sin caer en error, no es nada fácil. Creo ocioso decir que el destino, que no es más que una de las múltiples variedades del misterio que concluyó con nuestro nacimiento y que volverá a empezar con nuestra muerte, no nos es extraño. ¿Cómo nos lo ha de ser? La causa de ello es que lo llevamos sobre nosotros, pues nosotros mismos nos lo hemos creado... La literatura moderna, que sabe que el destino no es más que la fatal resultante de nuestras acciones, estudia, de minucioso modo, no sólo la interminable serie de causas y concausas que pudieran determinarlas, sino también aquellos principios que se enseñorearon de nuestras almas y fueron, de ellas, árbitro. Ese destino que en la vida camina a compás de nosotros, animándonos unas veces, y otras haciendo que las energías decaigan por la desilusión, en la literatura—en la novela o en la comedia,—es un personaje inmaterial, cuya influencia es notoria, pues a su modo va conformando el carácter de los seres que en el desarrollo de la acción—de esa novela o de esa comedia—han de intervenir. En la tragedia griega, el personaje inmaterial que regía la vida de los mortales que en ella se movían e imponía en silencio el desenlace, era la fatalidad. Ella, en consecuencia, era quien torcía el curso de las pasiones, quien amansaba los orgullos, quien, en fin, rompía los cálculos de todos aquellos seres y variaba la trayectoria de todas aquellas existencias. La doctrina cristiana demolió el altar de la fe ante el cual deponian su orgullo los griegos de ya remota edad. El fatalismo de los antiguos le cedió el lugar al providencialismo de los modernos. Pero el misterio, llámesele como se le llame, siguió reinando e invadiendo de penumbras la tierra... Lo que tiene es que antes se le respetaba, porque aun los espíritus más

fuertes, creyéndolo sobrenatural, se estremecían de terror a su contacto, y hoy, que sabemos que nada nos puede ser extraño, a causa de emanar todo de una realidad, que aunque no la conozcamos, por no ser visible a nuestros oscuros sentidos, existe, se le estudia. Esta es la diferencia, la honda diferencia que separa la literatura de los días en que vivían nuestros antecesores de la literatura de los días en que nosotros vivimos. Del estudio indicado ha nacido un elemento que, como el social, ha entrado en el arte de las letras, y no es menester decir que, debido a lo que lo ha nutrido, le ha dado más vigor, mayor energía. En el momento actual, los escritores viven atentos a cuanto sea un adelanto, en el sentido mencionado, para imprimir a sus obras, a todas sus producciones, marcha, no sólo de acuerdo con el movimiento estético, sino también con el movimiento ideológico. Esta poca fijeza a que obliga el querer seguir lo que la vida acaba de formular, da a la literatura esa característica de inquietud que a cada paso más claramente se define, pues con enorme rapidez se suceden las causas que el efecto determinan.

De modo somero he señalado dos de los más recios elementos, que aunque se fueron formando paulatinamente de ideas latentes y de sensaciones nebulosas, su intrusión en el arte, sobre todo en la literatura, realizóse con rara violencia. Ello sólo fue causa de que la estética, más que otra ninguna cosa, cambiase, en un número cortísimo de años, de la manera radical que ha cambiado... El credo de belleza actual, en sus rasgos fundamentales, como en sus definiciones accesorias, es, en absoluto, distinto del existente antes de haber unificado, hecho bloque lo que se hallaba disperso, inconexo. Lo predicho no necesita demostración. Me debe de bastar el recordar, por si alguien lo pone en duda, que parte de lo mucho que en el día se escribe va a servir a ese elemento—desconocido hasta hace poco,—vasto y mudable, de la opinión pública. Y para servirla, identificándose con cuanto la compone, no hay más que dar fórmula a lo que hace traducir en palabras lo que pien-

sa, es decir, establecer la realidad, la fría, la abstracta realidad. Además, conviene dejar anotado, aunque sólo sea muy de pasada, el germen que en casi toda la obra moderna se descubre, germen que es de protesta por no haber sabido sondear y luego describir, no ya las condiciones etopéyicas de los seres, sino algo, sin dificultad, como el lugar, el medio en que los seres desenvolvían sus vidas, que al igual de las de estos tiempos, tendrían su parte delicada y espiritual que, como pasa hoy, se mezclaría con lo grosero y lo bárbaro. Pero nada de ellas sabemos. El escritor de entonces desdeñó con un gesto de suficiencia, que en vano cubría otro interno de repugnancia, buscar los materiales de sus obras en aquello que no fuese el contenido divino de la humanidad, en el que a veces se mostraba, pese a todo el artificio, a toda la falsedad ambiente, la sentina de los instintos escondida, escondidísima... En el movimiento estético contemporáneo hay dos maneras, que aunque en lo interno las une un nexo, una cierta secreta trabazón, en lo externo difieren, son, una de otra, diametralmente opuestas. Me refiero a las dos maneras que el escritor tiene de aprehender la realidad. Creo, sin embargo, que una, la observación paciente, pertinaz, va, de vez en vez, haciendo que desaparezca la otra, la de juzgar sólo por impresión. A la primera, por ser la que hoy entraña la literatura, se le rinde fervoroso culto; en cambio, de la segunda no se hace en ningún momento mucho caso. ¿A qué es debido? Absuélveme de decirlo el creer que está en el conocimiento de todos.

He de volver sobre algo anotado con anterioridad. Es ello una de las características que en la literatura de estos tiempos se observa, y cuyas líneas se acusan más claramente que en otros parecidos momentos. Hablo, como se habrá podido descubrir, de la emancipación que ha llevado a cabo el arte de las letras en aquello que se refiere, casi exclusivamente, a la tendencia que en los años muertos había de reducir el campo, estrechar la esfera en que el escritor moviase. La literatura, ¿no es el fiel reflejo de la vida? Eso debía de ser. La desgra-

cia—lo diré con vocablos menos galantes,—el anquilosamiento mental de los que gobernaban al pueblo y, por ende, regían la vida en los días a que me refiero, atrofiaron, con sus leyes de excepción y con sus censuras bárbaras, atrofiaron, repito, las mejor conformadas inteligencias, cercenando de raíz a la par, las más felices iniciativas y los más bellos entusiasmos... La literatura moderna trinoó contra todo esto. El movimiento romántico, que fue vigoroso, enardecedor, dió la alarma. A su eco derrumbáronse los cercos que la reducían, que la ahogaban. Luego vino, ya de manera resuelta, con líneas bien claras, bien definidas, la renovación, la renovación en todo, en el fondo ideológico y en el credo estético. De esta renovación arranca el querer dar sensaciones de verdadera realidad, de esa realidad que no es posible llevar a la letra de molde, si no se ha entrado en comunión directa con ella. Para lograr eso, en forma perfecta, el escritor—del verdadero escritor hablo—ha de convertirse en peregrino. En sus andanzas, para conseguir el objeto perseguido, ha de acompañarle un mucho de curiosidad y un poco de ilusión. Y de esta manera, para lo que no le sirva la una le servirá la otra... De acuerdo, pues, cuantos escritores de las nuevas generaciones se supieran emancipar, merced a su inteligencia y a su cultura, de las tiranías literarias, es decir, de las reglas inflexibles de la preceptiva clásica, impuestas por mentalidades mediocres y caducas, marcharon dispuestos a que, mediante su poderoso influjo, se viniese a tierra el valladar de lo estatuido y, firmes en su propósito, a luchar, si alguien a sus designios se oponía, con todos aquellos que pretendiesen, aunque aportasen para llevar al término ansiado sus más sanas fuerzas y sus más viriles energías, amparar lo inamparable, sostener lo insostenible. Y excusado es señalar que esa lucha, a veces, llegó a adquirir caracteres de truculento combate. Al fin, y tras no pocos momentos en que ya creyeron haber fracasado en su empresa, triunfaron. Conseguida la victoria, que significaba, antes que ninguna otra cosa, la emancipación de la personalidad del ar-

tista, cuantas dificultades parecieren insuperables con gran facilidad, en el camino de vencedores, las allanaron. El reducido círculo de escritores apegados a lo viejo, porque en lo viejo, y no sin falta de razón, creen encontrar suficiente medula con que nutrir sus obras, fue de ellos. Ellos también, con exiguo esfuerzo, conquistaron ese elemento vasto y mudable de la opinión pública... Las nuevas generaciones literarias—las que sucedieron a aquéllas anquilosadas en una edad de restricciones,—con transigencia de algunos y con beneplácito de muchos, fueron imponiendo su fondo ideológico y su credo estético en toda su ilimitada amplitud. A su color, y con regularidad lógica, fueron naciendo distintos modos de los que hasta entonces eran conocidos de apreciar la vida, de juzgar los actos que acaecen en la vida. Todo, por consiguiente, se transformó. El escritor—no es, esta que voy a hacer, una afirmación gratuita—cuidóse exclusivamente de transmitir con honrada objetividad cuanto vieran sus ojos. Así transcurrió un no corto espacio de tiempo. Pasado que fue éste, se empezó, y yo creo que con sobrada razón, a recusar a los sentidos como fieles intérpretes de la realidad. Era, se hacía necesario, a causa de interminable serie de eslabonados motivos, más, mucho más. ¿Cómo darle alcance a lo que se nos escapaba? De que algo existente vivía, y, aunque en menos parte, aún vive oculto a las miradas humanas, es cosa olvidada de harto conocida, porque no es de ahora el saber que son bastante incompletos nuestros medios naturales de información sensorial. Entre lo que muestran y lo que es, diré mejor o, por lo menos, más exactamente, entre lo que ha quedado impuesto, con relativa permanencia, en la atención y la verdad, media una honda, una radical diferencia. El recuerdo del objeto difiere siempre, siempre, del objeto que provocó el recuerdo. Y esto es debido a que mucho de lo que compone el objeto, el espíritu del objeto, se sustrae a nuestra curiosidad. Por eso, y en atención a lo expuesto, no es conveniente decir que las cosas no son como son, sino como se recuerdan; ni que el artista puede,

claro es que más o menos acertadamente, dar una ilusión de lo real más saludable, acaso, que la realidad misma. Yo creo que el artista ha de mostrar la vida de un conglomerado social y del sitio en que ese conglomerado social vive, lo más de acuerdo con la verdad que le sea posible. Para ello no ha de embellecerla, sino retratarla, y hará obra artística porque la vida es arte. Es necesario, además, que el literato no se pase en donde termina la literatura y comienza la esencia, sino que trasponga el umbral de esta última con el fin, como se descubrirá, de ensanchar el campo experimental en que moverse, sin desdeñar esos otros, también interesantísimos, de la historia geográfica y de la evolución biológica. Así, de esta manera, ha de examinarse todo, ha de analizarse todo, todo...

Pero la literatura del día va a más. Cree que debiera saberse lo desconocido y descubrirse lo oculto. En su constante anhelo por que ello sea así, no pára, como preinserto queda, hasta sumarse a cuanta doctrina aparece, que en su entraña lleva algo de novedad, alguna idea no formulada. Y lentamente, lentamente, a lo largo de los años, la renovación literaria se va operando, debido en mucha parte al esfuerzo filosófico que sucesivamente fueron representando los sucesivos sistemas; esfuerzo que, no es menester consignarlo, había de trascender al arte de las letras del modo resuelto que luego trascendió. A su sola enunciación murió una literatura hueca, sin savia, puramente imaginativa, y nació otra en absoluto distinta, pues era fruto de lo observado de cerca por seres pacientes, pertinaces. Y esta observación, si al principio se contentó con la apariencia de los hombres y la superficie de las cosas, luego se fué depurando, sutilizando, y de la apariencia pasó al contexto, y de la superficie la extraña. Es verdad que antes se pretendió eternizar lo objetivo, que era lo único que merecía consideración. Ahora, en cambio, trátase, más que de nada, de pasar de la realidad primera y visible a una realidad superior, de estudiar la relación que se establece entre el hecho real, ostensible, y la larga serie de causas y concausas que lo han determinado...

La literatura del día va a más. En muchas ocasiones no se contenta con inquirir las causas que produjeron el efecto, sino que ansía áveriguar los principios que dieron por resultado esas causas. Los principios, el mundo de los principios, es un mundo perfectamente humano, aunque absolutamente desconocido. En él no existe nada sobrenatural. Lo que tiene es que como se escapa a nuestros sentidos a muchos, y no excluyo, al generalizar, a las personas de alguna inteligencia y mediana ilustración, les parece que no existe, y que si existe, se les antoja que no son los hombres los llamados a descorrer el velo tras el cual se halla el misterio. Y esto es, sencillamente, absurdo. Porque el movimiento literario contemporáneo no cree—ni puede creerlo desde el instante que una de sus características, la más recia de líneas y de contornos, es la de ir anudando sus actos con plena conciencia,—no cree, repito, que le es susceptible fraguar la vida con sólo aquellos elementos que con facilidad se perciben, pues resultaría siempre con notarias faltas, sino que ve la obligación en que está de traer cuanto en el mundo existe al arte de las letras, aunque muchos, por no serle conocido, no en lo fundamental, ni aun siquiera en lo accesorio, lo reputasen, con incalificable ligereza, de ultrahumano. Podríase decir que la literatura del día es, por encima de todo, la materialización de cuanto se siente. A muchos, no se me oculta, ha de parecerles no del todo aceptable la anterior definición. Para recusarla aducirán, sobreaducirán razones. Ellos, a no dudarlo, tendrán un fondo de verdad; la mayoría, la inmensa mayoría, no serán más que la resultante de hondos estudios; algunas estarán contrastadas, a compás, con esa verdad y con esos estudios. Pero la literatura habrá dejado, a desprecio de los que quieren hacer ver lo contrario, de ser la fotografía de cuanto se ve, para convertirse, repito, en la materialización de cuanto se siente. Este cambio es debido, casi en absoluto, a los años que atravesamos, que parece que los informa el deseo de que los hombres realicen el milagro de vencer la impotencia de sus sentidos, haciendo que éstos vayan en

busca de lo que, aunque se percibe de forma tan ostensible que no ha lugar a la duda, ni se ve ni, menos, se toca.

Todo, en la vida, cambia, se transforma. La actual edad no está acuñada con el mismo troquel de la anterior, ni la anterior con el mismo de la que le antecedió. Podrá, sí, haber un parecido en lo externo, en lo simplemente objetivo. Pero el mecanismo íntimo no tendrá ningún parentesco espiritual, ni algo así como una consanguinidad de carácter con las edades que fueron sus antecesoras. A esto se me podría refutar diciendo que lo que cambia, que lo que se transforma es el mundo de los efectos, nunca el mundo de las causas. La verdad de ello no se me oculta. Como una teoría lógica, además, la respeto. Pero, ¿acaso la causa no es la resultante obligada de un principio? Lo inmutable, luego, es el principio, no la causa. Las causas, pues, varían, son movedizas porque están sujetas a una impresión, mayor o menor, que han de recibir de ese principio superior a ella... Pararme a demostrar lo que antecede, detenidamente, me obligaría a hablar de cosas que ahora no creo necesarias. Aun así, conviene dejar consignado que las alas del saber humano son tan cortas, tan débiles, tan débiles, que sólo les es dado, a veces, salirse del mundo de los efectos para subir al de las causas, sin lograr remontarse nunca al de los principios. La literatura del día tiene el deseo del examen, y ese deseo la llevará cerca de ellos cuando sea posible. ¿Lo será mucho? Creo que el tiempo ha de ser el único que, con exactitud, lo ha de señalar. Además, la medida de la aproximación la dará la intensidad del tono que adquiera la literatura en estos años y en los que a éstos han de seguir. Porque en cada época hay, en el arte de las letras, un género dominante; un género que, a su imagen y semejanza, va regulando cuanto con él coexiste; un género, en fin, que señalará el camino, que será el guía, por tener en su entraña más fuerza, y por haber adquirido en sus líneas más energía, de otros que a su color, a su modo, irán creciendo, creciendo... A la literatura del día la caldea esa ansia de adueñarse de lo

que, por estar dentro de la apariencia de los individuos y de la superficie de los objetos, se sustrae a la curiosidad. Pretende, en derecho, ir a estudiar lo que nadie ha estudiado. Quiere que de la observación de lo externo se pase a descubrir lo interno. Para ello los escritores cuentan con que esa observación, ese análisis de la realidad visible, les haga establecer una lógica relación entre el hecho y lo que motivó, una lógica relación entre efecto y causa, dándose antes cuenta, claro está, de que la pintura que de ella se haga ha de distar de la verdad tanto como nuestra limitación dista de lo infinito. Porque a seguir un ajustado análisis, hemos de ver que el objeto examinado, además de causar las emociones de la condensación material, producirá un inmenso mar de emociones intensas, debidas a la condensación de lo que a la mirada no se descubre, y que sólo es conocido por la ciencia al sondar las tinieblas de lo oculto. Esas emociones internas, a algunos les parecerán quimeras de una loca fantasía. No, no es nada de eso. Podríase sentar la afirmación de que son las únicas, las verdaderas realidades de la vida. La causa de ello a nadie le debe ser extraña. Radica en saber que tras lo existente hay un mundo que derrama vitalidad sobre los seres y sobre las cosas. Lo que tiene es que el vuelo de la imaginación, como el del águila, es limitado, y, por lo tanto, no alcanza a identificarse con él en la forma que debiera; es decir, no llega a descubrirlo del modo absoluto a que estaba obligada. Para ello necesita adquirir un más alto grado de perfeccionamiento. A él se va, a compás que la humanidad se desposee de sus instintos animales. Esto aun antes lo conseguiría si lograrse vivir alejada de las ideas ambientes. Debiera, además, sentir hondo. Así acabaría por despreciar la materia... La literatura del día no quiere sólo estudiar las cosas y los seres, como hacían los antiguos, sino el contenido ideal de los seres y el medio espiritual de las cosas. El intento la honra.

LUCIANO DE TAXONERA

LA AMÉRICA MODERNA

El imperialismo norteamericano y la independencia de los Estados del mar Caribe. Cuba y la intervención militar norteamericana. Documentos para La cena de las burlas en la Habana. Palabras, palabras, palabras... de un diplomático cubano y de un diplomático norteamericano. El despojo de Colombia. El derecho internacional y los pueblos débiles. La expansión de los Estados Unidos y la cohesión de Centro América.—La situación económica del Brasil. Datos del Mensaje presidencial.—El comercio del Paraguay y los vinos españoles. La penetración del mercado.—Pacifismo y militarismo en Sur América. Guerras fatales. El costo de la paz.—Hallazgo arqueológico. Los benedictinos en América.

Otra vez las armas de los Estados Unidos tocan el suelo cubano; hombres y barcos de la República norteamericana se han movilizado para intervenir en las discordias interiores de la antigua colonia española que, después de una vida independiente durante doce años, ofrece una inconsistencia política que ha provocado dos intervenciones en tan corto espacio de tiempo, y pone de manifiesto la coparticipación de los elementos cubanos en los males que los apasionados achacaban exclusivamente a la administración colonial española. Estos hechos son bien elocuentes, y tienen un valor objetivo en la interpretación de la política exterior de los Estados Unidos con relación a Cuba, muy superior a todos los comentarios y profecías que se han hecho respecto del porvenir de Cuba, y de la acción panamericana de la gran República del Norte. Toda la orientación política y económica de los Estados Unidos respecto del

continente americano, demuestra la expansión de una fuerza que tiende a envolver gran parte de la América latina en la esfera de acción del foco yankee. Los que hasta ahora han esperado algo de la generosidad norteamericana para los latinoamericanos, pueden abandonar toda esperanza. Hay un dilema mortal planteado para los centroamericanos, cuya solución urgente reclama la velocidad que está adquiriendo el imperialismo; tanto Cuba como las demás Repúblicas del mar Caribe, serán absorbidas por un protectorado más o menos encubierto si no modifican fundamentalmente su vida social y política; después del protectorado, ya se sabe lo que viene.

Nada vale la invocación de la tradición de los puritanos de Norte América como garantía de que los Estados Unidos de nuestros días no emprenderán acción alguna conquistadora; recuérdese cuán pronto se desengañó aquel clarividente político español en cuestiones americanas, el ilustre Pí y Margall, apenas vió que el pueblo prototipo de su política, el federal por excelencia, dejaba a un lado la tradición de Wáshington y arrebatava a España la reliquias de su imperio colonial; afuera de la credulidad, hay que dejar también la prosa de engañifas de los diplomáticos norteamericanos que, como el Secretario de Estado de los Estados Unidos, Philander C. Knox, habla de paz en Cuba recientemente, y amenaza un mes antes a los colombianos que no se avienen a rendirle pleitesía: la realidad encarna en una corriente de hechos muy superiores como valores históricos a las caprichosas interpretaciones y producciones fantásticas de los que se resisten a creer o aparentan desconocer la verdadera intención de los Estados Unidos.

Honda pena causa la lectura de los brindis diplomáticos pronunciados en el banquete con que el honorable Sr. Presidente de la República cubana obsequió al Secretario de Estado norteamericano, Philander C. Knox. Todo lo que en ellos dice pertenece a la categoría de esas cosas irreales, de las cuales dicen los alemanes que están *auf den Kopf gestellt*, es decir, sobre la cabeza, pero no en la realidad.

Decía el Secretario de Estado de Cuba, Manuel Sanguily, que hablaba en representación del Presidente de la República, dirigiéndose al norteamericano Knox, que estaba desempeñando la misión diplomática de visitar las Repúblicas del mar Caribe:

«Mensajero de paz al recorrer regiones hasta ahora para vos desconocidas que pueblan gente de origen e idioma tan diverso de los vuestros, no es la espada poderosa de la conquista símbolo de violencias y de ultrajes, lo que empuñáis con mano firme, sino glorioso caduceo, símbolo de prosperidad y de beneficencia, en torno del cual se entrelazan el olivo y el laurel, algunas de cuyas hojas esmaltaron lágrimas de nuestras hermanas y sangre de nuestras venas, como se funden en el halo de luz que lo envuelve e ilumina celestes resplandores de nuestro martirio y nuestro heroísmo; porque juntos los brillantes batallones americanos, y las huestes cubanas casi desnudas y demacradas, realizaron—los vuestros en rápida campaña, y nosotros guerreando incansables medio siglo—la obra grandiosa que renovó vuestras tradicionales doctrinas de política universal e imprimió nuevos rumbos a vuestro destino histórico, a tiempo de mudar nosotros radicalmente nuestra secular condición, asumiendo desde entonces unos y otros, a par de deberes y derechos nuevos respecto a las demás naciones, responsabilidades mutuas y recíprocas, a virtud de las cuales, ni os atribuíis la potestad de supeditarnos, ni hemos sufrido el infortunio de retoñado vasallaje.»

Santa Lucía le conserve la vista al Secretario de Estado de Cuba, D. Manuel Sanguily. Aún no han pasado dos meses desde que pronunció estas seráficas palabras, y ya el generoso tío Samuel se ha metido espada en mano en los dominios soberanos de D. Manuel Sanguily. Sí, los yankees podrán ser muy generosos, pero sospecho que no lo serán más que los demás pueblos expansivos que toman a su cargo la ingrata tarea de enderezar a los pueblos turbulentos o débiles. No se conoce en la Historia ningún país que por pura simpatía humana

se exponga a peligros y queme su pólvora por un tercero, sin que a la larga o a la corta presente la cuenta, más o menos subida. Si no supiésemos todo esto, bastaría recordar hechos tan contemporáneos como los realizados por los Estados Unidos en la América rusa, en Hawai, en Filipinas, en Puerto Rico y en Panamá, para que pusiéramos en tela de juicio las puritanas protestas de Knox y las candorosas ilusiones de Sanguily.

Ahora le toca el turno a Philander C. Knox:

«Me ha cabido la inmerecida distinción de haber sido escogido por el Presidente de la República americana para ser el portador ante las Repúblicas independientes del Caribe, en este momento en que se acerca la fecha de la apertura del Canal de Panamá, de un mensaje de cordial afecto y de completa seguridad —si seguridad hubieren menester— del hondo sentimiento de responsabilidad que embarga al Gobierno y al pueblo americano, con respecto a que la gran obra que ha emprendido habrá de contribuir grandemente al mejoramiento de las nacionalidades del mundo occidental, y ser eficaz instrumento para estrechar aún más todos los pueblos de la América, inspirándoles una mayor confianza, afecto y simpatía, así como ampliar en forma más práctica y recíproca su unidad de miras hacia sus mutuas ventajas y ordenado desenvolvimiento.»

Estas palabras del diplomático americano hacen pensar en La cena de las burlas. ¡Cuánta paz en los labios! ¡Qué ingenuidad! Si a este banquete hubiese asistido el General Ospina, el ardiente patriota colombiano, habría podido hacer un digno resumen de ambos brindis, recordando la hazaña del Gobierno de Mr. Taft, cometida con él, Ministro representante en los Estados Unidos de una República débil. Habría podido decir que la mentira, disculpable en los débiles, porque con ella sustituyen la falta de fuerzas, como los muros oblicuos soportan el empuje de los torrentes; la mentira, explicable como recurso diplomático en pequeñas Repúblicas florentinas, desdora a las

matronas imperiales, tanto más, cuanto que éstas van acompañadas por todos los atributos de la fuerza.

El caso fue bien sencillo y pródigo en enseñanzas. Cuando se acordó en Washington el viaje de Mr. Knox a la América latina, se notificó el acuerdo a las Legaciones de los respectivos países acreditados ante la Casa Blanca, como es uso en tales casos, pidiendo la aquiescencia de sus Gobiernos para realizarle. Todos los Gobiernos dieron su beneplácito menos el representado por el Ministro de Colombia, General Ospina, el cual, en términos corteses, pero enérgicos, manifestó que la visita propuesta del diplomático Knox a Colombia podría resultar inoportuna mientras los Estados Unidos no resolviesen la cuestión pendiente con Colombia por la cuestión de Panamá. «Yo estimaré —decía el General Ospina— que mi advertencia sea tomada como nacida del deseo que me anima de evitar dificultades que agraven las diferencias entre los dos países, y de llegar pronto a establecerlas satisfactoriamente, a lo que mi nación ha estado siempre dispuesta y lo está en la actualidad. Casi tres meses han transcurrido desde que, cumpliendo órdenes de mi Gobierno, reiteré al Gobierno de los Estados Unidos la demanda por arbitración de la controversia existente, y con harto sentimiento y sorpresa me veo obligado a decir que hasta la fecha no he tenido el honor de recibir contestación.» A este propósito el General Ospina recordaba que, durante la Presidencia de Mr. Cleveland, los Estados Unidos se soliviantaron, haciendo traslucir propósitos de guerra contra Inglaterra, por la resistencia que presentó esta nación a someter a un arbitraje una cuestión de límites con Venezuela; fundaba una de sus principales quejas la diplomacia norteamericana en que el Ministerio británico de Relaciones Exteriores rehusó contestar a una nota que le había enviado el Gobierno americano respecto de la antedicha cuestión. El General Ospina dijo después textualmente: «Se ha permitido Colombia en su debilidad expresar respetuosa y sinceramente cuán triste es para ella verse sujeta a semejante tratamiento.»

¿Qué pasó después? Que el Gobierno de Taft, en vez de abrir un texto de Derecho internacional, dejó el sentido jurídico a un lado, se enfurruñó como cualquier *jingo*, y poniendo la razón en la punta de la bota, hizo que fuese retirado el pundonoroso General Ospina, que a estas horas probablemente dudará de que Jorge Wáshington haya dejado rastro alguno en la memoria de los yankee.

¿Cómo pudo olvidar todo esto el Secretario de Estado de Cuba? ¿De verdad que no estaba enterado de que el partido demócrata de los Estados Unidos adopta como una de las plataformas electorales del Noviembre próximo el incidente Ospina y el latrocinio de Panamá, para combatir al partido republicano y a Roosevelt, que le consumaron?

Volvamos al discurso del diputado norteamericano, que con la boca abierta escuchaba el Secretario de Estado de Cuba...:

«Tal es el mensaje de que he sido portador, no solamente a los pueblos situados en el litoral del Caribe, sino también a todos los de la América latina, acentuando a la vez la sinceridad de los propósitos y la pureza de miras que siempre han animado a los Estados Unidos en sus relaciones con la América latina. Como ya dije en Panamá, un inteligente conocimiento de las relaciones entre la Unión Americana y los demás pueblos de la América, dará lugar a que resplandezca con mayor claridad que nuestra política para con las mismas se ha desarrollado siempre sin el menor rastro o señal de fines malvados, y sin buscar nunca mayor soberanía o beneficios territoriales.»

A estos alardes de sinceridad se podría contestar con las siguientes palabras pronunciadas por los demócratas Sulzer, de Nueva York, y Rainey, de Illinois, en la Cámara de Representantes: «El despojo de Panamá fue resultado de una conspiración cuidadosamente planeada y hábilmente ejecutada, sin que pueda justificarse ni por lo moral ni por las leyes»; «la adquisición de la zona del Canal de Panamá es la más negra

página de la historia de la República norteamericana como nación.»

Es mucho pedir que crean los cubanos las declaraciones de Knox en la sinceridad de una política internacional contra la cual dirigen los mismos norteamericanos las frases más gruesas del Diccionario.

Me resisto a creer que el Secretario de Estado de Cuba, señor Sanguily, sea tan cándido como parece; al leer el discurso suyo de salutación al enviado diplomático de Mr. Taft se trasluce que el diplomático cubano no las tiene todas consigo, pues pensando en la posibilidad de que los Estados Unidos se anexionasen la Isla de Cuba, exclama en un tan ingenuo como redondo párrafo oratorio:

«Sobrevendría seguramente algún inaudito prodigio: acaso la majestuosa mujer que se yergue en medio del gran estuario sobre la isla Bedloe doblaría su cintura de metal para apagar en las aguas alteradas la gigantesca antorcha que ilumina el vasto Océano y la conciencia humana, a tiempo de resonar un alarido pavoroso, arrancado al desencanto y al terror, y que el eco repetiría de ola en ola y de cumbre en cumbre, anunciando en la noche del mundo que la libertad había muerto!»

¡Quiá! Los Estados Unidos, en cuanto hayan cerrado el triángulo de fuerza Key-West, Puerto Rico, Panamá, no tardarán mucho en apoderarse, bajo cualquier pretexto, de territorios que no son suyos, sin perjuicio de alumbrar nuevos islotes con estatuas simbólicas que representen la Libertad iluminando al mundo.

No necesitan los cubanos para enterarse de los peligros, lo mismo que de los beneficios, que acarreará la apertura del Canal de Panamá, recurrir a la literatura extranjera sobre el asunto. De pluma cubana ha salido el libro más concienzudo que se ha escrito sobre el asunto, el del profesor de la Habana, Sr. Carrera Justiz, del que ya hablé y volveré a hablar a los lectores.

De un libro en el que se consignan muchas observaciones

referentes a Centro-América, debido a Salvador Mendieta, entresaco la siguiente anécdota, que demuestra la altivez ofensiva que de antiguo profesan los norteamericanos a los países de Centro-América.

Importunaban por la centésima vez a Mr. Blaine dos plenipotenciarios centro-americanos, quejándose de otro Estadito ídem, cuando, perdiendo la paciencia el yankee, díjoles con la ruda franqueza del expansionista seguro de su fuerza:

—Pero, señores, ¿no hay en estos países un militar o un estadista que pueda gobernarlos a ustedes y dejarnos en paz a nosotros?

—Señor, es que...—comenzaron a balbucear los atribulados representantes.

—Oh, señores ministros, en los grandes Océanos hay ballenas, pero en los charcos sólo sapos; en los países de ustedes no creo que haya un estadista que valga la pena.

Yo creo que tales ministros hubiesen podido contestar al yankee que cuando había paz en sus países no faltaba la acción de Norte-América encaminada a perturbarla. Algo de esto saben los mejicanos en la actualidad, pues para nadie es un secreto el influjo que tiene Norte-América en las agitaciones de Méjico.

Nos resistiríamos a creer en el peligro imperialista de los Estados Unidos para las Repúblicas del mar Caribe, pero sólo en el peligro inmediato, si éstas, a semejanza de otros Estados, de escaso territorio, pudieran llamarse las Holandas de Centro-América; desgraciadamente, no ofrecen, ni social ni políticamente, esa cohesión de la Holanda de Europa que, a pesar de encontrarse cogida por los fuegos cruzados del imperialismo europeo, todavía es soberana, a pesar de la codicia con que la contempla el Imperio alemán. Pero la debilidad interior de los centro-americanos facilitará indudablemente la introducción de los yankees. Claramente lo dice Mendieta (1):

(1) Salvador Mendieta: *La enfermedad de Centro-América*. Barcelona, 1911.

«Muchos de nuestros políticos se figuran que Centro-América es un navío condenado a próximo e irremediable naufragio, y que por lo mismo hay que meter en la manga cuanto se pueda mientras llegan los yankees y nos echan por las escotillas.

No puede decirse que haya un partido anexionista; pero muchas gentes honradas y trabajadoras que nada saben de política sino cuando les intiman el pago de contribuciones forzosas o les arrasan las propiedades, piensan con cierto agrado en las garantías de que gozarían con la ocupación yankee. Los políticos fracasados o los que, después de haber exprimido la naranja, son a su vez vaciados a fuerza de estrujones, dicen que estos países son ingobernables, y que se necesita la tranca del tío Samuel para meterlos en cintura.

No atemoriza mucho la cuestión de razas, porque aquí nadie se cree descendiente de africano, aun cuando los belfos o el pelo lo digan sin ser preguntados.

El clero, que en este caso pudiera ser un antemural, poco se preocupa del asunto, separada como está la Iglesia del Estado (menos en Costa Rica), y ejerciendo cada vez mayor influencia política, excepción en El Salvador, donde en los últimos ocho años ha habido retroceso hacia el clericalismo.

A causa de largas persecuciones sufridas, muchos grandes propietarios, de los cuales se hallan los ejemplares típicos en Guatemala, han caído poco á poco en un completo indiferentismo respecto a la cosa pública; de tal modo, que casi puede decirse que son extranjeros en su propia tierra, y que, en consecuencia, no les importa un comino la soberanía nacional y todos sus adminículos.

La falta de orgullo nacional es característica en nuestras clases directoras; varias veces me he referido a esto antes de ahora, en *Páginas de Unión* y *la Nacionalidad*, e insisto sobre este hecho, porque, a mi juicio, es de gran importancia en la psicología de los pueblos y de los individuos el concepto que de sí mismos tienen. A los centro-americanos les causa extraña

E. M.—Julio 1912.

sensación de orgullo el hecho de que se les tenga por extranjeros, ya sea a causa de la blancura de la piel o de cualquiera otra circunstancia semejante.

El mismo autor afirma, después de describir las luchas políticas interiores en Centro-América:

«Es así como se han anulado y se anulan diariamente hombres de verdadero talento, pero desprovistos de valor cívico. Es así como, según la expresión de un doctor costarricense, se pasa de la roca Tarpeya, de un calabozo, al Capitolio de un Ministerio, con tal de no abandonar el suelo nativo, y es así como, según la expresión de otro doctor salvadoreño, hay que pasar por todo con tal de no morir a la puerta de un cuartel e ir a comer a las *semitas de Camasca*.»

«Aquí es indispensable gobernar con el palo en la mano, le decía otra vez a un abogado amigo mío otro abogado, en el Casino de San Salvador.

De modo que, según eso, todavía es poco el palo que aquí se reparte, y cuidado que va escaseando el tamarindo.»

Si hubiese falta de espíritu imperialista en los Estados Unidos, bastarían las disensiones interiores de los centro-americanos para dar ocasión a repetidas intervenciones. Pero en nuestro caso, todos los factores confluyen para producir una amenaza latente a la independencia de los Estados del mar Caribe. En vano la fraseología diplomática hará protestas de amistad y consideración: las cosas marchan por otro camino, y sólo se destruyen con cosas, no con palabras.

Indudablemente que cuando un país anexionista y de superioridad administrativa llega a colonizar más o menos encubiertamente a otro país, se produce un crecimiento económico; pero no hay que olvidar que los triunfos de la administración colonial del país anexionista se deben a que la administración colonial se apoya en elementos propios, y no en los elementos del país colonizado. Esto, en buen romance, quiere decir que se establece una división entre dominadores y dominados. Los yanquizantes del mar Caribe pueden, ante estas consideracio-

nes y el desarrollo de los acontecimientos que nos vienen dando la razón, hacer un cálculo de las ventajas morales y materiales que reportaría a sus respectivos países la sumisión a Norte-América.

Mientras tanto, convengamos en que la intervención actual de los norteamericanos en Cuba ha echado un borrón sobre los discursos de los honorables Sanguilly y Knox.

*
* *

La situación económica del Brasil está descrita en el Mensaje presidencial leído en el Congreso. Los extremos principales que abarca este documento son los siguientes:

Recuerda que el nuevo Ministerio dió prueba de una gran actividad en los trabajos de rectificación de fronteras.

A fines de 1911 los ferrocarriles alcanzaban 22.128 kilómetros, y actualmente varios millares están en construcción.

La situación financiera de 1911 es mejor que la de años anteriores.

Los ingresos totales, incluso los ingresos ordinarios, extraordinarios y las operaciones de crédito, alcanzan 139.948 contos oro y 424.581 contos papel, y los gastos ascienden a 89.088 contos oro y 511.874 contos papel.

Sumando los ingresos propios, 122.355 contos oro y 388.616 contos papel, el excedente oro asciende a 33.265 contos y el déficit papel a 128.258 contos.

Si del déficit se resta el saldo oro, cubierto por papel, o sea 53.223 contos, y el importe de los gastos efectuados para operaciones de crédito, que ascienden a 40.962 contos, o sea un total de 94.183 contos, resulta que el déficit neto quedará reducido a 34.000 contos papel.

Los ingresos del primer trimestre de 1912 presentan un superávit de 1.899 contos oro y 4.954 contos papel con relación al mismo período de 1911.

Actualmente, la deuda exterior alcanza 82.903.120 libras esterlinas, más 300 millones de francos.

En el primer trimestre de 1912, los agentes de Londres recibieron 7.533.088 libras esterlinas y 25 millones de francos.

Las entradas, en oro, en la Caja de conversión alcanzaron 8.248.892 en 1911, y las salidas fueron 3.283.536.

La existencia en Caja, en 31 de Marzo de 1912, era la de 23.491.667 libras esterlinas.

Los ingresos de Aduanas en 1911 presentaron un excedente de 16.328 contos comparativamente con 1910.

Durante el mismo período, el comercio exterior alcanzó 119.783.702 libras esterlinas contra 110.963.561 en la misma época del año anterior.

El Mensaje hace constar la actividad del Ministerio de Agricultura, que implantó sobre todo el territorio escuelas de agricultura, granjas modelo e hizo que fuera gratuita la provisión de animales reproductores, y pone de manifiesto el buen efecto producido por la ley elaborada por Pedro Tolendo, ex-ministro de Agricultura, para la defensa de los productores de caucho.

Añade el Mensaje que durante el año de 1911 los emigrantes que entraron en el Brasil alcanzaron la cifra de 113.616.

Las estadísticas de importancia relativas a vinos en el Paraguay, dan a conocer la existencia de un campo excelente de expansión española, de tanto mayor interés, cuanto que el problema vinícola es de una gran significación para España.

Según demuestran las siguientes cifras, los vinos de procedencia española importados a este país alcanzaron a 860.812,62 litros en 1909, valor en pesos oro, 87.554,99; 1.999.100 litros en 1910, valor en pesos oro, 202.437.51, dando así un aumento de 1.138.287,38 litros, valor en pesos oro sellado, 124.882,52, equivalente a 624.412,60 francos en el transcurso de un año.

Los vinos españoles tienen fácil colocación hasta ahora en esta República, pudiendo decirse que ejercemos supremacía en este mercado sobre las demás procedencias, y nuestro mayor empeño debe consistir en mantener esta superioridad, a pesar del vivo empeño de los que nos hacen competencia, y los cuales emplean todos los medios de propaganda, facilidades de pago, etc., etc.

Conviene, pues, que nuestros productores se aperciban de esta competencia y se apresten a sostener la lucha ventajosamente.

A este efecto, conviene que hagan sus ofertas directamente a este mercado, a fin de librarlo de la tutela de los mercados uruguayo y argentino, de que hasta ahora es tributario. Haciendo ofertas directas podrán vender a precio más reducido, porque el artículo se vería así libre de los recargos de comisiones y reventas y de todos los inconvenientes del reembarco, que constituye una gran valla al comercio paraguayo en los puertos del Río de la Plata. En muchas ocasiones, las mercaderías de tránsito para el Paraguay tardan más de dos meses en llegar de Buenos Aires o Montevideo hasta la Asunción, o sea cuatro veces más el tiempo empleado en la travesía del Atlántico; teniendo en cuenta esto, también nuestros productores deben cuidar especialmente el embalaje de los artículos destinados a este mercado, haciéndolo con la solidez necesaria para resistir los maltratos de a bordo y del transbordo.

Tomando nota de estas observaciones y llevándolas a la práctica, nuestros productores mantendrán la supremacía que ejercen hasta ahora en este valioso renglón de la importación española, haciendo inútil o ineficaz todo el esfuerzo de los competidores.

He aquí las cantidades de vinos importadas en toda la República, con expresión de los países y capital que representan, durante los años 1909 y 1910:

Año 1909: España, 860.812,62 litros por valor de pesos 87.554,99; Alemania, 977,29 por 845,01; Argentina, 1.396

por 139,60; Francia, 156.926,29 por 22.198,96; Inglaterra, 5.050,81 por 720,75; Italia, 437.064,38 por 62.628,52; República Oriental del Uruguay, 25.743,60 por 2.620,17; Portugal, 13.465,16 por 2.515,51; Bélgica; 1.150 por 115; totales, 1.502.586,15 litros por valor de pesos 179.338,61.

Año 1910: España, 1.999.800 litros por valor de pesos 202.437,51; Alemania, 2.934,42 por 1.162,65; Argentina, 18.468,50 por 1.886,37; Francia, 104.255 por 18.424,59; Inglaterra, 403,20 por 178,34; Italia, 539.408 por 65.310,83; República Oriental del Uruguay, 1.184,20 por 239,92; Portugal, 15.155,14 por 3.712,18; Bélgica, 7 por 31,50. Totales, 2.681.615,46 por valor de 293.383,89 pesos.

**

El pacifismo no tiene ambiente en la política ni tampoco en la opinión de las repúblicas más importantes de Sur América. Los comentarios de *La Prensa*, el gran diario de Buenos Aires, a propósito de la noticia relativa a conseguir el desarme de las tres potencias militares y navales de Sur América, revelan bien claramente que el pacifismo es un ideal respetado, pero no secundado en los pueblos a que nos referimos.

¿Cuáles son los orígenes—dice *La Prensa*—de estos rumores? Se dice que un corredor inglés requirió del Gobierno argentino la venta de uno o dos *dread noughts*. ¿Vino del exterior la iniciativa? ¿Fue uno de los rasgos comunes de la frivolidad interna que daña como tema favorito de sus charadas la honra y seguridad de la República?

El hecho es que existe, circula y encuentra eco en los salones, en los círculos, en los clubs y en la prensa misma; corren también comentarios e impresiones ilusorias, juicios superficiales, aplausos en el vacío, planes sonoros sobre un idealismo internacional irrealizable por los factores de la actualidad.

Lo que nos interesa, porque va comprometido en ello la

seguridad de la nación y el juicio sereno y sensato de la opinión pública, es examinar los efectos internos y externos de esos rumores. Chile, no solamente afianza su posición militar por medio de la renovación de sus armamentos terrestres, sino que, no obstante sus condiciones poco favorables en que quedara después del desastre de 1906, ha resuelto rehacer su Armada con la incorporación de dos grandes y modernos *dreadnoughts*, cuando precisamente coinciden dos hechos notables: el ambiente del desarme, que se prestigia en Buenos Aires, y la firma para el lanzamiento de la quilla del segundo acorazado extraordinario.

En Santiago de Chile el hecho acaba de producirse con el unánime aplauso de la opinión pública, prensa y poderes del Estado, lo que prueba la evidentiudad de que todo ello, la política del desarme o la disminución de los armamentos echados a rodar por las calles de Buenos Aires, no tiene origen ni ambiente en Chile.

Bolivia recibe armamento moderno, que aumenta en vez de disminuirlo, en previsión de un incidente fronterizo con el Perú, no obstante la cordial inteligencia en que ahora viven felizmente los dos países.

El Paraguay, dividido en fracciones políticas, se arma por todos los medios posibles. El Gobierno y el pueblo paraguayos no reconocen sino un gasto obligatorio, supremo: el de las armas y la guerra civil.

El Uruguay, sin enemigos en sus fronteras, pero con efervescencias internas, adquiere y recibe armamentos para 50.000 hombres, compra buques y echa las bases de una escuadra, y ahora mismo se preocupa de adquirir submarinos.

El Brasil confirma estas orientaciones.

La noticia allí divulgada de que alguien había hablado con el eminente Campo Salles sobre el desarme o la disminución de las escuadras, ha sido recibida con hostilidad.

El Sr. Campo Salles ha declarado que no ha venido a Buenos Aires con ese fin; y el Gobierno fluminense, por su parte,

ha producido hechos notorios, que nos limitamos a enumerar, con la misma tinta que suscribía el festejado nombramiento la reducción de los armamentos que no se manifiestan en forma alguna fuera de Buenos Aires, y están localizados en cierto grupo de nuestro mundo metropolitano.

Circunstancias de tal manera significativas nos inducen a prevenir a la opinión pública de que no deben descuidarse los intereses inmediatos de la paz y de la seguridad del país.

Hablando así, están en lo firme los argentinos. Atacar los institutos de defensa nacional, porque cuestan caros, es propio de propagandas sectarias a favor de un radicalismo estéril. Por otra parte, los pacifistas que proponen la disminución de armamentos, y creen que existe suficiente progreso jurídico y moral en la sociedad moderna para dirimir racionalmente los conflictos internacionales, como afirma Anatole France, están en la falsa creencia de que las luchas de las sociedades humanas son en el fondo problemas del derecho de gentes susceptibles de una solución jurídica, cuando en realidad son choques fatales de masas humanas que se mueven por exigencias fundamentales de su vida que se encuentra en posición irreductible con otra exigencia ajena. Son verdaderas repeticiones en la vida social, de la lucha por la existencia que de manera tan cruenta se desarrolla en las especies zoológicas. Las luchas de los pueblos de extenso *Hinterland* por la salida al mar es una prueba de ello, lo mismo que las luchas por el redondeo del territorio en pueblos expansivos, por aumento de población, con sus colindantes. En Sur América, este es el caso más frecuente.

No hay que olvidar que los gastos militares no se hacen en realidad para la guerra, sino para que no haya guerra, o sea en beneficio de la paz. Pueden consolarse los suramericanos ante el ejemplo de Europa en gastos militares, que absorben grandes cantidades de sus presupuestos de gastos. Conforme a una estadística alemana, los gastos más importantes, calculados en marcos, de los mayores Estados, son los siguientes:

EN MILLONES DE MARCOS

ESTADOS	Ejército.	Marina.	Cuerpo consular y diplomático.	Colonias.	Deuda.	Demás gastos totales.
Alemania.	765,5	266,7	14,1	20,8	639,2	5.482,2
Austria.	261,8	32,6	11,8	»	326,9	921,4
Hungría.	147,3	16,4			269,0	664,6
Italia.	225,6	101,8			512,2	609,8
Francia.	574,9	260,1	14,1	88,3	976,4	1.053,6
Rusia.	824,7	229,0	13,0	»	736,4	3.721,0
Gran Bretaña.	588,5	679,3	11,3	25,2	571,7	2.176,3

Sólo los gastos de Ejército y Marina ascienden en Alemania a 1.032 millones de marcos anuales; en Francia, a 835 millones; en Inglaterra, a 1.268. Por lo que a Rusia y al Japón se refiere, hay que tener presente que después de su guerra los gastos han aumentado mucho. La estadística que antecede se refiere a 1906, año en el cual el material estadístico ofrece gran exactitud; desde entonces acá los gastos de defensa nacional han aumentado en grandes proporciones.

Si se consideran estos gastos como improductivos en el sentido relativo de la palabra, tenemos las siguientes cifras absolutas, relativas al año citado anteriormente:

EN 1.000 MARCOS

ESTADOS	Gastos improductivos.	Gastos totales.
Imperio y Estados alemanes.	1.671.431	6.682.923
Austria.	621.257	1.550.567
Hungría.	432.680	1.101.214
Italia.	869.625	1.497.775
Francia.	1.811.435	2.967.354
Rusia.	1.790.064	5.524.141
Gran Bretaña.	1.839.570	2.865.711

En los Estados de menor magnitud, la proporción de los gastos militares, en relación con el gasto total, no disminuye

si se le compara con la que ofrece las grandes potencias, porque la defensa nacional, que es una exigencia elemental de su vida, tiene que ser satisfecha, aunque no alcance la satisfacción de otras necesidades de orden superior. A los países pobres les sucede lo mismo que a los individuos pobres: más de la mitad de sus ingresos tienen que invertirlos en la satisfacción de las necesidades más apremiantes de la vida, aun cuando no puedan alcanzar, mientras no lleguen a un cierto grado de prosperidad, la satisfacción de aquellas necesidades de orden superior, y el lujo, que sólo los muy bien acomodados pueden realizar.

*
* *

Al hacerse los trabajos de demolición de la famosa cúpula del templo más antiguo de Buenos Aires, la iglesia de San Francisco, ha aparecido empotrada en la parte del ábside de la alta bóveda una pequeña caja de hierro, de forma esferoidal, que contenía, entre otras cosas, una muy importante, consistente en una antigua medalla de bronce de forma octogonal. Esta medalla tiene en su anverso, en relieve, la efigie de San Benito Abad, fundador de la antiquísima Orden benedictina.

Esta medalla tiene un aro para ser colgada. En el anverso, en relieve, se ve la efigie de cuerpo entero de San Benito Abad, apoyado el brazo izquierdo en un báculo pastoral, y con la derecha está en actitud de bendecir. Circundando a la derecha de la efigie del Abad, una leyenda formada así:

S. BENEDI, y a la izquierda, en la parte donde apoya el báculo, esta otra: O. P. N.

En el reverso una cruz griega, formada con puntos, y dentro de la cruz, en la parte que llaman el árbol de la cruz, y en la línea perpendicular, estas letras: C. S. S. M. L.; dentro del crucero que forman los dos brazos, y en la línea horizontal, estas otras: N. D., en el brazo de la derecha, y M. D., en el brazo de la izquierda; y en los ángulos de la cruz, estas otras: C. S. P. B., y en lo que podemos llamar exergo de esta rarísi-

ma medalla, y rodeada de pequeñas estrellas o puntos sobre la cruz griega, estas líneas: I. H. S., y siguiendo en el exergo, M. Q. L.—I. V. B. V. R. N. M. V.—todo rodeando la cruz del centro.

El significado de la medalla benedictina es el siguiente:

Anverso de la medalla: La efigie en relieve del fundador de la Orden benedictina—San Benito Abad,—de pie, apoyado en su báculo pastoral.

Las letras del exergo O. P. N. tienen por significado: *Ordinis Patris Nostris*, que quiere decir: de la Orden de Nuestro Padre; también las letras O. P. N. se pueden descifrar así: *Ora-Pro-Nobis*, que traducido al castellano es: *Ruega por nosotros*; y si en vez de tener esta medalla benedictina, las letras O. P. N. tuvieran las medallas de esta orden monástica, tendrían el significado siguiente: C. P. N., *Cruz Patris Nostris*; o sea traducido al idioma castellano: *La Cruz de Nuestro Padre*. Así que, leídas de izquierda a derecha las letras O. P. N. del anverso, se traducen: *Ora-Pro-Nobis*.

Las letras del anverso S. BENEDI quieren decir *San Benedicti*, o sea en castellano: San Benito, las que, leídas juntamente con las letras O. P. N., significan en el idioma latino: *Sancti Benedicti—Ora-Pro-Nobis*,—o sea en idioma castellano: *San Benito, Ruega por Nosotros*.

En lo que llamamos exergo, de la medalla octógona, y sobre la parte superior de la cruz griega que tiene en el centro del reverso de la medalla, están estas letras: I. H. S., que en latín quieren decir: *Iesus Hominum Salvator*; que traducidas al castellano significan: *Jesús Salvador de la Humanidad, o de los hombres*.

Las tres letras I. H. S. son el principal emblema que usa la Compañía de Jesús; pero no es exclusiva de la Compañía, porque la usaron también los franciscanos, anteriores a los jesuitas, y los benedictinos son anteriores a los franciscanos.

Las letras de los cuatro ángulos de la cruz griega del centro de la medalla, C. S. P. B., significan en el idioma latino:

Cruz Sancti Patris Benedicti, que traducidas al castellano quieren decir: *Cruz del Santo Padre Benito*.

En la línea perpendicular de la cruz griega se lee verticalmente: C. S. S. M. L., que en latín quiere decir: *Cruz Sancta Siti Mihi lux*, que traducido al castellano quiere decir: *La Cruz Santa sea mi luz*.

En la línea horizontal de la cruz griega del reverso de la medalla, y cruzando con las palabras anteriores, están las letras siguientes: N. D. S. M. D., que en latín quieren decir:

Non draco sit mihi dux, y que traducido al castellano son: *Nunca el dragón (demonio) sea mi guía*.

En el exergo, o contorno de la cruz griega, tiene estas letras: V. R. S. N. (S.) M. V. S. M. Q. L. I. V. B.—que en el idioma latino tienen este significado:

Vade - retro - Satanás - nunquam - suade - Mihi - vana Sunt - Mala - Quac - Libas - Ipse - Venenum - Bebas; que traducido al castellano dice: *Apártate de mí, Satanás; no me aconsejes cosas vanas; lo que brindas, es el mal; bebe tú esos venenos*.

Esta es la interpretación que da el argentino Migoya García. Ahora bien; ¿qué valor histórico tiene este hallazgo arqueológico?

Parece que la Orden benedictina ha existido en América; pero sólo se ha podido encontrar noticias de que estuvieron en los siglos pasados en el Brasil, y, según refieren algunos viajeros, aún se ven las ruinas de un monasterio de esta Orden en la bahía de Río Janeiro.

¿En qué fecha se instalaron allí? ¿Cuántas casas tuvieron? ¿Será cierto que han estado establecidos en esta parte de América?

A estas preguntas nada positivo se puede agregar, no disponiendo de ningún dato histórico ni documentos que puedan aclarar este misterio.

Por estos motivos, el hallazgo de la medalla encontrada dentro de los muros de una iglesia de la ciudad de Buenos

Aires, cuya fábrica estaba casi terminada a fines del siglo XVIII, no deja de ser un hecho curioso y digno de que los que se dedican aquí a la ciencia de la numismática, traten de investigar el por qué está esta medalla en una iglesia que no es de este Orden; estudios serían estos tan útiles como interesantes.

Esta medalla, que he tenido la suerte de encontrar—dice Migoya García,—me llama mucho la atención, por ser bastante diferente su leyenda de la medalla de *San Benito Abad*, que en el año 1647 se encontró pintada en un Códice en pergamino del Monasterio *Metteuse* (1), de Metz (Francia), con arreglo a la cual se ha acuñado una medalla, y entregado a los fieles. (Nótese bien que no se conoce la medalla benedictina más que desde aquella fecha.) Por otra parte, ¿cómo explicar esta diferencia tan notable entre la medalla descubierta en Buenos Aires y la que existe desde el año 1647? ¿Aquella sería anterior a ésta? Yo no lo puedo explicar; y para mayor comprensión he aquí la descripción de la medalla encontrada en el Códice en pergamino del Monasterio *Metteuse*, en el año 1647.

Anverso: sobre una de las caras se representa al Santo Patriarca de la Orden benedictina, teniendo en la mano la cruz con la cual obraba tantos milagros. A sus pies, el báculo y la mitra, indicando su dignidad, y el cuervo con el pan emponzoñado (alude al cuervo que alimentaba a San Pablo el Ermitaño), en un todo diferente a la medalla que he descifrado, y a que me refiero en párrafos anteriores.

El hecho, es que la medalla que se sacó de los escombros procedentes de la demolición de la cúpula de San Francisco, parece que existió antes del año 1647, que es la fecha en que se encontró el Códice de Metz, y que por más investigaciones que se han practicado no se ha podido averiguar su origen.

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad de Valladolid.

(1) Esta medalla está descrita como la única que existe en la voluminosa obra del abate Mabillon.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO:—LITERATURA: La manía del hiperbolismo.—CIENCIAS NATURALES: El instinto.—CIENCIAS EXACTAS: Cómo se puede pesar un átomo.—HISTORIA: Una página inédita de Víctor Hugo: Chillon.—IMPRESIONES Y NOTAS: Recuerdos del general Charette.—El alma de los yanquis.—El escritor, en América y en Europa.—El cambio de edad en la mujer amada.—El vestido de boda de D.^a Concepción Arenal.—Por qué D. Juan nació en España.—Crítica menuda.—¿Mona Lisa o Monna Lisa?—El divorcio en los Estados Unidos.

LITERATURA

LA MANÍA DEL HIPERBOLISMO.—Uno de los productos de nuestra época decadente, sensiblera y gastada, es el *hiperbolismo*. Cuando a un principiante que publica un tomo de poesías, o que simplemente merece un premio en unos juegos florales, se le llama *eminente*; y a un estudiante que es aplaudido en unas conferencias se le llama *ilustre*; y a cualquier currinche se le apellida *preclaro*; donde todo periodista, de los que confunden a Ginebra con Génova, se tiene por *culto*, y todo critiquillo de teatros de cualquier rotativo se califica de *eximio*, no hay realmente modo de expresar la admiración que produce un genio o una obra genial, y aun simplemente distinguida, sino apelando al hiperbolismo. La gente del pueblo echa mano del *muy* para reforzar los superlativos, y toda expresión diti-rámbica resulta gastada y sosona, y no sabe uno cómo llamar a un Menéndez Pelayo, un Cajal o un Maura.

Max Nordau estudia el hecho en *La Revue*, y aunque nada dice de extraordinario, merece se recojan sus conclusiones para fijar la atención en el fenómeno. Según Max Nordau, hay dos especies de hombres con propensión natural al lenguaje hiperbólico: los locos y los charlatanes. Los dementes reciben en general pocas impresiones, pero las que reciben son muy fuertes; la violencia de sus sentimientos les hace insensibles a las impresiones del exterior; han perdido el sentido de las proporciones, y el contenido de su conciencia, en sentimientos y en imágenes, tiene para ellos la importancia de lo absoluto, y cuando exteriorizan por el lenguaje sus impresiones y visiones interiores, ninguna expresión les parece bastante fuerte para hacer justicia a la importancia sin igual de sus representaciones mentales. Los escritos de Nietzsche, especialmente los de su última época, la cuarta parte de *Así habló Zaratustra*, *El Anticristo*, etc., son ejemplos patentes de esos modos supertensos de hablar, que se elevan siempre al tono más exaltado, al de los locos atacados de manía sistemática. En los charlatanes, el caso es menos complicado: el hiperbolismo no es en ellos necesidad interior, sino exterior; no impulsión orgánica, sino intención razonada con vistas a un fin conocido; hinchán la voz para dominar el ruido de las ferias, para atraer la atención, para hipnotizar y sugestionar al auditorio.

Estos superlativistas naturales, charlatanes o locos, tienen muchos imitadores, que apelan al penetrante clamoreo del aullido, no por impulso instintivo, sino fría y metódicamente, porque la hipóbole les parece impresionante, bella, eficaz, y sobre todo, supremamente modernista. No hablemos del reclamo comercial, que es la forma más desarrollada del charlatanismo; fuerza la nota estrepitosamente, porque necesita tomar por asalto los sentidos y mantenerse en ellos, pero tiene especial cuidado de no provocar hostilidades del gusto ni ofender el buen sentido; el reclamo se ha perfeccionado hasta convertirse en una ciencia particular, rama de la psicología aplicada; sus más hábiles especialistas, en el fondo, sólo emplean

los superlativos moderadamente; los miran como la infancia del arte, y prefieren a la monstruosidad la originalidad y lo chocante.

Donde el hiperbolismo, como dominio en que impera la imitación del superlativismo natural de los locos y los charlatanes, se halla en todo su apogeo, según Max Nordau, es en la crítica alemana contemporánea; pues, aunque el fenómeno es general, sólo se encuentra esporádicamente en países no alemanes, por afectación de ciertos mimistas literarios, que quieren hacerse interesantes imitando géneros y maneras exóticas. La generación nueva que desde hace unos quince años ha entrado en fila de notoriedad, no ha aprendido evidentemente a colocarse frente a un hecho, a mirarlo con sangre fría, a medirlo y pesarlo, comparándolo con otros y a clasificarlo en consecuencia; esta generación está, al parecer, caldeada siempre hasta la ebullición; no se la ve sino echando chispas; parece que está siempre en éxtasis, y como fuera de sí. Léanse las críticas, estudios y ensayos corrientes sobre personas o cosas, especialmente de asuntos estéticos, y no se encontrarán en general sino perfectos modelos de superlativismo. Los únicos medios retóricos son el grito jaculatorio y la hipérbole. Su lenguaje procede por titubeos, en ritmo precipitado e irregular que se llama benévolamente dionisiaco, porque recuerda realmente las contorsiones de los borrachos que enredándose en sus piernas describen rápidos zig-zags. Son críticas que tratan de producir el efecto de haber sido escritas en un acceso de fiebre aguda, con los ojos convulsos y con el pulso dando brincos; quieren dar la idea de que sus autores son semejantes a la antigua Pitia, poseída del Dios en su trípode de bronce, envuelta en vahos infernales, torciéndose entre espasmos, con boca espumarajosa, que eructa palabras incoherentes, preñadas de secretos sobrehumanos. Las frases son abruptas o fragmentarias; balbucean y tartamudean; les falta algo esencial, el sujeto o el atributo; el orden está invertido en raro hipérbaton; el texto está acribillado de puntos de exclamación, a cuyo lado hormiguean los

puntos suspensivos y las líneas de puntos; aquí falta la respiración y allá la palabra, aplastada por la superabundancia de imágenes que no dejan respiro sino para unos puntos, que permiten presentir lo inexpresable.

Para demostrar que no exagera, Max Nordau cita textualmente varios ejemplos. En la crítica de una de esas novelas que nadie leerá jamás, se dice: «Este libro nos mira con ojos de eternidad... Lo más profundo—es lo que se encarga de decirnos... Y lo más sutil...» De una imagen escultórica caricaturesca se dice: «Arrancada está ella a la piedra—¡formada está ésta por manos creadoras, divinas!...—Regada está ella por todos los torrentes de pensamiento de este tiempo... Y sentimientos... Y escalofríos...» De un tomito de versos—es un decir,—cuyo galimatías es frecuentemente chavacano, se escribe: «Una nueva voz es este libro estrecho (el libro no es más estrecho ni ancho que otro cualquiera; *estrecho*, en boca de este autor, quiere decir *delgado*, de pocas páginas): Una nueva voz es este libro estrecho... Una voz cósmica... Una absoluta... Palabras encuentran aquí lo infinito. Sus misterios los revelan estos poemas... O los velan... Los dejan presentir...» Y no se crea que éstas citas están tomadas de un solo autor; cada una es de autor diferente, cuyos nombres no merecen ser conocidos, pues no tratamos de poner malas notas, sino de mostrar un fenómeno, el del lenguaje actual de los ensayos de crítica en Alemania.

Los escritores que usan la jerga de moda, tratan de sobrepasar a los demás en exageración. La obra, el autor, el asunto no les importa nada; la cuestión es superlativar; la vaticinación por la vaticinación. La fuente de todo esto es Nietzsche. Así como en la generación anterior, cada poetilla se las echaba de Heine, así hoy todo fabricante de renglones impresos se las echa de Nietzsche. Para que a uno le escuchen en los círculos literarios, hay que hacer el loco; de otro modo, no se oye.

El carácter desmesurado de los juicios, el hiperbolismo de las afirmaciones, la coloración chillona de las impresiones co-

rresponden al hablar a gritos, a la gesticulación excesiva, prueba cierta de mala educación, y producto del trato con gente baja y de la más plebeya vulgaridad de sentimientos y de gustos. El objeto de la educación es desarrollar y fortificar el aparato de inhibición física; por la inhibición se mide la intensidad de la educación. El superlativismo es precisamente lo contrario de una actitud noble. Supone en quien la usa falta, o flojedad en la inhibición, manía mal educada de tener razón, que quiere imponerse a fuerza de gritos y de estrépito, implicando el mayor desprecio al auditorio. En toda buena sociedad es regla callar cuando otro habla, y escucharle cortésmente. La plebe no entiende tales delicadezas. Como no cesa de charlar y gesticular, cuando se habla, hay que sacudirla, moral y hasta materialmente; por eso el superlativismo presume tácitamente que se dirige a una multitud grosera, demasiado obtusa para apreciar medias tintas ni delicadezas de ninguna clase, e incapaz de comprender que se la trata de canalla al gritarla así.

El superlativismo, es, en suma, la confesión inconsciente de que se sabe que es uno incompetente o poco estimado. Quien tiene conciencia de su competencia y autoridad no necesita ahuecar la voz. Cuantos frecuentan la buena sociedad, saben que en ella no se habla a gritos. Pablo Lindau cuenta en sus *Recuerdos de mi vida*, que durante la representación de su *Condesa Lea*, en la Comedia Real, de Berlín, el viejo emperador Guillermo, que había asistido al espectáculo, le hizo llamar para felicitarle:—«Es lástima—añadió como de pasada—que los oficiales con título no desempeñen un papel particularmente glorioso.» A la salida del palco regio, el intendente general Hulsén se acercó al autor, y le dijo: «Siento mucho no poder seguir dando vuestra obra, que tan larga vida prometía.—Pero, ¿por qué?—preguntó Lindau asombrado.—El mismo emperador me ha felicitado.—¡Ah! Pero S. M. no expresa nunca su censura más ásperamente, replicó de Hulsén.

Aquel cuyas palabras son actos, aprende a elegir las con prudencia y medida. El que no se hace ilusiones sobre el efec-

to que produce, no se cuida de nada y charlatanea e hiperboliza. Reinado de la más baja vulgaridad, confesión de incompetencia y de falta de autoridad, evaluación de las más desdeñosas del grado de educación y cultura del lector: tal es la significación del superlativismo.

CIENCIAS NATURALES

EL INSTINTO.—«Después de haber probado que los animales no obran por razonamiento—escribe Bossuet en su *Conocimiento de Dios y de sí mismo*,—examinemos por qué principio se debe creer que obran, pues preciso es que Dios haya puesto en ellos algo que les haga obrar convenientemente como lo hacen, y para impulsarlos hacia los fines a que están destinados.» La extraordinaria adaptación de los medios al fin—añade en la *Revue Bleue* Pablo Gaultier—fin de que a veces ni siquiera es testigo el animal que lo persigue, es el mejor argumento en favor de esa opinión sobre la finalidad. Cuando el estro del caballo deposita sus huevos en las patas o en la grupa del solípedo, ¿no obra como si supiera que su larva debe desarrollarse en el estómago del caballo, y que éste, al lamerse, la trasportará con su lengua? Pues claro es que no lo sabe. ¿No ha impreso Dios, como decía Sócrates, en los padres el deseo de reproducirse, en las madres el más tierno deseo de lactar y en todos los animales el amor a la vida y el temor á la muerte? El instinto, en tal caso, es innato, inmutable y perfecto desde su origen mismo.

La escuela sensualista, sin embargo, niega ese carácter al instinto, como niega toda ineidad. Ya Pascal decía: «La costumbre es una segunda Naturaleza que destruye la primera; pero, ¿qué Naturaleza es esa? Mucho temo que sólo sea una primera costumbre.» Ahí está, no obstante, la abeja, que no aprende a construir sus panales, ni anda con tanteos, sino que desde el primero que hace, lo hace bien. Los evolucionistas Lamarck, Darwin y Spencer, hacen intervenir la herencia,

explicando el instinto por las costumbres de los antepasados y sustituyendo la experiencia individual por la experiencia de raza.

La nueva psicología animal estima ociosas todas esas discusiones. Para ella, el instinto no existe: es una palabra sin sentido, que el sabio Waxweiler quisiera ver desaparecer de la terminología científica, como la famosa «fuerza vital» o el no menos famoso «horror al vacío». Para Bohn, el instinto es simplemente un legado de la Edad Media, una herencia de la Teología y de la Metafísica; es como hablar de la «virtud dormitiva del opio». La nueva psicología zoológica niega la teoría finalista, que es la que nos hace ver en los actos de los animales la realización de un fin. La pretendida «simulación de la muerte», por ejemplo, que nos ofrecen varias especies de crustáceos y de insectos cuando se les amenaza, quedando como muertos, no es tal: es un simple paro de actividad a consecuencia de una variación brusca. El animal queda inmóvil en la actitud en que le sorprende la amenaza, mientras que al morir se queda siempre en la misma postura, aproximadamente. Cuando se saca del agua un renacuajo, no se queda siempre con las patas pegadas al cuerpo, ni en la posición que ofrece menos puntos de ataque, sino tal como se le sorprende, con las patas estiradas o recogidas en ángulo. El mimetismo de ciertos animales, como el camaleón, que toma el color del medio en que se agita, se halla en el mismo caso; esa semejanza de color o de forma, unas veces les favorece y otras les perjudica; las especies que disfrutan de esa facultad son tan devoradas por sus enemigos como las otras.

Pero hay más: conocida es la habilidad de los himenópteros paralizadores—sfex, pompilios y amófilos—para picar los ganglios nerviosos de los insectos, que paralizan así para servirlos vivos a su progenie. Pues, según Marchal, todo eso ha sido exagerado y embellecido. ¿No se han observado errores, extraños en la perfección del instinto, como los de un *pompilius viaticus*, por ejemplo, lanzándose, a pesar de la diferencia

de olor, sobre una *cicindela híbrida*, en lugar de una lícosa, que es su presa habitual? Los aguijonazos, por otra parte, están lejos de la precisión que les concede Fabre; la picadura única de Fabre, la instintiva, la segura, resulta multiplicada extrañamente en la realidad, quedando la víctima hecha una criba, pues Roland ha contado hasta veinte golpes. De esto a la infalibilidad del instinto hay mucha distancia.

Del mismo modo explican los tropismos y la sensibilidad diferencial muchos fenómenos atribuidos al instinto. Bethe explica la «vuelta al nido» en las hormigas, por el tropismo de las pistas de olor dejadas al paso, y Bohn la «simulación de la muerte», por la sensibilidad diferencial, producida por una excitación cualquiera, mecánica, luminosa o térmica; tal es el caso del *pelomyxa*, rizópodo que se hace una bola, de los *cloportes* que se apelotonan, y de los *tubícolas* que vuelven a su tubo. Casos también de sensibilidad diferencial son los mimetismos, y las llamadas «actitudes aterradoras», como la que toma la tarántula rusa, irguiéndose, estirando las patas y mostrando su vientre vivamente coloreado, y la escolopendra erizando su cola de un golpe.

Agréguese a los tropismos y a la sensibilidad diferencial la memoria asociativa, y según Lœb, se tiene la clave de todos los fenómenos atribuidos al instinto. Cuando la abeja sale por primera vez, ejecuta un vuelo de orientación, girando en torno de la colmena, con los ojos y la cabeza constantemente vueltos hacia ella; alejad de su colmena abejas jóvenes que no hayan hecho ese vuelo, y ninguna vuelve. La memoria asociativa basta, pues, para explicar la vuelta al nido. El experimento de Young, de Ginebra, es decisivo: encerradas en una caja 20 abejas de una colmena situada a orillas del lago y llevadas a seis kilómetros por tierra, 17 volvieron, algunas antes de una hora; metidas estas 17 en caja, y llevadas por agua a tres kilómetros de distancia, ninguna de ellas volvió. Romanes hizo otro experimento semejante con igual resultado, y Gaultier estima que la prueba es suficiente. Yo no lo estimo

así: esas abejas llegaron a tierra o no; si llegaron a tierra, el caso segundo se reduce al primero; y si no llegaron, es porque no pudieron resistir un vuelo seguido de tres kilómetros, y perecieron, y entonces no queda probado nada. Para que el experimento reuniera todas las condiciones necesarias, sería preciso que las abejas fueran soltadas sobre el lago, a una distancia igual de la orilla saboyana y de la suíza, y que pudieran salvar esa distancia; pues claro es que si a unas abejas de Evian, por ejemplo, se las lleva por el lago hasta cerca de Ouchy, en la orilla opuesta, lo natural es que las abejas tomen tierra en Ouchy, y no acierten o no puedan ni dar la vuelta por el lago, ni menos por tierra hasta Evian.

El llamado instinto, según la psicología zoológica, es una resultante de multitud de causas. En la vida social de las abejas no hay, según Waxweiler, pensamiento único ni dirección común; el azar determina la elección, y así como a orillas del mar brotan bosques en sitios protegidos, así un hormiguero se cría donde halla condiciones favorables. La aglomeración se mantiene luego por atracciones olfatorias, como lo demuestra el hecho de que si se mete una hormiga extraña en un caldo hecho con restos machacados de otras hormigas, las del hormiguero de éstas, en lugar de recibirla hostilmente y matarla, la aceptan como hermana. La famosa división del trabajo en los hormigueros es, según Turner, pura leyenda, y se reduce a simples coincidencias sensoriales, no buscando cada hormiga sino la satisfacción de sus necesidades propias. Los cuidados de las obreras con las larvas, sobre ser inútiles, se deben únicamente, según miss Field, a la busca interesada del alimento agradable que las obreras se proporcionan chupando a sus crías; si se les quita los segmentos sensoriales de las antenas, se muestran indiferentes con sus pupilas.

Tampoco es exacto que los pájaros construyan siempre nidos semejantes, aunque no los hayan visto nunca. Lo cierto es, según Wallace, que los nacidos en cautividad no saben modelar su nido, ni aunque se les ofrezcan los materiales necesari-

rios; frecuentemente se limitan a acumularlos en montón informe, y no construyen nada; y hasta cuando no han oído el canto característico de su familia, los pájaros jóvenes no aciertan a modularlo, y se ponen a imitar el primero que oyen.

El instinto, en resumen, no es nada para la nueva escuela. Todos los fenómenos que se le atribuyen los descompone la escuela de Lœb en sus elementos: tropismos y sensibilidad diferencial, de orden mecánico, de una parte; memoria asociativa, de otra. La apropiación de los medios al fin, que es lo que siempre nos ha chocado más en el instinto, no es obra de finalidad ninguna, inmanente ni divina, sino simple reunión de coincidencias, mantenidas y fijadas en el individuo primero y en la raza después, si son favorables, o eliminadas si son nocivas, dando la ilusión de la finalidad por su aparente adecuación a un fin, y por su reglamentación constante, como fruto de la persistencia y de la herencia.

CIENCIAS EXACTAS

CÓMO SE PUEDE PESAR UN ÁTOMO.—En una de las conferencias dadas en París por la Sociedad de Física, sobre la constitución de la materia, el profesor de Química física de la Sorbona, Juan Perrin, ha tratado de la realidad de las moléculas. El asunto es árido, sin duda, pero merece ser vulgarizado en estas crónicas, dentro del programa de amenidad o de curiosidad a que procuro en lo posible ajustarlas, y utilizando en primer término el extracto de Pervinquiere en la *Revue Hebdomadaire*.

Las leyes fundamentales de la química, basadas en los indiscutibles progresos realizados por la ciencia, han llegado a establecer ciertas conclusiones sobre la naturaleza de la materia, prescindiendo de todas las famosas hipótesis, que tanto dividieron a las escuelas griegas primero y a los escolásticos después. Hoy está admitido que la materia tiene una constitución discontinua, es decir, que está formada por átomos o

partículas indivisibles que, agrupándose entre sí en variadas combinaciones, forman esos cuerpos más o menos complejos que llamamos moléculas. Que estas moléculas, y mucho más los átomos constitutivos, son infinitamente pequeños, es cosa evidente, bastándonos pensar en uno de esos organismos que existen por millones en una gota de agua, y que llamamos microbios, para comprender, o mejor, adivinar hasta dónde puede llegar la pequeñez del átomo, cuando un sér vivo como el microbio, compuesto de átomos, no es perceptible sino con potentes microscopios.

¿Cómo formarnos idea del tamaño de esas moléculas? ¿Cómo medirlas y pesarlas? ¿Son posibles ese peso y esa medida? ¿Tiene la ciencia, la verdadera ciencia, medios para saber tales cosas? Sí, responde resueltamente Juan Perrin: la ciencia ha llegado en sus descubrimientos a los límites de lo imponderable. Lo que hay es que no pueden obtenerse esos resultados con los medios ordinarios: una balanza de precisión llega a sentir el peso de un millonésimo de gramo, que ya es aquilatar; pero un millonésimo de gramo es un peso enormísimo, una catedral, con relación a las cantidades de que se trata: al peso de una molécula, a lo que pesa un átomo de microbio de polvo o de gas, lo último a que podemos llegar en la división de la materia.

Ya pronto hará dos siglos que Daniel Bernouilli anticipó la hipótesis de que los gases están formados por moléculas en perpetuo movimiento que, al chocar unas con otras en un recipiente, originan la presión que luego se ha utilizado para las máquinas de vapor. Nada más real, en efecto, que el movimiento de esas moléculas, que cualquiera puede comprobar con multitud de conocidos experimentos. El mismo Bernouilli había reconocido la relación que existe entre la presión ejercida por un gas, su densidad y la velocidad de las moléculas; esta relación nos enseña que las moléculas de oxígeno, a temperatura ordinaria, se mueven con la velocidad de 500 metros por segundo. El camino que recorre cada una antes de alcanzar a

otra depende, naturalmente, del tamaño de estas moléculas y del número de las mismas encerradas en un espacio dado. Maxwell ha determinado que ese recorrido libre es de una diezmilésima de milímetro en el aire en condiciones ordinarias. En cuanto al número de moléculas contenidas en un litro de gas, alcanza la cifra fantástica de 30 millares de trillones (30.000.000.000.000.000.000.000); por donde se llega a la conclusión de que el peso de un átomo de hidrógeno es el de una trillonésima de trillonésima de 1,6 gramos:

$$\frac{1,6}{1.000.000.000.000.000.000.000.000}$$

Es un numerito para dar el vértigo, y al leerlo, se sientela tentación de creer que los sabios a veces son unos solemnísimos guasones. En todo caso, se ve que se arranca de una hipótesis, que podrá ser exacta, pero que no pasa de hipótesis. El Sr. Perrin ha querido desprenderse de ella, y ha llegado por otros caminos a resultados semejantes. Cuando se examinan con microscopio los corpúsculos en suspensión en el agua, se ve que, en lugar de precipitarse al fondo como un grano de plomo, se agitan en movimientos desordenados durante largo tiempo. Ese movimiento no es debido a vibraciones del recipiente ni a corrientes líquidas producidas por variaciones de temperatura, pues se le observa en pleno campo, lejos de toda trepidación. Ese es el movimiento browniano, descubierto en 1827 por el botánico inglés Brown, y que no es privativo del agua, sino que se produce en todos los líquidos y hasta en los gases.

La naturaleza de los granitos o corpúsculos flotantes no influye para nada en los movimientos, como tampoco la densidad: lo que influye es el tamaño; a mayor tamaño, menor rapidez; los gránulos chocan sin cesar entre sí, obedeciendo a un movimiento molecular que nuestros sentidos son incapaces de percibir. El movimiento browniano es el que ha permitido a Perrin evaluar la magnitud y el peso de las moléculas. Para

ello ha recurrido a las emulsiones, es decir, a fluidos que contienen en suspensión partículas sólidas muy finas, pero todavía visibles al microscopio, aplicando a estas emulsiones las leyes de los gases. Van Hoff y Raoul han demostrado que la ley de que volúmenes iguales de gases diferentes, sometidos a igual temperatura y presión, contienen el mismo número de moléculas, se aplica también a las soluciones diluídas, y lo mismo ocurre con la ley inversa de que, en estado diluído, números iguales de moléculas, encerradas en volúmenes iguales de igual temperatura, producen en ellos idéntica presión.

Perrin, reconocidos estos principios, compara con razón los granos de una emulsión a las moléculas de aire de la atmósfera; éstas se hallan sometidas a la doble acción de la gravedad, que las atrae a tierra, y de los movimientos moleculares o brownianos que las lanzan en todas direcciones, de donde resulta un estado de equilibrio, conforme al cual la atmósfera es más densa cuanto más cercana se halla del suelo. La densidad de la atmósfera disminuye, en efecto, una mitad a cada seis kilómetros: si es de 100 en las capas en contacto con el suelo, es de 50 a los seis kilómetros, de 25 á los doce, etc. En general, puede decirse que la elevación necesaria para obtener el mismo grado de rarefacción en dos gases diferentes, está en razón inversa del peso de las moléculas de dichos gases: así, en una atmósfera de hidrógeno se necesitaría una elevación de 80 kilómetros para reducir la densidad a la mitad, mientras que en una atmósfera densa, como la del vapor de mercurio, por ejemplo, ocurriría todo lo contrario.

Si una emulsión puede asimilarse a un gas, los granos de esta emulsión equivalen a las moléculas de una columna gaseosa, cosa evidente. Perrin ha recurrido en sus emulsiones a la gutagamba y al mastic, substancias ambas que producen en el agua de emulsión infinidad de granitos sólidos en agitación constante, perceptibles al microscopio. Como estos granos son de dimensiones variadas, Perrin los ha cribado, por decirlo así, por un procedimiento semejante al de la ecremación de la le-

che, proyectándolos por la fuerza centrífuga hacia la periferia, y recogiendo los más gruesos, y así sucesivamente hasta dejar sólo los más finos.

Separados así, por tamaños, se trata de determinar el peso de cada uno, buscando el diámetro y la densidad. La densidad se conoce bien, pues basta decantar la emulsión y determinar en bloque el peso y el volumen del polvo recogido. Más difícil es determinar el diámetro de cada partícula de polvo; pero se obtiene midiendo la longitud de una fila de granos y dividiendo por el número de éstos; el diámetro se evalúa en diezmilésimas de milímetro. Hecho esto, se ve cómo los granos se distribuyen proporcionalmente, como las moléculas de la atmósfera; colocada la emulsión en una cubita minúscula, bajo el microscopio, se observa que los granos se acumulan en el fondo y se hacen cada vez más raros, a medida que se asciende en la cuba; al cabo de dos o tres días se obtiene el equilibrio, y entonces se ve que no todos los granos se han precipitado, sino que están distribuidos en capas, repartidas de tal modo, que a cada seis milésimas de milímetro de altura hay una mitad menos, pudiéndose contar gracias a fotografías instantáneas, pues de otra manera sería imposible, dado el continuo movimiento en que se hallan. La relación entre el polvo atmosférico y las partículas de la emulsión es la misma; lo que allí eran seis kilómetros, aquí son seis milésimas de milímetro, es decir, mil millones de veces más pequeño. Manteniendo la proporción, se ve que una molécula de aire pesaría mil millones de veces menos que una molécula de emulsión. Y, conocido el peso de una molécula de aire, puede obtenerse ya el peso de una de hidrógeno, que es una trillonésima de trillonésima de 1,47 gramos, teniendo cada centímetro cúbico de aire, en condiciones normales, 31 billones de billones de moléculas. Estos resultados, suministrados por la teoría cinética de los gases, concuerdan con los obtenidos por cualquier otro procedimiento, como el de las medidas de las cargas eléctricas o el de las irradiaciones de los cuerpos radiactivos, y hasta el de

la difracción de la luz blanca del sol que produce el azul del cielo al atravesar el polvo atmosférico.

Esta concordancia de resultados es verdaderamente impresionante; y por más que haya sabios, como Alberto Colson, que se nieguen a admitir la asimilación de las moléculas disueltas en una emulsión a las moléculas gaseosas del aire atmosférico, lo cual comprometería toda la teoría de los iones, que tanto papel desempeña en la física actual, lo indudable es que estos estudios de determinación positiva y aproximadamente exacta del peso y medida de los átomos, tan curiosos y trascendentales, se hallan en excelentes vías de éxito.

Teorías aparte, permítaseme a mí, que no soy un sabio, sino sencillamente un equilibrado que ha procurado siempre ser fiel al concepto marcoaureliano del hombre (*homo sum et nihil humani à me alienum puto*), echar mi cuarto a espadas en esta materia. Para obtener el peso de una molécula, bastaría lo siguiente: Si puestos en fila un número X de partículas de la emulsión de Perrin, nos dan un número A en un espacio cualquiera, en un diezmilímetro, por ejemplo, no tendremos más que multiplicar por ese mismo número, y tendremos el área, digámoslo así, de un cuadrado de un diezmilímetro de lado; multiplicando el número así obtenido por el primero, tendremos el número de granos que caben en un diezmilímetro cúbico, y, por consiguiente, el que hay en cualquier otro espacio, mayor o menor; basta luego pesar una medida cúbica cualquiera de esos granos, y dividiéndola por el número que corresponda a la cantidad que arroje su contenido, obtener el peso correspondiente a la unidad. Si luego se sabe la relación de proporción en que se halla la molécula pesada con otra cualquiera, se tendrá el peso exacto de la misma.

HISTORIA

UNA PÁGINA INÉDITA DE VÍCTOR HUGO: CHILLON.—De la correspondencia inédita de Víctor Hugo con Luis Boulanger, su

gran amigo, publicada por *La Revue*, entresacamos lo relativo a la visita hecha por el poeta a Chillon, el pintoresco palacete del lago Lemán, que sirvió de prisión de Estado en Suíza, y que hoy se destina a Museo histórico. He aquí, textualmente, las hermosas páginas de Víctor Hugo, que hacen revivir el Chillon de ayer, y a las que dan cierta actualidad los trabajos del Chillon de hoy:

«Esta mañana he ido a Chillon con un sol admirable. El camino corre entre viñedos a orillas del lago. El viento hacía del Lemán un inmenso muaré azul; las velas blancas brillaban. En lo bajo del camino las gaviotas revoloteaban graciosamente sobre las rocas a flor de agua. Hacia Ginebra, el horizonte imitaba el Océano.

»Chillon es un bloque de torres puesto sobre un bloque de rocas. Todo el castillo es de los siglos XII y XIII, a excepción de algunas maderas, puertas, mesas, techos, etc., que son del XVI. Hoy sirve de arsenal y de polvorín al cantón de Vaud. La boca de los cañones toca las troneras de las catapultas.

»Una mujer francesa es la que acompaña a los curiosos en la visita del castillo, con mucha gracia e inteligencia. La cripta, que está al nivel de las aguas del lago, se reparte en tres subterráneos principales: el primero, que se ajusta como una cerradura a la entrada de los otros dos, era la sala de guardia. Es una vasta nave formada por dos bóvedas ojivales yuxtapuestas, cuyos nervios se apoyan en medio de la sala en la fila de pilares que la atraviesa. El segundo subterráneo, más pequeño, se divide en dos habitaciones muy sombrías: la primera era un calabozo, la segunda un lugar siniestro; en la primera se entrevé un gran lecho de piedra recostado en la roca viva; en la segunda, entre dos enormes pilares cuadrados, uno de los cuales es el muro mismo, se distinguen confusamente, después de una detención de unos minutos en esta cueva, un madero sellado transversalmente por los dos cabos en el oscuro granito, y cuya arista superior presenta á modo de dientes de ciervo, como si hubiera sido gastada y tallada pro-

fundamente en diferentes sitios por una cuerda o una cadena anudada allí.

»En medio de esta traviesa hay un agujero cuadrado que deja pasar la luz, si luz puede llamarse el resplandor blanquecino y terroso que se agarra por aquí y por allá a los ángulos de la bóveda: ese vago y horrible aparato es una horca; esos recortes han sido hechos, en efecto, por cadenas patibularias; ese agujero dejaba pasar la cuerda para el caso. Las dos escaleras del ajusticiado y del verdugo, que se aplicaban a los dos pilares, una frente a otra, han desaparecido; en frente de la horca había en el muro un boquete por donde se arrojaba el cadáver al lago; ese boquete ha sido tabicado (1), cambiándose en un nicho bajo, lleno de tinieblas, que hace una mancha negra al pie del muro. A dos pasos de este nicho sale la escalera de caracol que lleva a la sala de justicia, con su maciza puerta de roble apenas cepillado.

»La tercera sala se parece a la primera, sólo que es mucho más oscura; las troneras han sido tabicadas y se han transformado en tragaluces; en cada intercolumnio había un calabozo; se han echado abajo los tabiques y los compartimientos, que de tantas miserias habían sido testigos durante tres siglos, se han borrado. El quinto de estos compartimientos es el que hizo célebre Bonnivard. No queda ya de su calabozo más que el pilar; de la cadena de sus pies, un anillo clavado en el pilar, y de la cadena de su cuello, un agujero en la piedra.

»El anillo de aquella cadena ha sido arrancado. Largo rato he permanecido como clavado yo mismo en ese pilar en torno del cual aquel librepensador ha estado dando vueltas como una fiera durante seis años. No podía acostarse, en la roca, sino con mucho trabajo y sin poder estirar sus miembros. No tenía más distracciones que las que tienen las fieras encerradas; gastaba con su talón la base del pilar. Yo he

(1) Hoy está abierto, y nosotros lo hemos visto así en 1908, en que hicimos el recorrido de Suíza, visitando Chillon.

puesto mi mano en el agujero que ha hecho así y marcaba, gastándolo con el pie, la saliente de granito donde su cadena le permitía alcanzar. Por todo horizonte tenía la asquerosa muralla de roca viva opuesta a la pared que se baña en el lago. ¡Esas eran las jaulas en que se aprisionaba el pensamiento en 1530!

»El primero de los cinco compartimientos no me interesó menos que el quinto. En el calabozo de Bonnivard ha habido inteligencia; en éste, abnegación. Un joven ginebrino, llamado Miguel Cotié, tenía afecto mezclado de admiración por el prior de San Víctor. Cuando supo que Bonnivard estaba en Chillon, quiso salvarle. Conocía Chillon por haber servido en él; se introdujo de nuevo y se hizo dar no sé qué tarea doméstica. Una imprudencia le descubrió. Fue cogido tratando de comunicar con Bonnivard. Le trataron como espía y le metieron en un calabozo (el primero a la derecha según se entra). Le hubieran colgado; pero el duque de Saboya quería confesiones que comprometiesen a Bonnivard. Cotié resistió valientemente la tortura. Una noche intentó escaparse; serró su cadena y atravesó su pared con un agujero; trepó hasta uno de los tragaluces y arrancó un barrote de hierro. Allí se creyó salvado. La noche era muy negra. Se arrojó al lago. No había vivido en Chillon más que en el verano, y había observado que el agua del lago subía a unos pies por bajo de los tragaluces; pero era en invierno, y en invierno no hay fundición de nieves, y el agua del lago baja y deja a descubierto las rocas en que se halla encajado Chillon. No las vió, y se estrelló en ellas. Tal es la historia de Cotié.

»Sólo quedan de él algunos dibujos de carbón en las paredes. Son figuras de medio-natural que no dejan de tener estilo; un Cristo en la cruz casi borrado, una santa de rodillas con su leyenda en torno de la cabeza en caracteres góticos, un San Cristóbal (que he copiado, ya sabéis mi manía), y un San José.

La aventura de Cotié desmiente con gran pesar mío la tra-

dición *Christofori faciem*, etc. Su San Cristóbal no le ha salvado de muerte violenta.

»El tragaluz por donde se precipitó Miguel Cotié da frente al tercer pilar. Sobre este pilar ha escrito Byron su nombre con un antiguo punzón de mango de marfil encontrado en 1536, en la cámara del duque de Saboya, por los berneses que libertaron a Bonnivard. Aquel nombre *Byron*, grabado en la columna de granito en grandes letras algo inclinadas, lanza extraña irradiación en el calabozo.

»Eran las doce, yo estaba todavía en la cripta y dominaba el San Cristóbal. Levanto la vista por casualidad, y la bóveda era azul. El fenómeno de la gruta de azul se efectúa en los subterráneos de Chillon, y el lago de Ginebra lo hace tan bien como el Mediterráneo. Ya lo veis, Luis, la Naturaleza no olvida a nadie. No olvidaba a Bonnivard en su foso. Al mediodía convertía el subterráneo en palacio, tendiendo toda la bóveda con ese espléndido moaré azulado de que os hablaba hace un momento, y el Lemán artesonaba el calabozo.

»Y luego enviaba al prisionero martines-pescadores que reían y jugaban en su tragaluz. Los duques de Saboya han desaparecido del castillo de Chillon; pero los martines-pescadores lo habitan siempre, sin que la horrible cripta les dé miedo, pues se diría que la creen edificada para ellos; entran atrevidamente por las troneras, y allí se abrigan, cuándo del sol, cuándo de la tormenta.

»Hay siete columnas en la cripta; había siete calabozos. Las gentes de Berna encontraron seis prisioneros, entre ellos Bonnivard, y los libertaron a todos, excepto a un asesino, llamado Albrignan, al que colgaron de la traviesa de la cámara negra. Es la última vez que ha servido allí la horca.

»Cada torre de Chillon podría contar sombrías aventuras: en una me han enseñado tres prisiones superpuestas: se entra en la de arriba por una puerta, y en las otras dos por una losa que se dejaba caer por el prisionero; el calabozo de abajo recibía algo de luz por un ventanillo; el calabozo intermedio no

tenía ni aire ni luz. Hace quince meses bajaron a él con cuerdas y encontraron en el suelo una capa de paja fina donde se notaba todavía el sitio que debió ocupar un cuerpo, y acá y allá osamentas humanas. El calabozo superior está *adornado* con esas lúgubres pinturas de prisioneros que parecen hechas con sangre: arabescos, flores, blasones, un palacio de frontón roto, estilo Renacimiento. Por su tragaluz el preso podía ver algo de follaje y de hierba en el foso.

»En otra torre después de algunos pasos sobre un piso carcomido que amenaza ruina, y donde está prohibido andar, he visto por un agujero cuadrado un abismo abierto en la masa misma de la torre. Son los *in pace* (1). Tienen noventa y un pies de profundidad, y su fondo estaba sembrado de puñales de punta. Allí se ha encontrado un esqueleto dislocado y una manta vieja de pelo de cabra, rayada de gris y negro, que tenían tirada en un rincón, y en la que yo tenía los pies mientras miraba el abismo.

»En otra torre había una cueva colmada. Lord Byron, en 1816, pidió permiso para registrarla; pero se lo negaron por no sé qué pretexto de arquitecto. Después la han desescombrado. Yo bajé a ella. Allí estaba la sepultura del duque Pedro de Saboya, uno de los grandes hombres de su tiempo, apellidado *El Pequeño Carlomagno* (dos palabras mal emparejadas, dicho sea de paso). El año 1268, el duque Pedro fue descendido con gran pompa a su sepulcro. Hoy tumba y duque han desaparecido. He visto la antigua puerta podrida del panteón sin goznes y sin cerradura apoyada en la pared bajo el cobertizo de un patio vecino; no queda del gran duque Pedro más que la huella cuadrada de la cabecera de su sarcófago, arrancado de la pared por los berneses.

(1) Las *oubliettes* famosas de la Edad Media, calabozos destinados a los condenados a prisión perpetua o a muerte lenta por hambre o por asfixia. En España, con tanto como han hablado de los horrores de la Inquisición, es donde menos había de estos calabozos, sepultura de vivos, frecuentes en el extranjero.

»Este patio vecino era por su parte un cementerio donde varios grandes señores saboyanos tenían sus tumbas. Ya no hay en él más que un poco de hierba y una vieja hiedra muerta, arrollada a una viga vieja descalzada.

»No he podido visitar la capilla que está llena de cartuchos de cañón. La cámara de los duques está encima del antiguo panteón. Los berneses habían hecho de ella el cuerpo de guardia. El humo de las pipas ha ennegrecido el techo artesonado, de cajones flordelisados y de nervaduras sembradas de cruces de plata. El oso de Berna está pintado en la chimenea; el escudo de Saboya está tapado. Enseñan un agujero en la pared donde se dice que había un tesoro y de donde las gentes de Berna sacaron con grandes gritos de alegría, las hermosas orfebrerías del señor de Saboya. El hecho es que todos aquellos maravillosos vasos de Benvenuto y de Colomb debieron hacer admirable efecto rodando revueltos en un cuerpo de guardia. Desde ahí estáis viendo el cuadro. La habitación estaba adornada con una hermosa urna pintada al fresco, de cuya pintura quedan todavía algunas piernas y brazos visibles. La ventana es del siglo xv, bastante finamente esculpida al exterior.

»La puerta de la cámara ducal fue arrancada después del asalto. Me la enseñaron en un salón vecino, donde hay, entre paréntesis, algunas mesas curiosas y una hermosa chimenea. Es una puerta de roble macizo, forrada con corazas aplastadas sobre el yunque. En lo bajo de la puerta hay una abertura redonda biselada, por la que pasaba la boca de una falconeta. Una bala bernesa ha agujereado profundamente la armadura de hierro y se ha incrustado en el roble. Poniendo el dedo en el agujero se siente la bala.

»La sala de Justicia está próxima a la cámara ducal: figuraos una magnífica nave, con artesonado de cajones, caldeada por una chimenea inmensa, alegrada por diez o doce ventanas ojivales trilobuladas del siglo xiii y amueblada hoy con cañones, lo que no la desentona. Todas las salas abovedadas están llenas de balas, de bombas, de obuses y de cañones, al-

gunos de los cuales tienen todavía la forma monstruosa de los últimos siglos. Por las puertas entornadas se entreven esas formidables bocas de cobre que relucen en la sombra.

»Al extremo de la sala de Justicia está la cámara del tormento. A unos pies por debajo del techo, una gruesa viga la atraviesa de parte a parte. He visto en esta viga los tres agujeros por donde pasaba la cuerda de la estrapada. Esta viga se apoya en un pilar de madera, coronado por un delicioso capitel del siglo xiv, que ha estado pintado y dorado. La base del pilar a la que se amarraba al paciente, está desgarrada por quemaduras negras y profundas. Los instrumentos de tortura, al pasearse por la piel humana, tropezaban a veces con la madera, y de ahí esas asquerosas cicatrices. La habitación está alumbrada por una hermosa ventana ojival que rellena un paisaje deslumbrador.

»Una cosa notable es que el castillo de Chillon, aunque rodeado de agua, está preservado de toda humedad, hasta el punto de que se dejan las ventanas abiertas en invierno y en verano. En la primavera, los pajaritos vienen a fabricar sus nidos en las bocas de los obuses.»

IMPRESIONES Y NOTAS

RECUERDOS DEL GENERAL CHARETTE.—El señor de Meurville consagra en el *Correspondant* un estudio al bravo y simpático general Charette, jefe de los zuavos pontificios y legitimista a macha-martillo, hombre de carácter y nada adulador, como todos los de su temple, que sirven con hechos y no con palabras cortesanas. Charette iba todos los años a ofrecer sus respetos al conde de Chambord, en Venecia primero, hasta la anexión, y después en Goritz, en territorio austriaco. Un año, de vuelta de Venecia, al presentarse al Papa, Pío IX le dijo para bromearse de él: «—Llegáis de Venecia, ¿eh? Habéis ido a ver a vuestro rey. Sabemos todo eso.—Sí, Santísimo Padre;

siempre es para mí una dicha el verle.—¿Y qué dice aquel bo-
targa? (*E chedice quel panzone?*) Charette, desconcertado por la
palabreja, se sintió picado, y respondió audazmente: «Dice,
Santísimo Padre, que Vuestra Santidad habla de la legítimi-
dad desde que atacan la suya.»—Salid, ordenó Pío IX.—Cha-
rette salió temiendo las consecuencias de sus palabras. Pero,
como era natural, no pasó nada.

Después de la derrota de la Commune, Thiers dispuso se
licenciaran todos los voluntarios de la guerra franco-prusiana;
pero quería conservar a Charette, con su regimiento de zua-
vos, y ofreció al pundonoroso general el reconocimiento de sus
grados y de todos los suyos si aceptaba el servicio en el ejér-
cito permanente. Charette rehusó, alegando que, si bien la pro-
posición les honraba mucho, él y sus oficiales querían permane-
cer siempre libres para acudir al primer llamamiento del Papa
o del rey.—Pero, mi querido general—dijo Thiers,—si vuestro
Papa es el último de los Papas-reyes y vuestro rey acaba de
suicidarse con su proclama de Chambord.—Me permitiréis, se-
ñor Presidente, no ser de vuestra opinión.—Tres cuartos de
hora estuvo Thiers trabajando por vencer la resistencia de
Charette, sin conseguirlo. Al retirarse, el general Cissey, que
había asistido a la entrevista, dijo a Charette.—El señor Thiers
ha estado muy amable con usted.—No puedo menos de rendir
homenaje a su benevolencia con nosotros; pero no podía con-
vencerme.—Confiese usted, sin embargo, que es muy fuerte.—
Lo reconozco, desde luego; pero ya ve usted, mi general, a mí
me han tenido en el banquillo en Roma tres jesuitas durante
tres horas, ¡y eran mucho más fuertes!—Cissey no pudo menos
de soltar una carcajada, y al oirla, Thiers abrió la puerta y
preguntó qué pasaba. Se lo explicaron, y Thiers rió no poco a
su vez.—¡Ah, ah! Conque... ¿más fuertes que yo? ¡Buena es la
historia!

EL ALMA DE LOS YANQUIS.—En los artículos dedicados por
B. Van Vorst a la «Persecución de la felicidad en los Estados

Unidos», hay multitud de materiales aprovechables para formarse una idea de lo que es el alma de aquella complejidad de nación. El puritanismo de origen sobrevive en el fondo; en el siglo xvii Boston daba el tono, y la austeridad era corriente: el capitán Kimble, que vuelve a su casa después de tres años de ruda navegación, encuentra a la puerta a su mujer, y, sin poderse contener, la da un abrazo; al día siguiente tuvo que sufrir en la plaza pública dos horas de picota por la vergonzosa inconveniencia y por la violación del domingo, de que se había hecho culpable al abrazar públicamente a su mujer. Ese es el cimiento, y sobre lo que eso significa se ha levantado el edificio; la anécdota del americano, que vistió su piano para que no se le vieran las piernas o las patas, en su salón, quizá sea un cuento; pero muy recientemente los directores del Museo de Boston se han negado a colocar en el patio de honor una fuente admirable, porque la figura principal era una mujer desnuda.

A la edad de doce años, el joven yanqui, rico o pobre, torpe o listo, no tiene más pasión que los *sports*, *foot-ball*, polo *yachting*, etc. Sus héroes son los campeones, cuya vida conoce mejor que la de todos los grandes hombres. Esta pasión le dura toda la vida. Rockefeller y Carnegie juegan al *golf*, y el Presidente Taft, con sus 330 libras de peso, no deja pasar un día sin dar la vuelta a los *golf links*. El primer informe que se toma para veranear, es averiguar si hay en la comarca elegida sociedades de *sports*. Esa es otra característica del alma yanqui.

Carnegie, que es perito en materia de riqueza, dice: «Es preciso que un hombre gane dinero antes de gastarlo, y que sea egoísta antes que altruísta; la falta de dinero es signo de ignorancia, de suciedad, de enfermedad.» Y este hombre, pensando y obrando así, ha ganado trescientos millones de duros, y entonces se ha puesto a gastar y a fundar Universidades, hospitales, bibliotecas y museos. Así es el alma yanqui.

«La única mujer completamente insensible que hallarás en tu vida—dice un comerciante a su hijo—es la que figura en

los dollars (la efigie de la República); si quieres luchar con ella, deja a un lado el sentimiento.» Y lo hacen así. Y uno de los principios que se inculcan a todo joven que empieza es éste: «Cuando trabajes para otro, en cargo alto o bajo, trabaja como si fuera para ti mismo, pues así serás considerado y prosperarás.» Otros aforismos no menos provechosos y prácticos son los siguientes: «En cada uno de nosotros hay dos hombres: el que es y el que podía ser; hasta la muerte no se sabe quién enterrará a quién.—Cuando un joven os pide una cita, dadle una hora precisa; si se retrasa, no le esperéis; quien no es exacto para sus asuntos, menos lo será para los ajenos.—Si se os presenta un aspirante, decidle, en el curso de la conversación, que os escriba su nombre y sus señas, habiendo colocado en la mesa, de antemano, hermoso papel de cartas y unas hojas sueltas; si coge el papel intacto, ya sabéis quién es: un derrochador.—Preferid los hombres delgados o de peso medio; la mayor parte de los gordos ricos, han sido pobres y flacos antes de engordar.—Jamás preguntéis a nadie cuánto tiene, sino qué es lo que puede hacer; lo que hace de un hombre un financiero importante, no es el dinero que tiene en el Banco, sino las ideas que tiene en la cabeza.—No os asustéis de un error; nadie llega a buen tirador sin perder plomo; los tropezones son los estribos del éxito.—Hay gentes que esperan para levantarse a que se les llame; acordaos de que no hay despertadores para la hora única de vuestra ocasión.»

¿Es extraño que con tales principios sea Yankilandia lo que es?

*
* *

EL ESCRITOR EN AMÉRICA Y EN EUROPA.—Hopper, a su vuelta de América, establece esta distinción: «En América se ve uno despreciado por el hombre de negocios y las mujeres tontas, porque consideran la literatura como asunto de dinero. Se imita a los autores célebres; se viste, se come y se vive, como ellos. En Francia, el joven escritor se dice: «Trabajaré, ante

todo, por mi arte; poco me importa mi vida ni mi facha; lo importante para mí es lo que hago.» Puede vivir en un desván; nadie se cuida de semejante cosa, y se le respeta porque es un artista.

*
* *

EL CAMBIO DE EDAD EN LA MUJER AMADA.—En los artículos que Finot ha dedicado en *La Revue* de su acertada dirección a *La muerte del eterno femenino*, hay alguna que otra cosilla que espigar. Entre ellas está el fenómeno a que actualmente asistimos del retraso con que las mujeres son amadas por los hombres, retraso más perceptible en Francia que en ningún otro país, sin duda por la mayor duración de la vida media, y por la repugnancia de la familia francesa a cargarse de hijos.

Cuando Balzac, ayer como quien dice, proclamó el derecho al amor de la mujer de treinta años, casi produjo un escándalo. Un hombre de cuarenta y cuatro años pasaba entonces por un viejo, y poco antes, el filósofo Fourier reclamaba para las jóvenes mayores de diez y ocho años el derecho a... vestir imágenes, por considerar desesperada su suerte sentimental; los diez y ocho años eran en 1808 casi la edad crítica del matrimonio para Fourier, como lo fueron los treinta para Balzac ocho lustros después.

Esta edad, según Finot, se ha ampliado extraordinariamente, lo mismo para ellas que para ellos; todos llegan así al matrimonio con más madura experiencia de la vida, imponiéndose la mujer más por las cualidades sólidas de su inteligencia que por las efímeras de su belleza. Los griegos habían descubierto ya en Venus y en Urania los dos aspectos de la atracción sexual: la comunión serena de los corazones y la embriaguez de los sentidos. Cuando el otoño de la vida cubre con sus cenizas nuestras pasiones, ¡qué dulzura nos traería la diosa Urania resucitando en otra forma, nuestra desaparecida primavera, coronada por sus flores, sin el perfume atontador de la juventud, pero con el esplendor de las rosas abiertas! Urania

tiene también sus virtudes, y acompañándonos con su divino soplo, caldeará nuestros enfriados sentimientos y embellecerá nuestra existencia trabajada. ¿Quién no ha encontrado en su camino ese sér escogido de sentimientos escondidos en las profundidades de un corazón torturado por los crueles prejuicios que le condenan al destierro de los vivos?

El amor platónico fue en todo tiempo ridiculizado, porque Platón excluyó de él a las mujeres. Dejemos a la mujer que ha llegado a la edad incierta de amar, gastar los tesoros de ternura almacenados durante su vida, y resultará en la tierra mayor felicidad. En vez de una semimuerta arrebatada prematuramente a la existencia, hallaremos un sér de corazón y de razón; tendremos menos criaturas grotescas o monstruosas y más genios de la vida, ángeles-guías, ángeles consoladores. Pensemos en la doble decadencia del hombre que, llegado a la revuelta decisiva de la vida, se ve todavía trabajado por la necesidad de sentimientos. Los busca, y cree hallarlos en las fuentes envenenadas de una juventud, que se degrada al contacto de una senilidad, y que precipita su ruina. En lugar de eso, he aquí el jardín secreto de la mujer que se le ofrece, en la que nunca se ha fijado, resplandeciente de una belleza antes no vista, revelando todas las riquezas de la vida anterior. Dispensada de las turbaciones que Venus habrá cesado de excitar en su alma, la mujer esparcirá en torno nuestro más bondad radiante, más amistad amorosa. Imaginémonos a Diana que, bajo el dulce nombre de Selene, cubre con su protección a Eudimión dormido: las caricias de la diosa se han hecho simples reflejos de su luz, y su beso no es más que un rayo de luna que resbala sobre el cuerpo iluminando las profundidades de nuestra alma.

*
*
*

EL VESTIDO DE BODA DE D.^a CONCEPCIÓN ARENAL.—Firmado por Carlos Cambronero, publica *Nuestro Tiempo* unos «Apuntes para la biografía de D.^a Concepción Arenal», de los que

extractamos la anécdota relativa a su traje de boda, pues todo lo que se refiera a la insigne e insuperable escritora de las *Cartas a un obrero y a un señor*, que debieran leerse en todas las tertulias del mundo, como en Inglaterra leen la Biblia, a continuación del sermón de la Montaña, es digno de interés.

Ultimado el expediente matrimonial de D.^a Concepción con D. Fernando García Carrasco en 1847, surgió un incidente inesperado. Desde su adolescencia, Concepción Arenal, para concurrir a las aulas libremente sin llamar la atención de sus compañeros de estudio, acostumbraba a vestir de hombre, y así había seguido vistiendo siempre, hasta el punto de no tener traje ninguno de mujer. Se expuso el caso al párroco, y éste se negó a bendecir la unión de dos personas que por sus vestidos parecían ser del mismo sexo. ¿Qué hacer? Los novios, personas ambas de mucho juicio, daban la razón al párroco. Pero el caso era que, como nadie había pensado en esta dificultad, y la boda estaba señalada para el día siguiente, no había tiempo de encargarse un traje de boda, que tenía que hacerse en unas horas. «Así las cosas, dice Cambronero, encontré mi padre con Carrasco en la calle a media tarde, exponiéndole éste el conflicto.—Os ahogáis en poca agua—dijo Cambronero.—Todo se reduce a que Conchita busque entre sus conocimientos una señora que tenga la estatura y forma de su cuerpo, y le preste para el caso un vestido negro, una mantilla y las ropas interiores correspondientes.—Ese ardid ya se nos ocurrió—repuso Carrasco;—pero repasando en la memoria la relación de las amigas de Concha, que no son muchas, no encuentro una cuyos vestidos puedan sacarnos del apuro.—Quédose pensativo mi padre, y tras unos instantes, dando un abrazo a su amigo, exclamó con alegría:—Ya tengo resuelto el problema: los vestidos que indudablemente servirán a Conchita como hechos para ella, son los de María Antonia Cañizares, la mujer de Pepito Olózaga.

Pepito Olózaga era el hermano del famoso orador progresista D. Salustiano, el autor del emocionante discurso del

«¡Dios salve a la Reina! ¡Dios salve el país!», precursor de la Revolución de Septiembre. Carrasco conocía y trataba a don Salustiano; pero no tenía confianza para pedir a su cuñada un vestido para su novia. Cambronero, por fortuna, era muy amigo de Pepito Olózaga y de su señora, una amable cordobesa, que, apenas enterada del caso, aunque al pronto lo tomó a broma, se prestó gustosa al servicio que se le pedía, acomodando inmediatamente, en una canasta, traje, mantilla, ropa interior y cuantos avíos se necesitaban. Y así pudo D.^a Concepción Arenal casarse, con vestidos propios de su sexo, que devolvió a su propietaria una vez terminado el acto religioso. Después siguió vistiendo de hombre mucho tiempo, acostumbrando a tomar café con su marido en el café del Iris, hasta que más tarde se decidió o se resignó, para no chocar sin duda, a ponerse faldas.

*
* *

POR QUÉ D. JUAN NACIÓ EN ESPAÑA.—Aunque otra cosa parezca, nada hay más lógico que la Historia, cuando se saben analizar los hechos que la integran. El Sr. Gendarme ha dedicado dos volúmenes al estudio de *La leyenda de D. Juan*, y su evolución en la literatura, demostrando que el tipo novelesco de D. Juan, de que tanto partido ha sacado la leyenda, la novela, el drama y la escena lírica en todas las literaturas, debía aparecer en el siglo xvii, y en España precisamente.

¿Por qué? La idea del libertinaje no podía nacer en el mundo pagano, porque con el ejemplo que daban los dioses del Olimpo a los hombres, con los devaneos de Júpiter, los caprichos de Venus, y hasta los tropezones de Minerva y de Marte, el libertinaje, en el sentido de nuestra moral cristiana, no tenía razón de ser; la esclavitud, por otra parte, se oponía a que los atentados contra el pudor tuvieran el valor que después se les ha dado, fuera de su trascendencia puramente jurídica. En la Edad Media no podía tampoco tener cabida el libertinaje, tratándose de una sociedad que estaba atada por los lazos de la

religión, y obligada por sus convicciones al cumplimiento del deber. Sólo después de la protesta luterana, al afirmarse el individualismo frente a todo dogma religioso, político y social, podía surgir la figura de un D. Juan, para quien ni la religión, ni la ley, ni las costumbres tuvieran valor bastante para dominar los arranques de su libre albedrío. Por eso D. Juan aparece en el siglo xvii, cuando la Reforma está ya madura, y ha lanzado a todo viento la semilla de sus ideas. ¿Y dónde podía aparecer sino en España, la nación creadora de la Inquisición, descubridora del Nuevo Mundo, domeñadora de Europa, enemiga del protestantismo y triunfadora del mahometismo, cuna de héroes y de aventureros, de conquistadores y de bravos? Don Juan encarna el espíritu de la protesta contra toda traba allí donde esas trabas existen, donde las costumbres son austeras, el fanatismo de honda raigambre, las leyes duras, la fantasía soñadora, las mujeres recogidas, los hombres celosos de su honor, vidriosos y pendencieros. ¿Qué hubiera hecho D. Juan en la Francia de los Valois, ya corrompida en las gradas del trono, y llena de hugonotes? ¿Qué en Alemania, cuna y baluarte de la Reforma protestante? ¿Qué en la Italia de los Médicis y de León X, siempre apegada al paganismo, a pesar de su barniz cristiano? ¿Qué en la Inglaterra de los cuákeros y de Crómwell? No, el marco propio de D. Juan, el valiente, el despreocupado, el calavera, el espadachín, el conquistador, el romántico, el rumboso, era España. Don Juan y Don Quijote tenían que ser creaciones españolas, correspondientes a tipos positivos de la vida real, y lo fueron.

CRÍTICA MENUDA.—Abro al azar una novela de Montépin, *La señorita de compañía*, y en una sola página, la 130, encuentro los siguientes gazapos:

«Ha tomado muy a pecho mi defensa.» ¿Muy a pecho? ¿Quién habla así? Se dice «muy a pechos».

«Hasta después de mañana, pues.» Galicismo puro, digno de un estudiantillo de primer curso, que se agarra al Diccionario (a un mal Diccionario, que los hay), y traduce palabra por palabra. En castellano ese *apres demain* del francés lo expresamos por medio de nuestro *pasado mañana*. Y el «pues» al final, aunque muy castellano, es en esa posición, más vizcaíno que castellano. Hay que advertir que el traductor está tan encariñado con el «después de mañana», que en la misma página vuelve a decir: «Hasta después de mañana.»— «Nos espera a las dos después de mañana.»— «Después de mañana iremos a Mortfontaine.» Después de este machaqueo; ¿cómo extrañar que cualquier infeliz lector, de esos que creen en la infalibilidad de la letra de molde, emplee el «después de mañana», y hasta lo largue más tarde al público en cualquiera de sus partos intelectuales, si la afición o la ocasión le empujan por el camino del periodismo?

«Vuestro servicio será mal hecho.» Lo mal hecho es esa traducción. En castellano decimos: «estará mal hecho», «se hará mal», «harán mal», «quedará mal»; todo menos «será mal hecho».

«Mi tía y Felipe han hecho lo que han podido para descubrir trazas de esa niña.» En el traductor sí que se descubren trazas de cualquier cosa menos de inteligente en el manejo del castellano; se descubren *rastros*, *huellas*, pero no *trazas*, que es en este caso inaguantable galicismo.

«Comprobaciones de una gran importancia.» Sobra ese «una» que hace arrastrado el lenguaje, quitándole fuerza y elegancia. Del mismo tipo es la frase «su fisonomía revelaba una noble franqueza.»

«Ninguna de las respuestas recibidas han sido nada satisfactorias, y que hicieron inútiles sus investigaciones.» ¡Y áteme usted esa mosca por el rabo! Al mismo género de redacción disparatada corresponde la frase: «Nos aprovecharemos de este viaje para visitar la posada de Pontarmé, en donde habéis pasado algunas horas con el furgón de la Funeraria y

hacer sufrir un interrogatorio en forma a la posadera.» ¡El traductor sí que hace sufrir un tormento en forma a la lengua!

«El doctor no tiene más que un anciano criado.» Claro es que hay criados ancianos; pero no hay quien hable así. Si se trata de un criado que lleva en la casa mucho tiempo, se dirá: «un antiguo criado»; si se trata de un criado de mucha edad, se dirá «un criado viejo». Pero es seguro que a nadie se le ocurre decir «un anciano criado».

«Era claro como el día.» ¡No, amigo! Los franceses emplean *jour* con el valor de *día* y de *luz*. Montépin escribe bien *c'était clair comme le jour*; pero el traductor debió decir a su vez: «Era claro como la luz», y no hubiera dicho un disparate.

«Aceptaba las situaciones las más comprometedoras.» ¡Galicismo puro! El francés necesita poner el artículo ante los comparativos de superioridad o inferioridad para formar los superlativos e imperlativos correspondientes; pero nosotros, no; «un papier blanc, un papier plus blanc, le papier le plus blanc», dicen los franceses; pero nosotros decimos: «un papel blanco, un papel más blanco, el papel más blanco», y no «el papel el más blanco».

Perdono otras faltillas de menos bulto. Para una página es bastante. ¿El nombre del traductor para ponerlo en la picoteta? ¡Pobrecillo! Dejémoslo en el misterio, porque ¡hay tantos de su fuste por esas redacciones de Dios!

*
*
*

¿MONA LISA O MONNA LISA?—Con motivo del robo de la *Joconda*, se ha traído y se ha llevado tanto el nombre de la mujer que sirvió de modelo a Leonardo de Vinci, que, como ocurre siempre en casos semejantes, se han lanzado a la venta perfumes, licores y productos de todas clases con ese nombre, tan pronto escrito *Monna Lisa* como *Mona Lisa*. Prensa y productores parecen haberse decidido por la segunda forma, y

así se ha puesto en circulación el «*Corsé Mona Lisa*» y el «*perfume Mona Lisa*». ¿De qué modo debe escribirse? Guillermo Apollinaire dice, con razón, que *Mona* es lisa y llanamente la hembra del mono, y *Monna* es la contracción familiar de *Madonna* o señora. Si se tratara de una mona llamada Lisa, estaría bien el nombre de *Mona Lisa*; pero como no se trata de una mona, sino de una señora, lo adecuado es escribir *Monna Lisa*.



EL DIVORCIO EN LOS ESTADOS UNIDOS.—En los Estados Unidos, como dondequiera que se ha establecido, el número de divorcios aumenta de un modo realmente alarmante; pero ahora no queremos hacer consideraciones morales ni sociales sobre tan lamentable hecho, sino recoger algunos curiosísimos motivos de divorcio, de los consignados oficialmente en el *Report of the Commission of labor*.

Entre los divorcios obtenidos a instancia de las mujeres, figuran los fundados en las siguientes acusaciones: «Después de veinte años de matrimonio, mi marido me ha dicho: Estás vieja y gastada, y ya no tengo gana de ti.»—«Durante toda nuestra vida de casados mi marido no me ha propuesto ni una sola vez dar un paseo en coche.»—«Mi marido no ha querido nunca cortarse las uñas de los pies, y como es muy inquieto, me araña con ellas por la noche.»—«Mi marido me ha cortado el pelo a la fuerza.»—«Mi marido me ha pellizcado la nariz hasta ponérmela como un tomate, lo que me ha mortificado mucho.»—«Mi marido estaba obligado a quedarse en cama por estar lisiado; me ha tirado los platos a la cabeza, y me ha amenazado con meterme la muleta en la boca.»

Entre los logrados a instancia de los maridos, no los hay menos pintorescos:—«Mi mujer—dice uno—no quiere nunca salir conmigo de paseo los domingos, y una vez me ha tirado la tetera a la cabeza y me ha tirado de los pelos (los pelos, dice Vost que figuraban como pieza de convicción en el plei-

to).»—«Al día siguiente de nuestro matrimonio, y estando yo todavía en la cama, mi mujer me ha pegado con el tacón de su zapato.»—«Mi mujer es pesadísima; pesa ciento noventa libras, y me ha pegado con una barra de hierro que me ha hundido una costilla.»—«Al volver de nuestro viaje de boda, mi mujer encontró en el tren un alemán que le gustaba mucho; se sentaron en la misma banqueta, y ella permitió al alemán que la abrazara y la besara, lo que me produjo una angustia mental muy grande (esta angustia es monumental).»—«Mi mujer me dijo un día: Me importa más el dedo meñique de X... que todo tu cuerpo; esta reflexión me ha hecho sufrir atrocemente.» (¡Pobrecillo!)

Hay maridos desahogados que corren parejas con estas esposas tan francotas; uno de ellos escribe a su mujer esta carta: «He tropezado aquí (durante un viaje) con una joven encantadora. Creo que la podré querer. Si tú me quieres, Mary, si me has querido alguna vez, hazme el favor de pedir el divorcio lo más pronto posible.»

También es digno de mención el caso de la rica huérfana que, para librarse de su tutor, a quien detesta, va un día al hospital y se casa con un desahuciado moribundo, a fin de lograr la emancipación de la tutela al quedarse viuda, pudiendo luego disponer plenamente de su fortuna. Pero el moribundo mejora después del casamiento y llega a ponerse bien; la mujer se llama a engaño, y pide el divorcio «por fraude y crueldad».

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Mis maestros y mi educación: Memorias de juventud</i> , por el doctor D. Federico Rubio.....	5
<i>El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos: De Dios á Dios</i> , por Miguel de Unamuno.....	70
<i>Un gran libro español de Filología</i> , por José R. Lomba y Pedraja..	96
<i>Cruel destino</i> (novela), por Leónidas Andreief.....	114
<i>La literatura del día</i> , por Luciano de Taxonera.....	135
<i>La América Moderna</i> , por Vicente Gay.	153
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	174